

No. 189 AÑO XXII

LAS HACIENDAS POTOSINAS

ESPAÑOL
ENGLISH

Portada:
Desayuno en la terraza.
Hacienda de Bocas.
Oleo sobre tela.
Casa de la Cultura.
San Luis Potosí.

Reedición 1979

Revista mensual. Autorizada como correspondencia de segunda clase por la Dirección General de Correos el 4 de mayo de 1955.

Impreso en México por
Cia. Editorial Electrocomp, S.A.
Calzada de Tlalpan 1702
México 13, D.F.

PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES:
Artes de México, S.A.
Amores núm. 262
México 12, D.F.
Teléfono: 536-2031 al 33

artes DE MEXICO

IDEA Y COORDINACION

Paulino del Pozo Rosillo

COLABORACION

Matilde Cabrera Ipiña de Corsi
Paulino del Pozo Rosillo

FOTOGRAFIA

Carlos Alcázar
Rodrigo Amerlinck Acereto
Enrique Dulanto Gutiérrez
Paulino del Pozo Rosillo
Manuel Rivero Soberón
Elisa Vargas Lugo

DISEÑO

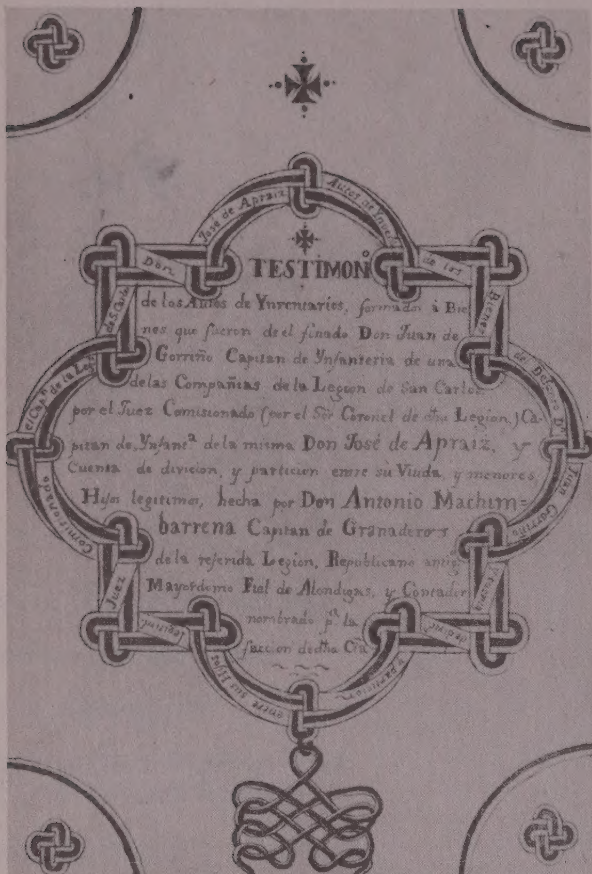
Sandra Sámano

AGRADECIMIENTOS

Artes de México y Paulino del Pozo Rosillo, agradecen la valiosa colaboración para la publicación de este número a las siguientes personas e instituciones.

Arq. Ernesto Cabrera Villoro
Casa de la Cultura de San Luis Potosí
Matilde Cabrera Ipiña de Corsi
Pedro Corsi de la Maza
Arq. Francisco Xavier Cossío Lagarde
Amparo Dávila
Dra. Clementina Díaz y de Ovando
Alejandro Espinosa Pitman
Arq. Jesús Mario García Collantes
Irene de los Santos de Garfias
Arq. Marco Antonio Garfias de los Santos
Hermenegildo Gutiérrez de la Concha
María Hernández de Labarthe
Manuel Liñan Franco
Arturo Meade Diez Gutiérrez
Elena Diez Gutiérrez de Meade
Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga
Lic. Ignacio Muriel de la Maza
Lic. Ignacio Muriel García Lazo
Lic. José Francisco Pedraza.

LAS HACIENDAS POTOSINAS


TESTIMONIO
de los Autos de Ynventarios, formados à Bienes que fueron de el finado Don Juan de Gorriño Capitan de Ynfanteria de una delas Compañias dela Legion de San Carlos por el Juez Comisionado (por el Sor Coronel de dha Legion) Capitan de Ynfantª dela misma Don José de Apraiz, y Cuenta de divicion, y particion entre su Viuda, y menores Hijos legitimos, hecha por Don Antonio Machimbarrena Capitan de Granaderos dela referida Legion, Republicano antig. Mayordomo Fiel de Alondigas, y Contador nombrado pª la faccion dedha Cta

Testamento de don Juan de Gorriño, propietario de la hacienda de la Pila.

LAS HACIENDAS POTOSINAS

Por Paulino del Pozo Rosillo.



La Santa Cruz tradicional en la cima de los cerros

Gogorrón. Olivo secular en la fachada posterior.



El principio de las grandes haciendas florecientes en lo que más tarde sería el estado de San Luis Potosí, fue inmediato a la pacificación de la frontera chichimeca, al terminar el siglo XVI e iniciarse el XVII, cuando a los pacificadores de la región, les fueran concedidas, por los Virreyes de la Nueva España, mercedes de tierra, a fin de fundar estancias de ganado, sembradura y beneficio, indispensables estas últimas para el procesamiento de los minerales extraídos en abundancia de las vetas del Cerro de San Pedro, minas que con su riqueza dieron origen a la fundación de la muy noble y muy leal Ciudad de San Luis Potosí.

A partir de esa época, por espacio de tres siglos, el solar potosino se vio colmado con una producción agrícola y ganadera, alcanzando sus haciendas merecido renombre, no sólo por los bienes producidos, sino también por la nombradía y la opulencia, casi de leyenda, de sus propietarios. Muy extensas fueron las propiedades de la Compañía de Jesús y no menos las de la Orden de los Carmelitas, mismas que por el Poniente lindaban con Zacatecas y por el Oriente se extendían hasta el Golfo de México. Solamente una de ellas, Peotillos, la gran hacienda del altiplano potosino, tenía una superficie de 193.000 Hs., producto, como otras muchas haciendas, de donaciones hechas "In Artículo Mortis" por atemorizados legatarios, quienes ante la proximidad de una muy segura condena, partían de este mundo convencidos de haber salvado su alma donando una hacienda a la orden religiosa de la cual eran devotos.

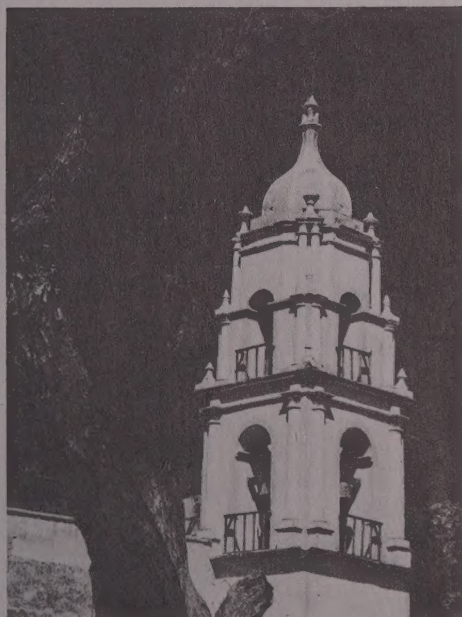
Extensas fueron también las haciendas vinculadas a algunos mayorazgos, como Guanamé, que en un tiempo formó parte del Mayo-



Ventilla. Molino del Sr. San Miguel. Detalle.



Bledos. Puerta del siglo XVIII



Carranco. Torre de la iglesia.

razgo de Rivas Cacho; Peñasco y Angostura, vinculadas al Mayorazgo de Mora y Luna; La Ventilla que, anexa a otras quince haciendas, se sumaba a los cuantiosos bienes del mayorazgo fundado en la ciudad de San Luis Potosí por don Miguel de Berrio y Saldívar, primer marqués de Jaral de Berrio.

La historia de las haciendas potosinas se engrandece con un caudal de tradiciones y leyendas, enriquecido mediante hechos de guerra; sus campos y caminos fueron hollados por las tropas de don Francisco Xavier Mina, del brigadier don Félix María Calleja y del Rey, de don Miguel Miramón, del Mariscal de Francia, don Francisco Aquiles Bazaine, y, en penosa retirada después del fracaso en Puente de Calderón, el Padre Hidalgo, ya degradado, y don Ignacio Allende, encabezando al derrotado ejército insurgente; mitigaron su sed en las haciendas de Cruces, Guanamé, Laguna Seca, Solís y Represadero, para continuar la dolorosa ruta que tendría fin en las Norias de Baján.

La toponimia de las haciendas es variada, al revisarla, encontramos que algunas han perpetuado el apellido de sus primeros dueños como Gogorrón, Zavala, Machado, Pardo, apellidos españoles trasplantados a la Nueva España en el siglo XVI. Otras veces aparecen nombres de origen guachichil, tales son Zapihuanamé (guanamé), Guaxcamá, etc. Fue usual denominar las propiedades bajo alguna advocación religiosa unida al apellido del propietario, como: San Andrés de Vallejo y San Antonio de Rul.

Al igual que todas las haciendas mexicanas, las potosinas fueron centros de trabajo, de aculturación y de evangelización; para ello y la debida administración de la hacienda, hubo de construirse el conjunto de fincas que conformaron los cascos, edificándose así las casas para los empleados de confianza: el administrador, el escribiente, el dependiente de la tienda, etc.; próxima a estas fincas, pero aislada, se levantó la casa de los patrones, a la que el lenguaje campirano denominó "La Casa Grande", precisando su jerarquía sobre todas las demás del casco. Lugar preferente ocupó siempre la iglesia, situada por lo regular junto a la "Casa Grande", con ello se obtuvieron conjuntos de gran plasticidad arquitectónica y se facilitó el tutelaje de la señora "patrona" sobre la iglesia. La labor humanitaria que las damas potosinas ejercieron como "patronas" de sus haciendas, merece renglón aparte.

Para la explotación de la finca se erigieron construcciones con fines utilitarios y de uso muy específico: corralerías, caballerizas, establos, eras, gavilleros, macheros, norias, atarjeas, y las indispensables trojes, hermosas bodegas que por su altura señalaban a distancia, junto con la torre de la iglesia, la presencia de una hacienda.

Esta presencia se hacía tangible, cuando salían de todas partes multitud de perros con una algarabía de ladridos, al encuentro del viajero, saludo y despedida obligatoria de toda finca rústica que se visitaba, ocasionando a veces algunos tumbos, si el arribo o la partida

se hacían a caballo.

Siempre se dijo que la importancia de la producción de una hacienda se apreciaba por la magnitud de sus trojes, la certeza de este decir queda demostrada con las doce todavía en pie (semejando a lo lejos una fortaleza medieval) en el derruido casco de la hacienda de San Francisco Xavier de la Parada. Muy bello también es el conjunto que forman las cuatro trojes de la Hacienda de Bocas; cada una mide cien varas de longitud; de las mismas proporciones, aunque de construcción menos recia y sí mas elegante, son las trojes que los padres Carmelitas fincaron en Peotillos.

Si en las haciendas azucareras del estado de Morelos había el trapiche y en las haciendas pulqueras de Hidalgo existía el tinacal, en la generalidad de los cascos potosinos como en los zacatecanos, se construyeron las fábricas de vino mezcal, ese aguardiente al que los modernos medios de publicidad han convertido en el pariente pobre del tequila, pero que en sus buenos tiempos se hizo merecedor del refrán: "Para todo mal mezcal y para todo bien también", y que gran número de potosinos tomaron muy en serio, llevándolo a la práctica no sólo para brindar, sinó usándolo como medicamento, pues los resfriados y las gripas se curaban, aun en la ciudad, con fricciones de vino mezcal, por lo que no había familia potosina de "Buena cepa" que no tuviera en su botiquín alguna infusión de árnica en vino mezcal, previendo cualquier eventualidad.

No era eso todo, algunos hacendados lo utilizaron para medir el tiempo y las distancias; llegaron a decir que de San Luis a su hacienda "hacían" una botella de mezcal.

Las fábricas de vino, embellecieron aún más la arquitectura de sus cascos con elementos característicos de los predios mezcaleros, como las grandes bóvedas que cubrían las pilas de fermentación, los alambiques y algunas veces hasta los molinos; los hornos para cocer el maguey, construidos de piedra en forma cilíndrica, completaban armónicamente las fincas que componían la fábrica. Este equilibrado conjunto al que remataba la línea vertical de su chimenea de ladrillo, formaba un recinto aparte dentro del casco delimitándolo grandes patios de maniobras, en los que había la indispensable pila con sus atarjeas donde abrevaban la mulada y las yuntas al final de la fatigosa jornada.

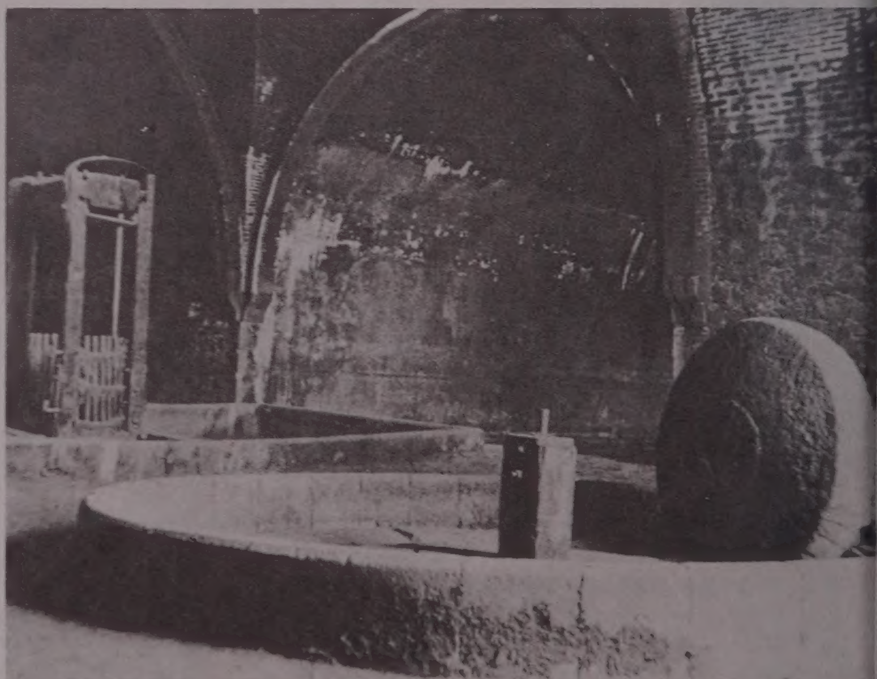
Fue tan importante la producción mezcalera de San Luis Potosí, que llegó a haber cuarenta y tres fábricas trabajando simultáneamente, de las cuales sobreviven dos; ellas son Laguna Seca y Jarillas.



Corcovada. Ventanas neoclásicas.



Santa Rosa. Típica fabrica de mezcal del altiplano.



Bocas. Antigua fabrica de mezcal.

Los Condes de Peñasco. Oleo que adornaba los salones de su hacienda.



EL PATRON Y LA PATRONA

El señor Torres Quintero, en su libro "México hacia el fin del Virreinato Español", asevera: "No son tierras lo que faltan a los hombres, son hombres lo que falta en las tierras". No podría aplicarse esta aseveración a las tierras potosinas, sus propietarios formaron una estirpe de terratenientes luchadores e infatigables, sin los cuales no hubiera sido posible la producción agrícola, ganadera e industrial que tanta fama dio al campo potosino.

A muy pocos hacendados se les podría tachar de ausentistas; los más, fueron verdaderos señores del campo, a sus dotes de financieros y de empresarios aunaron, muchos de ellos, el dominio del bizarro y mexicanísimo arte de la charrería, practicándolo en el bregar cotidiano que el manejo de sus ganados imponía. Con destreza, tiraban certeras manganas y coleaban a campo abierto, causando la admiración de sus subordinados, los cuales, ya sólo unos cuantos, recuerdan con nostalgia aquellos herraderos, motivo de día de fiesta en la hacienda; asistían, administradores y dueños de las fincas circunvecinas, a dar la enhorabuena y brindar, inumerables veces por el éxito del patrón, con mezcal refinado y añejado especialmente para tan esperado día.

Esas bellas estampas campiranas, que con tanta delicadeza inmortalizó en sus lienzos el pintor charro don Ernesto de Icaza y Sánchez, se plasmaban a diario en las haciendas ganaderas de San Luis, siendo protagonizadas por sus mismos dueños, de quienes podría escribirse miles de anécdotas.

Una ocasión, en la zona del altiplano, por una pedregosa loma erizada de plantas de lechuguilla, campeaba a caballo un ganadero en compañía de dos amigos, cuando de pronto fueron embestidos por un enfurecido toro cerril, dando apenas tiempo al ganadero a desmontar de su cabalgadura y sin desembarazarse de espuelas y chaparreras, echó mano de su sarape con el cual lanceó a la bestia hasta que logró dominarla, ante el estupor de sus aterrados acompañantes a quienes salvó de un serio peligro. (Versión de don Paulino F. Rosillo, Q.E.P.D., testigo del lance).

Cuantas veces la libertad de México se vio amenazada, los terratenientes potosinos, con gran sentimiento patriótico, estuvieron siempre prestos a defenderla. Durante la guerra de Independencia los hacendados de Bocas y Peñasco, aportaron tropas y dinero para sostener la lucha de los insurgentes; lo mismo hizo, cuando la invasión norteamericana, el propietario de San Diego, la famosa hacienda de la Cuenca de Rioverde.





Los patrones de Bocas. Detalle del óleo que ilustra nuestra portada.

No sin algunas excepciones, en la gran mayoría de los casos los "patrones" fueron siempre justos y caritativos con sus subordinados, llegando en los calamitosos años de sequías, hasta a emprender construcciones innecesarias sólo para dar ocupación a sus trabajadores.

Junto a esa labor del hacendado, no puede olvidarse la obra humanitaria de su esposa, "la patrona", quien estaba siempre atenta al bienestar de las familias que poblaban su hacienda; con discreción, ejercía la caridad, suplía al doctor cuantas veces fuera necesario, y en urgencias que lo ameritaron, con los pocos elementos a su alcance, practicaron cirugía menor en un cornado de toro o en algún acuchillado, enfermedad muy frecuente en el campo, adquirida principalmente durante las fiestas, bodas o en las discrepancias resultantes de las carreras de caballos y de las peleas de gallos. Pero no quedó en eso su esfuerzo, fue mucho más importante la tarea en el orden moral, preocupándose por que hubiera escuela, dirigiendo las actividades religiosas de la iglesia, a lo que se sometía complaciente el capellán; además, se confabulaba con él para casar a todas aquellas parejas que estaban en "mal estado", anticipándose con mucho a los actuales matrimonios colectivos.

En las grandes fiestas, se ufanaban las señoras de ofrecer a sus invitados de la capital, ya fuera del Estado o de la República, los platillos de la cocina nativa, cuyos secretos le habían confiado sus sirvientes, pues en cada lugar se preparaba en forma distinta lo que ahí se producía. De la numerosa lista de platillos y de bebidas, son dignos de recordar, los Chiles Santiago, de la hacienda del mismo nombre, el refresco de Betabel que se sirve en San Diego y el agua de alfalfa de la Hacienda de Bocas.

Las relaciones entre patrones y sirvientes fueron muy estrechas y respetuosas, dentro de un régimen paternalista en el que las familias de una hacienda, ya fuera la del administrador o la de un pastor, sabían que acudiendo a la "casa grande", encontraban siempre la ayuda requerida.



Hacendado del primer tercio del siglo.

Peotillos. Día de raya en la hacienda. Circa 1880.

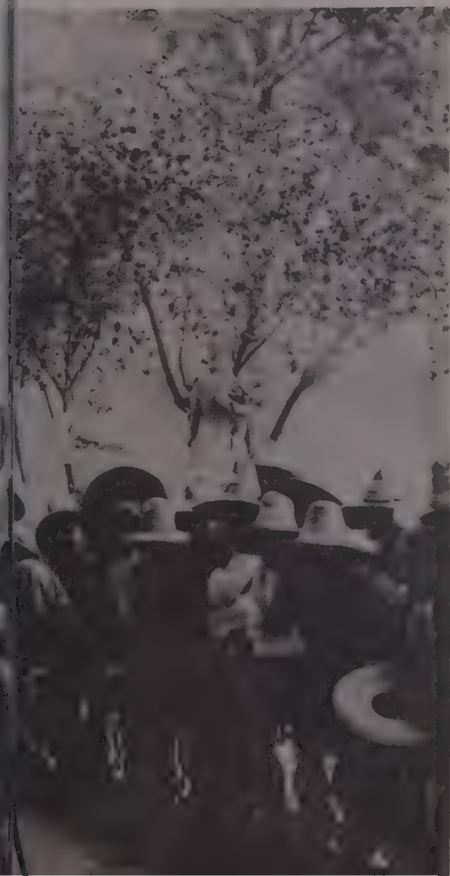






Hacendado con sus pequeños nietos. 1926.

Arrendatario de la hacienda de Gogorrón con sus empleados. 1926.





COMO ERAN LAS HACIENDAS

Una variedad de paisajes, tanto en su perfil geológico como en su flora, enmarcan la belleza de los cascos potosinos, cuya arquitectura armoniza con el colorido y la vegetación del lugar donde fueron levantados; en sus características influyó fuertemente la ubicación, por lo que los cascos construídos en las regiones entonces muy despobladas del norte, sujetas a depradaciones de los bárbaros, se rodearan de murallas protectoras, agregándoles, garitones para la vigilancia de la finca. En el interior de estos cascos la casa principal protegía a sus habitantes, del cálido clima del altiplano, con altos muros de un blanco intenso, y con corredores de austeridad rayana en lo monástico pero rebosantes de frescura.

Otro factor que fijó las características de los cascos, fue la naturaleza de los materiales de construcción disponible en cada lugar. Hacia el norte y noroeste del Estado, se utilizó un tipo de piedra caliza que debido a su consistencia no se prestaba a ser labrada como la cantera, por lo que para adornar las fachadas de casas e iglesias se utilizó la argamasa, moldurando cornisas, modelando remates y pilastras; indiscutiblemente, se limitó el ornato de las fincas, confiriéndoles ese aspecto sobrio tan de acuerdo con el sitio en que se alzaron.

No así en la parte suroeste y sur de San Luis, donde los cascos engalanaron sus fachadas, revistiéndolas con cantera, esa piedra tan potosina, sobre la que el arte incomparable de nuestros canteros aborígenes, desbordó su sensibilidad, labrando fuentes, balaustradas, columnas, balcones, y una infinidad de elementos que enriquecieron a la arquitectura potosina y han embellecido nuestro solar.

En la región del Sur se edificaron las primeras haciendas de San Luis Potosí, encontrándose por ello más variedad en los estilos de sus cascos; quedan restos de las construcciones primitivas del siglo XVII, de cascos erigidos en pleno barroquismo, hasta llegar al estilo de influencia francesa tan de moda en los días porfirianos, pasando, desde luego, por el neoclásico que con tanta elegancia hizo acto de presencia en la portada de la hacienda de la Ventilla.



Hacienda ganadera. Principios del siglo.



Caballerango en sus labores. Principios del siglo.

LAS HACIENDAS Y SUS DUEÑOS

De la antigua Garita de Jalisco en la Ciudad de San Luis Potosí, corre hacia el Sureste el viejo camino real por el que se llega a las cuestas de la Sierra llamada de las Escalerillas, árida en la cima y fértil en sus cañones y laderas. Dominan ese paisaje de contraste los colores ocres y rosados de la cantera, que a la puesta del sol se tornan de oro y de violeta, hermoso principio, para visitar muchas de las haciendas que siguen siendo orgullo de la tierra potosina.

Una vez remontada la Sierra, se llega a un campo de extensas llanuras, conocido como Plan de Arriaga, asiento de algunas haciendas; una de ellas, El Tepetate, semi-escondida entre montecillos de órganos y nopales, oculta sus muros en ruina, que sirvieron un día de paredón, cuando la intervención francesa, para el fusilamiento del general Joaquín Miramón, quién peleaba por la misma causa que su hermano Miguel. Se cuenta que don Joaquín venía herido, huyendo desde Zacatecas, con un tesoro consigo que supuestamente alcanzó a enterrar en algún lugar de El Tepetate; el corazón del general fue sepultado en la capilla de esa hacienda.

Por ese tiempo pertenecía el Tepetate a don Antonio de la Gándara, comodino propietario, residente en París, quien ante las tribulaciones que atravesaban no sólo las haciendas sino todo México, dijo que él prefería ser dueño de una buhardilla en París, que ser hacendado en México. ¡Qué bueno que no todos pensaban como el cauto señor don Antonio de la Gándara y Gordoa!



En plena faena.



SANTIAGO

No lejos del Tepetate está Santiago, hacienda agrícola y ganadera, la adquirió a mediados del siglo XIX, don Blas Pereda, quien terminó la edificación del casco en 1864, como aparece inscrito en un óvalo de piedra, arriba de la clave del elegante portón de acceso. Trasponiendo esa puerta, se llega a un patio empedrado con un jardín al fondo flanqueado en dos de sus lados por corredores de bellas arquerías sostenidas en columnas de cantera. Uno de ellos, está adornado con carteles de corridas de toros en las que se lidiaron los de la hacienda; este corredor antecede a la llamada "Casa Grande".

Tiene la casa por patio un bien cuidado jardín al que rodean corredores; es una de las mejor conservadas en las haciendas potosinas.

Forman parte de las dependencias del casco, las que fueron instalaciones para la trasquila, pues el Sr. Pereda impulsó mucho la cría de ganado lanar al grado de haber tenido que acuñar "fichas" utilizadas como moneda en la época de la trasquila. Heredero de don Blas, su hijo don Manuel, a quien la fortuna no favoreció y la hacienda fue rematada adquiriéndola en 1888 don Francisco de P. Martínez, pero las cosas fueron de mal en peor y después de una sequía de trece años consecutivos, su viuda vendió Santiago a don Teodomiro Garfias en 1901; sus descendientes conservan la propiedad, a la que don Teodomiro dio nuevo impulso volviendo a hacer de ella una finca productiva.

Próximo al casco queda lo que fue la Fábrica de Vino Mezcal; permanecen en pie los hornos para cocer el maguey, construídos en piedra y rematados por pequeñas bóvedas, unos de planta circular y otros de planta octagonal, formando un estético conjunto entre las ruinas de la fábrica.

Con simiente traída de los llanos de Apan, se plantaron en Santiago extensas magueyadas; producían gran cantidad de ese "calumniado e incomprendido producto del maguey", como llamó al pulque el escritor costumbrista don Leovigildo Islas Escárcega, pero calumniado y todo, deleitaba a cuantos asistían para venerar el día de su fiesta al apóstol Santiago, patrono de la hacienda.

Cúpula y espadaña de la iglesia.



Hornos de la fábrica de vino mezcal.



Puerta principal.

Arquería de la casa grande.



BLEDOS

Después de cruzar puentecillos de piedra, algunas acequias y riachuelos bordeados de sauces, se llega a Bledos.

Al añorar el pasado de la hacienda, mientras se contempla la fachada de su añeja casa, no se puede menos que recordar aquel día 18 de Septiembre de 1810 en que llamó presuroso a su puerta un mensajero procedente de San Luis, llevando para el Comandante de las Armas, don Félix María Calleja y del Rey, gravísimas noticias: le comunicaban el levantamiento del Cura de Dolores a la cabeza de una chusma. La nueva cortó de tajo y para siempre la placidez de que gozaba Calleja en esa hacienda que por entonces era propiedad de su familia política, los Gándara-Sierra; contra su voluntad tuvo que abandonar Bledos, salió de inmediato y a mata-caballo hacia San Luis para organizar sus tropas.

La lucha contra Hidalgo dió a Calleja aquel título de Castilla que siempre anheló; en Puente de Calderón lo obtuvo y años más tarde siendo ya Virrey de la Nueva España, el rey Fernando VII le agració con el título de Conde de Calderón. Valió la pena para Calleja haber dejado Bledos.

El patio de la casa principal, con una fuente de cantera al centro y amplios corredores en sus cuatro lados aprisiona el ambiente refinado de los días de la Colonia, está presente en todo, en la madera de mezquite de las puertas de las habitaciones, en los aldabones de forja de las mismas, y al pasar frente al comedor, parece percibirse aún el olor del chocolate que con panecillos de canela servían de merienda, diligentes criados en un constante ir y venir, a la Sra. doña Francisca de la Gándara de Calleja, quién más tarde sería la Virreina Potosina.

En la iglesia de Bledos existe, casi en perfecto estado, uno de los dos únicos retablos barrocos que en templos de haciendas han llegado a nuestros días. Preside este retablo el señor San José, santo patrono del lugar; vívida escultura dieciochoesca magistralmente tallada en madera. Flores rojas y azules lucen con elegancia de esmaltes heráldicos en el campo de oro de su ondulante túnica ricamente estofada, ciñe su testa una corona de plata cincelada sujeta nada menos que por ¡un barboquejo! . En un crucero de la iglesia reposan los restos de unos antiguos dueños de la hacienda, el coronel Mariano Martínez y su esposa doña Gertrudis Aranda; adquirieron la hacienda en 1837 y doña Gertrudis, ya viuda, la vendió en 1883 al hacendado potosino don José Encarnación Ipiña, cuyos descendientes, aún poseen la finca. En el muro de un corredor de la casa principal, hay trazado lo que puede considerarse un árbol genealógico de la hacienda, aparecen sus diferentes dueños y las mercedes de tierra que compusieron lo que fué la hacienda de "Baúl de Todos Santos del Señor San José de los Bledos".



. . .De tal manera, que Calleja iba con frecuencia a la hacienda de Bledos a ocuparse de los trabajos de la finca, como lo acostumbraba desde que había contraído matrimonio.

José de J. Nuñez y Domínguez, La Virreina Mexicana, México 1950.

Fachada de la casa. Detalle. . .

Puente acceso al casco.





Arco con pasadizo que une la casa grande con la casa del administrador.



Fuente en el segundo patio.

Fuente neoclásica. Patio principal.

BLEDOS



Fachada de la iglesia.



Iglesia. Retablo. Siglo XVIII.



San José. Patrono de la hacienda. Imagen estofada. Siglo XVIII.

Retrato del administrador de la hacienda de la Labor del Rio. Oleo anónimo. Casa de la Cultura. San Luis Potosí.





Jardín frente a la casa.



Molino de la fábrica de vino.

Oleo sobre tela. Felipe Moreno, pintor potosino.

Portón de acceso al casco.





Carranco. Iglesia.



Carranco. Puente.



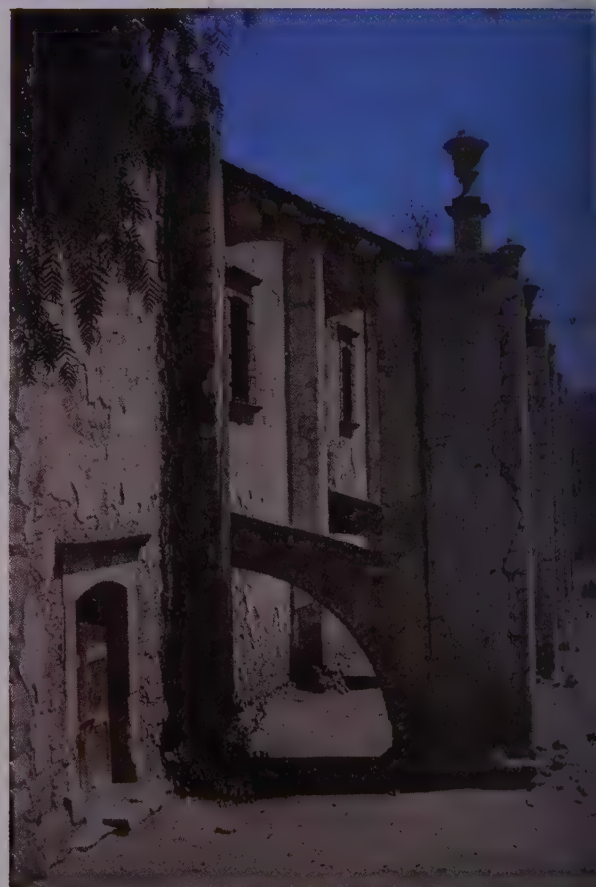


Bledos. Patio principal. Fuente.

Bledos. Patio principal. Oleo sobre tela. Enrique Benítez.



Plaza del casco. Oleo de Felipe Moreno.



Botareles del molino.



Corredor de la planta alta.



Atrio de la iglesia.



Molino del Sr. San Miguel.

Iglesia. Portada.



Torres de la iglesia.





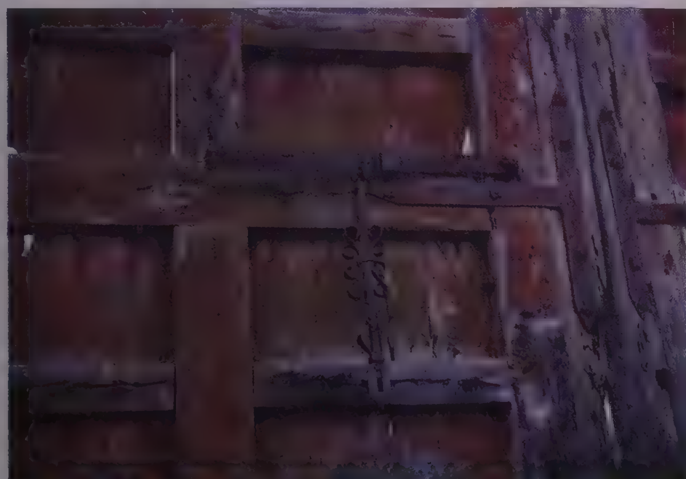
Casa Grande



La Parada. Panorámica.



La Parada. Trojes.

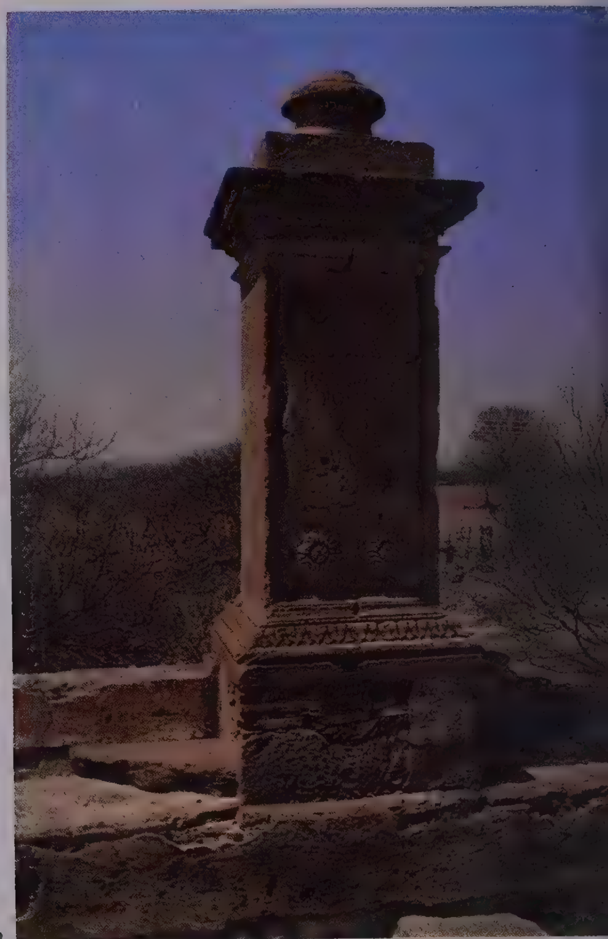




El Corte. Puerta de campo.



Trojes.



Acceso al casco.

Casa grande.





Iglesia de la hacienda.

CARRANCO

Menos de una legua de Bledos por el camino que lleva hacia Valle de San Francisco, a la vera del río de los Bledos, está Carranco, hacienda tan antigua como las que le rodean. Se le llamó Bledos bajos por haber formado parte de las propiedades de Francisco Cárdenas en el Valle de Bledos. El mismo Cárdenas instaló un molino para metales donde se beneficiaban los minerales llevados de la Sierra de Pinos, dando así origen a la formación de la Hacienda de Bledos Bajos a principios del siglo XVII.

Si bien Carranco no tiene historial rico, colmado de leyendas y anécdotas como las haciendas vecinas, no se queda atrás en la hermosura de su paisaje ni en la plasticidad de su pintoresco casco.

Un antiguo puente de piedra que cruza sobre el río orillado de sauces, conduce al casco de Carranco, levantado alrededor de una plaza con un jardín central. En el lienzo oriente de la misma, está ubicada la "Casa Grande", construida en un piso, sin grandes alardes arquitectónicos, pero reuniendo en su fachada los elementos que distinguieron a las fincas rústicas, su portón de acceso enmarcado en cantera con doble cornisa, ventanas con rejas corridas hasta el suelo, las puertas de la tienda con marcos muy sencillos de cantera, al igual que los de las ventanas; todos contrastando con el alto muro aplanado de mezcla y pintado a la cal de la fachada; al pie del muro corre un poyo, indispensable para esperar allí hablar con el patrón o "aguardar alguna razón". En la parte extrema de la fachada de donde forma escuadra con unas trojes que están al sur de la plaza, la casa tiene un segundo piso, con un balconcillo corrido que sostienen ménsulas de cantera. El aspecto exterior de esta casa es agradable, como también su interior, con un patio jardín al que rodean en dos de sus lados corredores de pisos de ladrillo "colado", con columnas de cantera sosteniendo los arcos pintados en su curvatura de rojo almagre muy a la mexicana para resaltarlos contra el blanco del paramento. A un lado de la casa, desde otra arquería, se contempla una gran huerta.

La iglesia queda en una rinconada de la plaza, una cerca de mampostería limita su pequeño atrio. Al igual que la Casa Grande la iglesia es de construcción un tanto rústica, también de paredes blancas en la que destaca una portada de piedra de líneas neoclásicas. Tiene Carranco uno de esos cascos muy mexicanos, a cada paso se encuentra la mano de los albañiles nativos interpretando en forma personal el estilo que a sus patrones gustaba.

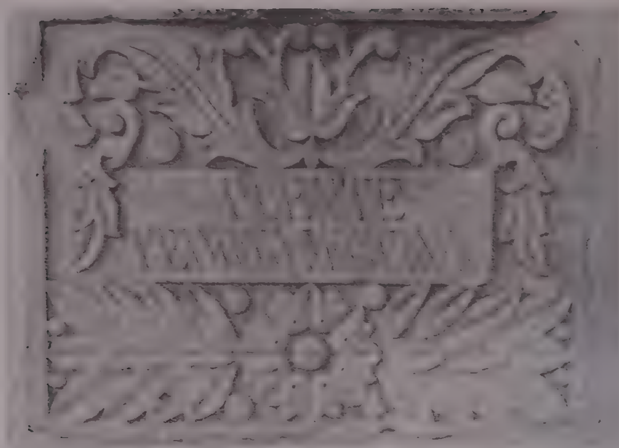


Fachada de la casa grande

Patio interior.



LA VENTILLA



No se puede pasar de largo hacia Valle de San Francisco sin visitar la hacienda de la Ventilla; su antigüedad data de fines del siglo XVI, cuando la Corona de España procedió a conceder mercedes de tierra a los primeros pobladores de la región; fue Martín Ruiz de Zavala su primer propietario, como puede verse en una manifestación que Pedro Díez del Campo hizo de sus propios bienes en 1645: "Primeramente un sitio de ganado mayor con dos caballerías de tierra que está en el río que viene a desembocar al Valle de San Francisco que llaman de los Bledos, que linda con un sitio que llaman de la Ventilla, que es de los herederos de Martín Ruiz de Zavala"

¡Con qué admiración contempla el viajero este casco de aspecto feudal, mandado edificar por un noble señor!

¡Qué imponente belleza ofrece el conjunto que forman la casa señorial y la iglesia anexa, ambas erigidas sobre la parte más alta del casco, en las estribaciones de la Sierra de Jaral! Razones estratégicas debieron haber determinado la ubicación de las mismas, desde donde dominan no sólo al resto del casco, sino a todo el Valle de San Francisco, del que esta casa ha sido celoso vigía durante dos siglos. El panorama que ofrece el Valle desde los altos balcones de la mansión, es de los más hermosos entre los muchos y muy variados que ofrece el campo potosino. Hacia el Norte, en lo más alto de la Sierra de San Miguelito, surge solitario, el famoso picacho de Bernalejo, y en la ladera, entre los claros de verdes frondas, se ven los muros de la pintoresca hacienda de Calderón; mas allá, rumbo al valle, diseminados entre geométricas tablas de sembradura y espesas arboledas, aparecen bosquejados el casco de Gogorrón, y el pueblo de Villa de Reyes. Hacia el Sur, fuera de los límites de San Luis, en Guanajuato, se dibujan en este paisaje agreste los característicos torreones de la hacienda de Jaral, sede del Marquesado y el mayorazgo del mismo nombre, que incluía entre sus bienes a la Ventilla.

La casa señorial, construida en dos pisos, rematados con una torre a manera de mirador, como era usual para esta clase de residencias, tiene la fachada principal dando frente a una plazoleta; a su alrededor se agrupan las que fueron casas de los dependientes, la entrada a las caballerizas y la fragua, en cuyas puertas el viejo herrero Dolores Esquivel, solía "calar" la buena forja de los hierros para marcar el ganado.

La casa de La Ventilla, una de esas residen-

Panorama del casco.



cias edificadas en el siglo XVIII, se distingue por su gran sobriedad, gracias a una forma de vivir austera y a la vez elegante que distinguió a la sociedad de la Colonia; su portón, enmarcado por un alfiz de cantera, abre al zahuán que conduce, a través de un cancel de gruesas rejas de hierro, al patio principal, sobrio y solemne, rodeado en sus cuatro lados por amplios corredores en cada uno de sus dos pisos. Siete arcos de medio punto, sostenidos por pétreas columnas toscanas, se abren en cada corredor; los arcos correspondientes al segundo piso están protegidos por balaustres con su zoclo y pasamanos de cantera.

A los lados de los corredores de la planta baja se alínean los recintos destinados a los menesteres administrativos, mientras que los corredores del segundo piso conducen a las habitaciones.

Característica de esta casa: en lugar de escalera se asciende a la planta alta por una rampa de seis tramos paralelos con piso de piedra; según conseja, la rampa se construyó para facilitar el ascenso de las acémilas que llegaban cargadas con el oro que acumulaba el Excmo. Sr. Marqués de Jaral de Berrio.

La iglesia de nave centrada, es de estilo neoclásico, dos torreones que sirven de campanario rematan la fachada en que contrasta la portada de cantera rosa con los muros blancos del resto de la construcción. También la iglesia tiene su anécdota, pero ésta es cierta: poco después de un saqueo que sufrio La Ventilla hubo un paseo de campo en un paraje cercano a Gogorrón, al que se presentó la esposa de un cacique de Villa de Reyes, luciendo en su moreno pecho el rico collar de perlas de la Virgen de los Dolores que se venera en La Ventilla.



Fachada principal.

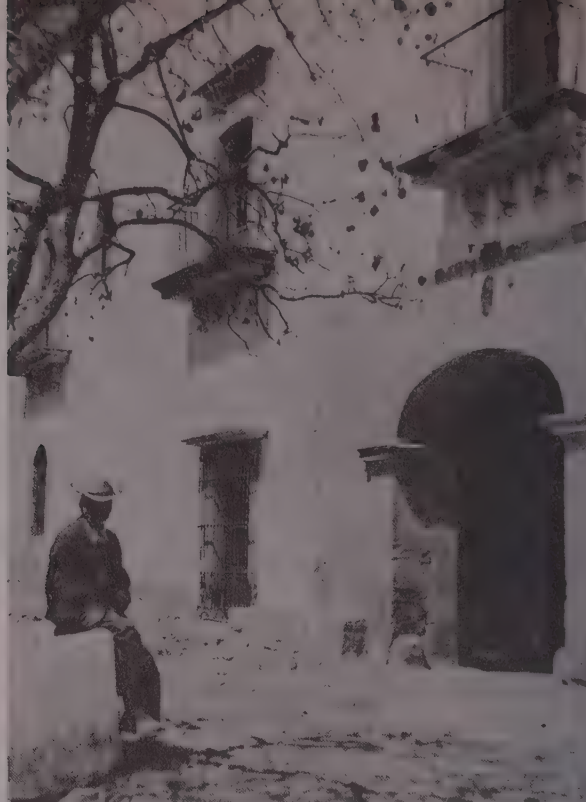
Bóvedas de cañón de las caballerizas.



En la parte baja del terreno donde se asienta el casco, construyeron el molino del Sr. San Miguel, recia construcción en dos pisos, de altos muros de piedra soportados por botareles con sus remates de cantera. Entre el resto de las demás construcciones del casco, como trojes, caserío y corralerías, se levanta la gran bóveda que cubre lo que fue la era. Queda todavía la elegante portada de frontón recto que enmarca el acceso a la huerta.

En cada una de las construcciones de esta hacienda, se atendió lo funcional y lo estético, logrando uno de los más hermosos cascos —cuando no el más— de los muchos que son orgullo de nuestrso campos; que para fortuna nuestra, se conserva en muy buen estado, gracias al esmero de sus actuales dueños.

LA VENTILLA



Puerta principal.



Arquería del patio.

Balconería en la fachada lateral.

Rampas paralelas. Acceso al segundo piso.







Angulo del patio.



Molino del Sr. San Miguel. Botareles.



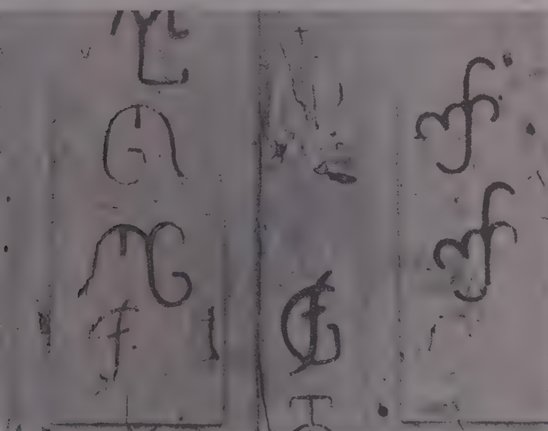
Pila monolítica.



Cruz en la puerta del atrio.



Acceso a la huerta.



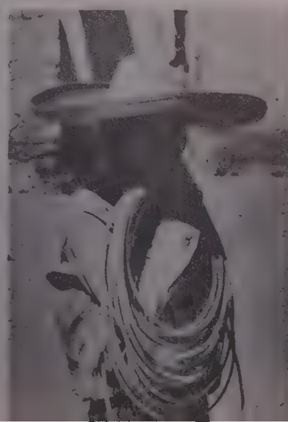
Cala de los hierros en la puerta de la fragua.



Iglesia neoclásica de la hacienda.



Echando la silla.



Caballerango.

Vista del casco.

Cenador en la huerta.

CALDERON

Nombre impuesto, en conmemoración de la batalla del Puente de Calderón, por los Gándara, parientes políticos de Calleja también dueños de esta hacienda cuando formó parte de Bledos.

Por estar ubicado su casco en una fértil cañada, se llamó originalmente, San Gerónimo de la Cañada.

Esta hacienda disputa a Bledos la leyenda relativa al momento en que Calleja supo de la insurrección; según se cuenta, estaba en el cenador de la huerta bebiendo alegremente, sidra de la preparada con las manzanas de allí mismo, cuando en mala hora fue importunado, para darle tan incómoda como desagradable noticia. Esto no pasa de ser una leyenda, forjada por los habitantes de Calderón para no quedarse atrás en cuanto a tradiciones; los historiadores han demostrado que el hecho tuvo lugar en Bledos.

De los Gándara, Calderón pasó a poder de don Román Duque, comerciante y minero avecindado en Valle de San Francisco; luego, a unos señores Guzmán, quienes la vendieron a don Felipe Muriedas para anexarla a su hacienda de Gogorrón.

Pocas haciendas reunen en sus cascos los atributos que hacen de Calderón uno de los más pintorescos de San Luis. El paisaje es imponente, la sierra de Merlín le sirve de fondo, sus vertientes derraman en la presa que riega las huertas mejoradas por el Sr. Muriedas con las más finas variedades de árboles frutales, como grandes perones de jugosa pulpa, mandarinas, olorosas manzanas y membrillos, uvas blancas y rojas, para los vinos de mesa hechos en el lagar de la huerta principal, frontera al casco, plantada de ahuehuetes y de flores exóticas.

Entre esa espesura, llena de fragancia, se erigió el casco, diferente a todos, en él no hay la gran plaza, más bién es una amplio patio empedrado, con una fuente de cantera al centro que remata un surtidor en forma de obelisco. Este patio antecede a las arcadas que sirven de fachada a la casa grande, sobre cuyo arco central un reloj de sol ha marcado las horas por espacio de dos siglos, antigüedad del casco. Frente a la casa grande está la troje, sus muros de piedra sostenidos por botareles con remates de cantera, construcción muy similar a la del Molino del Sr. San Miguel de la hacienda Ventilla, probablemente ambas fueron construidas por el mismo maestro alarife.

Está tan apartado Calderón de los caminos usuales, que se deja con la nostalgia de no volver a verlo más.









Patio principal.

Fuente en la entrada.

SAN PEDRO DE GOGORRON

Perpetúa el nombre de esta hacienda el apellido de su fundador, el minero vizcaíno Pedro de Arizmendi Gogorrón; procedente de Zacatecas, fue uno de los primeros en llegar al pueblo de San Luis Minas de Potosí, atraído por la riqueza de las minas del Cerro de San Pedro, donde pronto hizo fortuna y estableció en ellas una hacienda de beneficio considerada como de las mejores en la Nueva España.

Fundó otra en el Valle de San Francisco a finales del siglo XVI, destinada en un principio para beneficiar plata, transformándose con el tiempo en la famosa hacienda agrícola y ganadera de San Pedro de Gogorrón, cuya riqueza no tuvo paralelo en el Estado.

Durante siglos el desarrollo de la hacienda fue más o menos similar al de las demás fincas vecinas del Valle de San Francisco; se sembraba de temporal en la mayor parte de las tierras, algunas las había de riego y en sus pastos se criaba, principalmente, ganado vacuno y menor. Muchos dueños se sucedieron; de los Pérez de Bocanegra, nietos de Arizmendi Gogorrón, pasó entre otros a Jacinto García de Rojas; a las familias queretanas Fernández de Jáuregui y Samaniego del Castillo, quienes la heredaron a don Ramón María Loreto de la Canal y Jáuregui, de la casa y mayorazgo de la Canal, en San Miguel el Grande; hasta que bien andado el siglo XIX la adquirió don Felipe Muriedas, ciudadano español que con trabajo y audacia amasó en San Luis Potosí una cuantiosa fortuna. Además de su filantropía, se distinguió el Sr. Muriedas por su visión en los negocios, habiendo hecho de Gogorrón una de las fincas más productivas del México porfiriano. Para ello construyó una planta hidroeléctrica, adelanto con el cual fue posible instalar la fábrica textil llamada de San Felipe, más tarde trasladada a San Luis Potosí, en donde sigue laborando con otro nombre.

La superficie de la hacienda se vio acrecentada hasta llegar a tener 36.000 hs., con la adquisición de Zavala, antigua propiedad de los Ruiz de Zavala y de la pintoresca hacienda de Calderón.

El establo de Gogorrón, era modelo entre las instalaciones de su género en la República por lo avanzado de su equipo y el alto registro de su ganado vacuno.

La magna obra emprendida por el Sr. Muriedas fue la perforación de diecisiete pozos; brotó por sí misma el agua con mucha presión en un diámetro de aproximadamente cuarenta centímetros; la temperatura de estas aguas al brotar era de 40° C. y pronto alcanzaron fama mundial por sus propiedades curativas.



Fachada posterior. Restos de la construcción colonial.

Según una anécdota, el Sr. Muriedas consultó en una ocasión a un médico de Viena quien le aconsejó emprendiera un viaje a México, donde existían unos baños termales, llamados de Gogorrón, en cuyas aguas encontraría la salud. ¡Nada menos que los pozos mandados perforar por el rico paciente! .

No todo fueron aciertos del Sr. Muriedas. En su afán de embellecer la casa de la hacienda, hoy todavía en pie, convirtió a una muy digna mansión colonial en un palacio ostentoso, de estilo indefinido, exótico en el paisaje potosino, pero después de todo, ese tipo de mansiones acabaron por tomar carta de naturalización, tornando en anacrónico lo auténticamente nuestro.

Heredera de don Felipe, su hija doña Manuelita Muriedas de Zavala, debido a su intensa vida social por las principales capitales de Europa, dejó la hacienda en manos de irresponsables empleados españoles, altaneros con la peonada, borrachos y despilfarrados hasta el grado de minar la economía de la Casa Muriedas, provocando la animadversión de los peones y sirvientes con lo que precipitaron la ruina de la hacienda. Fué tan grande la torpeza de esos empleados, que uno de ellos de apellido Zavala, hermano político de doña Manuela, ante los rumores de un reparto agrario y en su saña hacia los campesinos, mandó, acto incalificable, cegar definitivamente dieciseis de los pozos artesianos, quedando solamente uno.

Ese rencor reprimido durante muchos años, ocasionó que un cabecilla del vecino pueblo de Villa de Reyes, profetizara que de Gogorrón no quedaría piedra sobre piedra. No tardó mucho tiempo en hacerse realidad el vaticinio del profeta pueblerino.

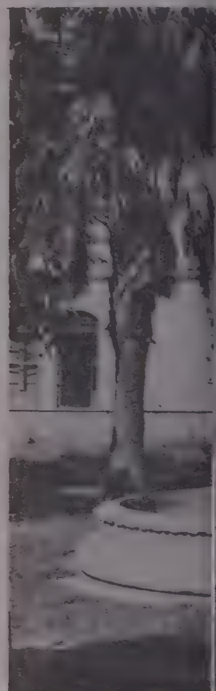
Este dramático caso es el único que empaña la historia de las haciendas potosinas.



Pozos de la hacienda.

GOGORRON





Arquería de la fachada.



Fachada principal. Epoca porfirista.



Lavaderos. Singular obra de arquitectura.



Puerta principal.





Iglesia con su arquería completa.



Iglesia. Actual. Arquería destruida.



Vista desde la iglesia.

LA PILA



Arquería de la fachada.

En una merced de tierra que el Virrey Marqués de Guadalcázar, concedió en 1616 a Martín Ruiz de Zavala, se hace mención de "otro sitio que el dicho Martín Ruiz de Zavala, tiene poblado con sus casas, corral y jacales y una pila grande a tres o cuatro leguas del pueblo de San Luis". Esta "pila grande" originó se diera el nombre de La Pila a la hacienda, agregándole más tarde la antigua estancia conocida como de Pedro Bravo.

El teniente de alguacil mayor Pedro Bravo, fue el fundador del abigeato potosino, según consta en diligencias practicadas en 1605 por el capitán Juan Domínguez, quien se presentó en la estancia de Bravo y encontró que éste había establecido una matanza, no obstante la prohibición de las ordenanzas; además, "recogió cueros de vacas recién desolladas siendo una de ellas de fierro ajeno"

No cabe duda que Pedro Bravo tuvo muy buena mano, pues el abigeato proliferó en San Luis, llegando con muchos bríos, hasta nuestra época.

Otro destacado dueño de La Pila, fue don Miguel de Mier y Caso, quien murió "enfermo de la mente" el día 8 de Febrero de 1775 dejando muchos acreedores, entre ellos el padre fray Antonio Campos y Aldrete, Prior del Convento de San Agustín, quien reclamaba un depósito de cuatro mil pesos a favor de su convento; y el padre fray Joaquín Perdomo y Zapata, Procurador del Convento de San Francisco, quién cobraba cinco mil doscientos pesos de otro depósito. También, doña Rosalía Rosa Martínez Bravo, viuda del capitán don José de Erreparáz, Síndica del convento de San Francisco, cobraba quinientos cincuenta y ocho pesos de réditos atrasados por el capital de tres mil pesos de una capellanía que fundó dicha señora y reconoció sobre su hacienda el Sr. de Mier y Caso, Dichos réditos se aplicarían a los gastos de la función del Sagrado Corazón de Jesús, que se celebraba anualmente en el colegio de la Compañía, y para la función del Novenario de Nuestra Señora de los Dolores.

Como las anteriores devociones eran aplicadas para la salvación del alma de don Miguel, al morir éste, hubo que sacar a público remate la hacienda de La Pila, con objeto de acabar de salvar el alma del benefactor adjudicando la hacienda a don Juan de Gorriño.

Además de las anécdotas anteriores, también tuvo su historia La Pila: allí organizó Calleja sus tropas para salir a combatir al ejército insurgente, el día 24 de Octubre de 1810, o sea a más de un mes de haber sido notificado de la insurrección.

A las diez llegamos a la hacienda de La Pila, pueblo muy limpio, en donde hay labores de plata. Nos apeamos en una pequeña choza, especie de bodegón y almorzamos huevos, chile y tortillas, por la módica suma de un medio o sean 6 1/2 centavos.

24 de Noviembre
J. R. Poinsett, Notas sobre México. 1822.

Cuando preparaba e instruía a su ejercito, lanzó una proclama el día 2 de octubre, leída por unos frailes carmelitas, mientras sostenían en sus manos unos crucifijos ante los cuales hicieron a las tropas prestar fidelidad al Rey. Este acto lo describe así don Manuel Muro: "mandó colocar un dosel sobre un templete que hizo levantar en la plazuela de la hacienda, ordenó que fueran de esta ciudad (San Luis) dos frailes carmelitas y sentado él en medio de ellos, leyeron y explicaron estos a los soldados los pensamientos que contenía la proclama concluyendo con una exhortación dirigida a los mismos soldados encareciéndoles el deber que tenían de pelear por la religión y por el Rey." El casco de La Pila, lo forman la antigua capilla de Nuestra Señora de la Purísima Concepción de la Pila, actualmente convertida en bodega, la fábrica de vino mezcal, las trojes, corrales. etc. y la casa grande, una de las pocas fincas que a pesar de los reveses, nunca fue abandonada por sus diferentes dueños.

Iglesia primitiva dedicada a la Purísima Concepción.





Patio de la casa.





Hornacina en la fábrica de vino mezcal.

LA SAUCEDA

Fundada al terminar el siglo XVI por Gabriel Ortíz de Fuenmayor, dueño además de la Parada, Bocas y de Agua del Espíritu Santo, en las cercanías de la Sierra de Pinos, la Sauceda fue en un principio hacienda de beneficio como todas las que se formaron en las inmediaciones del Valle de San Francisco.

Al morir Ortíz de Fuenmayor sín sucesión, su viuda, Isabel Pérez, "Minera en las minas de Sierra de Pinos" decidió vender las fincas rústicas heredadas de su esposo. Muchos propietarios de la finca se sucedieron, pues las haciendas, cuando no estaban vinculadas a mayorazgos, eran con mucha frecuencia objeto de transacciones comerciales.

La casa grande de la Sauceda, a pesar de su abandono, está bien en general; su fachada de arquería la remata en su eje central un mirador coronado por una cúpula, igual al de Peotillos.

La mejor construcción de la Sauceda es, sin duda, la fábrica de vino mezcal, con grandes naves dispuestas en forma de "T" y techadas por bóvedas de cañón corrido. Es la fábrica de proporciones más monumentales entre las muchas que existen en el Estado.



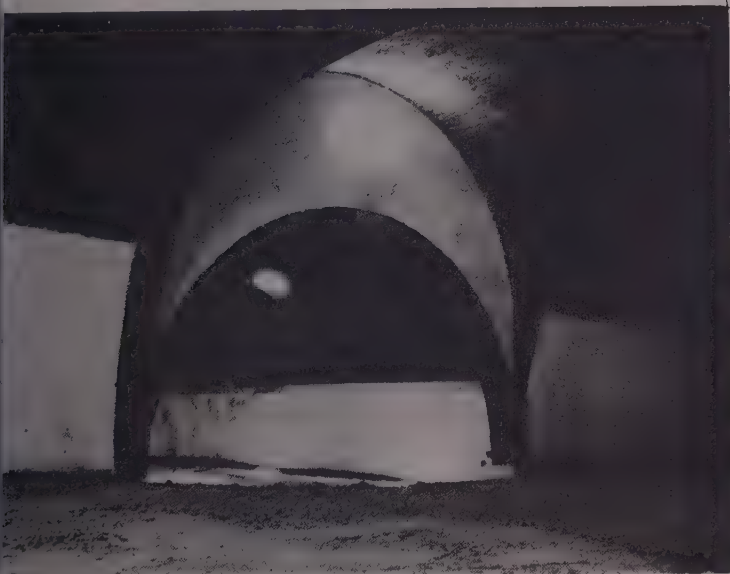
Arquería y mirador de la fachada.



Patio interior de la casa.



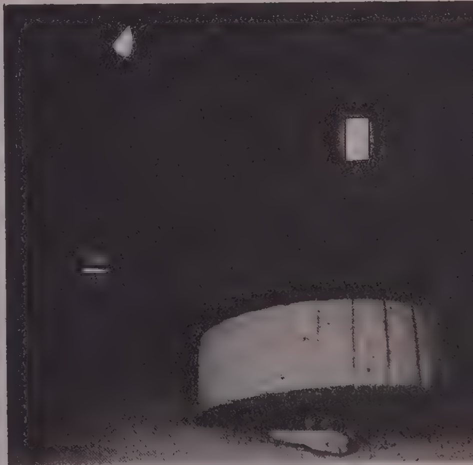
Detalle del corredor.



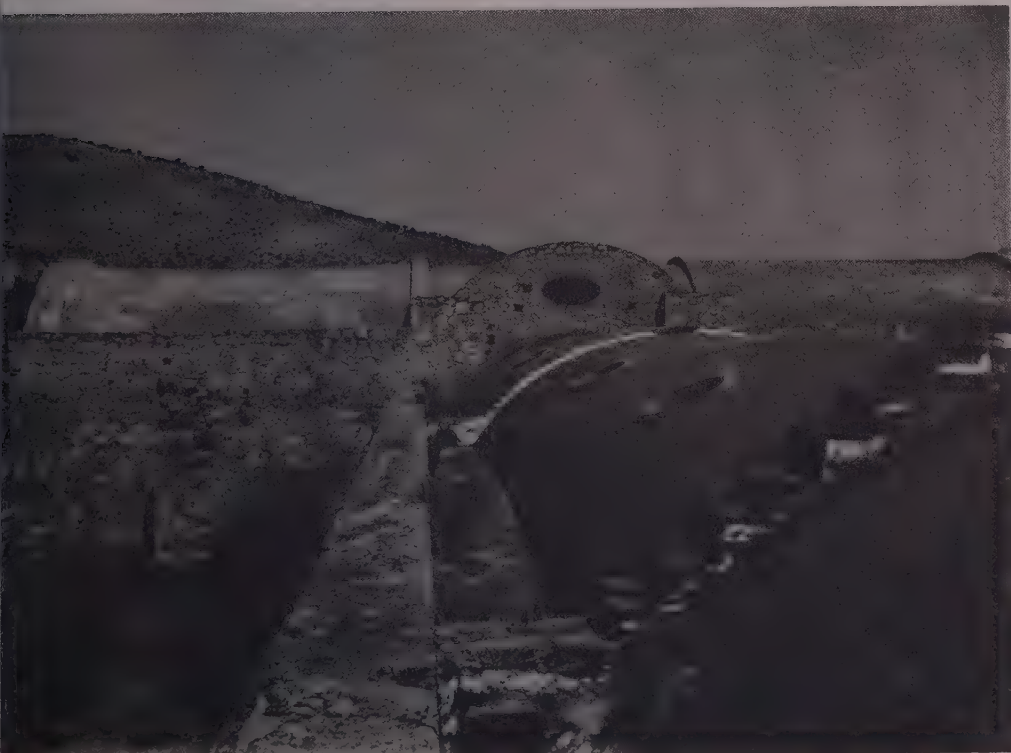
Nave del tinacal



Aspecto exterior de la fábrica.

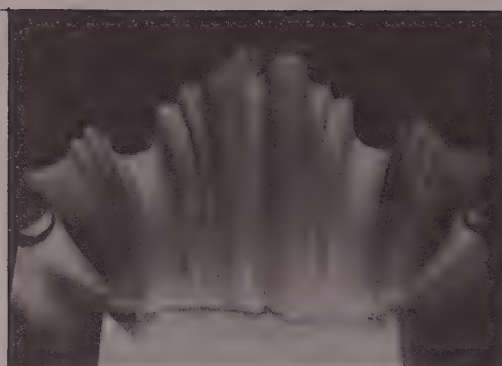


Interior de la fábrica.



Bóvedas de cañón del Tinacal.

PEÑASCO



Entre los títulos de propiedad de esta hacienda, aparece una venta de la misma, realizada en 1696, fecha cuando doña Isabel Maldonado Zapata en unión de su hijo don Antonio Salas Zapata, cedieron en venta real para "ahora y siempre jamás", al regidor don Francisco de Uresti Bustamante, la hacienda de Peñasco", con sus casas, corrales, jacales, un pozo y una capilla con su campana, "en mil doscientos cincuenta pesos de oro común.

Después de varias ventas, Peñasco pasó a ser en 1753 propiedad del Capitán de Caballos Corazas del Seno de México, don Francisco de Mora y Luna, quien debido a sus méritos fue agraciado por el Rey Don Carlos III con un título de Castilla, el cual tomó el nombre de la hacienda, llegando por lo tanto a ser, don Francisco de Mora y Luna primer conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco; sus descendientes conservaron la hacienda por espacio de casi dos siglos.

En los inventarios de dicha venta, aparece la capilla mejor dotada, pues se habla de "tres campanas y quince lienzos chicos y grandes de diferentes advocaciones".

El primer conde construyó la actual casa señorial así como la iglesia, donde había un retablo dorado, barroco estípite, destruido en 1903 para reemplazarlo por un espantoso altar "neoclásico".

El aspecto exterior de la casa señorial de Peñasco es sobrio y de buen gusto. La casa es de un solo piso y su fachada mide más de cien varas de largo. Las ventanas están repartidas con simetría a cada lado de la puerta principal, descansando sobre repisas que terminan en una moldura de argamasa. A los claros los remata una moldura sencilla y de mediano saliente, las rejas son de forja sin mayores adornos. Constrastando con la simplicidad de las ventanas, encontramos la puerta principal enmarcada en pilastras de cantera con molduras verticales que se ensanchan al rematar en la pesada cornisa dándole vuelo a ésta; su dintel es recto, en la clave del mismo está grabado el monograma de María. Sobre la cornisa existe una base de cantera, apoyo del escudo de armas de los condes de Peñasco, mandado retirar por uno de sus propietarios en una de las épocas turbulentas del país. Un poco más arriba, se encuentra enmarcada en una pequeña moldura la siguiente leyenda:

Se A
cabo e
sta Obra
Año de 17
56



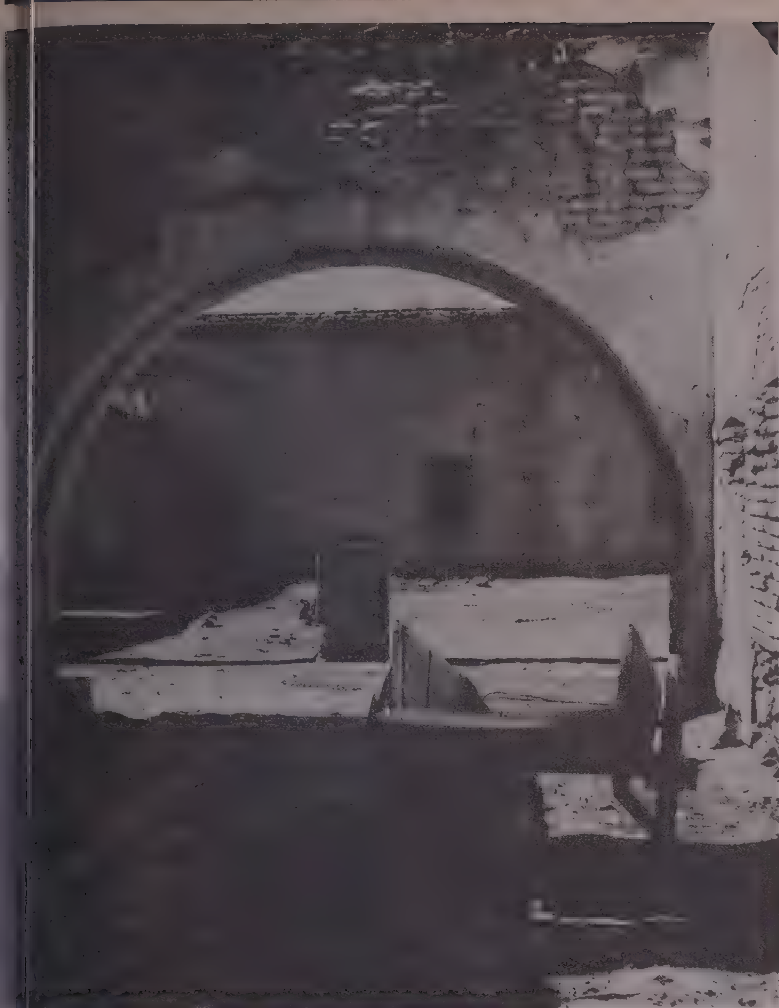
La Casa grande.



Puerta principal.

Vista del casco.




El establo.


Corredores de la casa.


El patio principal.

El zaguán es de mucha profundidad debido a que a lo largo de la fachada corre una doble hilera de habitaciones. Llama poderosamente la atención el piso empedrado del mismo y de los corredores. No está hecho con la piedra bola común sino con piedras de grandes proporciones a las que se les buscó una cara más o menos plana, quedando enterrado el resto de la piedra a una profundidad de más o menos 50 cms. Además de hacer este piso honor al nombre de la hacienda, da a la casa un sello muy propio.

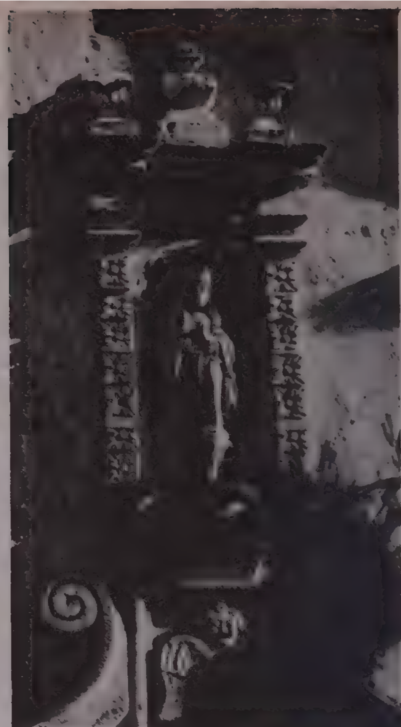
El patio es enorme, rodeado de corredores, cada uno de ellos con cinco grandes arcos sustentados por gruesas columnas de piedra no bien proporcionadas. Molduras de argamasa, muy del siglo XVIII, adornan las claves de cada uno de los arcos centrales.

Por un pasillo se llega al segundo patio con su aljibe al centro para recoger el agua llovediza de las azoteas de la casa. Conduce este patio a lo que fue la huerta, cultivada a fines del siglo pasado por un hortelano traído especialmente de Francia; ni sombra queda de ella.

Una dueña de la finca, doña Ma. Loreto Espinosa y Cervantes, estaba casada con el prestigiado médico capitalino don Aniceto Ortega; a estos señores les gustaba vacacionar en la hacienda, donde una vez recibieron la visita de don José T. de Cuéllar "Facundo" quien hizo grandes elogios de Peñasco en "La Ilustración Potosina"; entre otras cosas dice: "Uno de los sitios que nos ha causado impresión y que recordamos precisamente cuando vamos a alejarnos, es la Hacienda de Peñasco. . . La casa de la hacienda es uno de aquellos fuertes y espaciosos castillos edificados por los españoles de principios del siglo pasado; conservan sus muros ese aspecto sombrío del castillo feudal, tienen toda la severidad del señorío. . . todo hasta las formas de las puertas, el gran cuadro al óleo representando a los nobles ascendientes a los pies de un santo patrón, la forma de las sillas y los canapés y esa severidad que no es ostentosa ni elegante, sino solamente rica y tranquila, todo trae a la fantasía el recuerdo de una época remota de la que todo aquello no es más que la señal de una de esas páginas que de otros lugares han desaparecido ya para siempre".

No menciona don José de T. Cuéllar el pulque de Peñasco, tan afamado; con seguridad que lo probó, tal vez por ello, sín decirlo, añoraba tanto su paso por esa hacienda.





Iglesia de la hacienda.

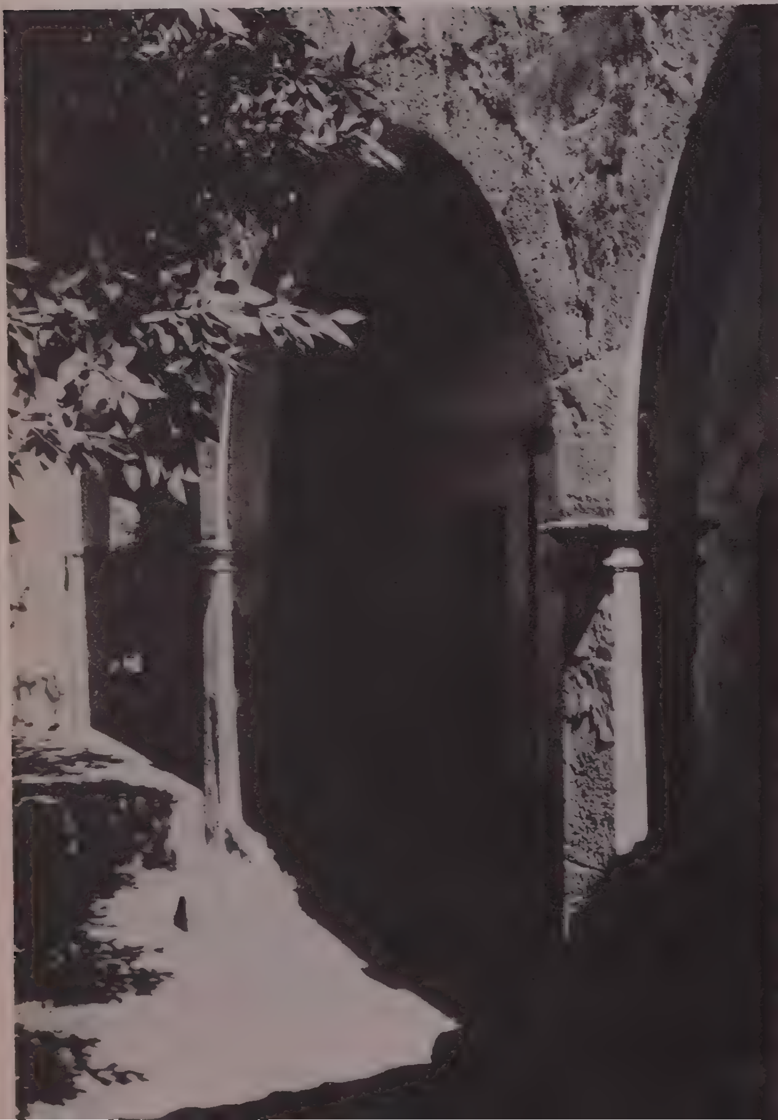
Hornacina de la iglesia.



Portada de la iglesia.

PEÑASCO

Patio del aljibe.





Espadaña de la capilla.

EL CORTE

Por un camino bordeado de álamos se llega a la hacienda de El Corte, una puerta de campo da acceso al amurallado casco colonial, en el que a diferencia de los demás cascos no hay la iglesia abierta al pueblo; en su lugar existe una capilla, a modo de oratorio particular, situado en uno de los corredores de la Casa Principal, parecida en su disposición, aunque toda proporción guardada, a la capilla de la Hacienda de los Morales, en México.

En la parte alta de la capilla, se alza una espadaña, formando un atractivo conjunto con los corredores del patio. La existencia de la espadaña, demuestra que la capilla no era tan privada como parece, sino que al repique de sus campanas, se abrían las puertas de la casa de los patrones, invitando al pueblo a asistir a misa.

Es la casa del Corte, una mansión colonial con patio de corredores, pero aún así, no se escapó de ser relujada por los patrones en alguna de las épocas bonancibles de la hacienda, y la fachada posterior, con una hermosa vista hacia la huerta, fue transformada en un Palacio de Minería chiquito, cursi y exótico, producto sín duda de algún Tolsá de Ahualulco, la población vecina.

La parte más de verse del casco y por cierto muy estética, es la plaza, con una era al centro y las trojes al fondo, mismas que tienen en sus puertas muy buenos trabajos de hierro forjado.

Una huerta se extendía a los pies del casco, de ella solamente quedan los viejos alamos que orillan el camino.



La casa grande. Detalle.

Conjunto de trojes.



LA PARADA

Al iniciarse el tráfico entre el pueblo recien fundado de San Luis Minas del Potosí, y el Real de Zacatecas, en la última década del siglo XVI, los viajeros a caballo o los arrieros que conducían recuas de mulas, encontraron conveniente dar término a la jornada a la orilla de un río de aguas permanentes, donde podían abrevar sus acémilas, a la vez que por estar a siete leguas y media de San Luis, era el sitio justo para descansar y que muy pronto fue conocido como "La Parada".

En ese lugar se concedió a Gabriel Ortíz de Fuenmayor, una merced de tierra para estancia de ganado mayor, la cual dio origen a la Hacienda de La Parada.

La Compañía de Jesús adquirió el inmueble en 1623 por la cantidad de $ 15.000 pesos "en oro común en reales de a ocho cada peso". Fueron los Jesuitas quienes llamaron a su nueva propiedad "San Francisco Javier de la Parada", construyendo en su casco una casa habitación, cuyas ruinas aún se conservan.

Poco tiempo después de haber sido confiscados los bienes de la Compañía de Jesús, la hacienda fue adquirida por el español don Angel Prieto de la Maza, quien por no tener sucesión, heredó a sus sobrinos, don Vicente y don Juan Manuel Prieto Quintanilla, habiendo quedado La Parada en poder de este último. La viuda de don Juan Manuel, casó con el vasco don Pantaleón Ipiña, cuyos descendientes conservaron el inmueble por muchos años.

Durante el siglo pasado se hicieron grandes mejoras a La Parada, como la construcción de la Presa de Santa Genoveva, capaz de almacenar diez millones de metros cúbicos de agua. Se edificaron también las doce trojes de proporciones monumentales, para guardar las abundantes cosechas, no obstante ser La Parada una hacienda ganadera, más bién que agrícola, como lo muestran los inventarios publicados por el Sr. Jan Bazant en su libro "Cinco haciendas mexicanas". Un inventario levantado en 1843, indica las siguientes existencias de cabezas de ganado:

1,055 Caballos; 292 Mulas; 68 Mulas de tiro; 165 Burros, incluyendo manaderos; 1,648 Vacas; 22,895 Ovejas; 42,426 Cabras; Producción muy grande para una hacienda de 34.000 Hs. de superficie.

A fines del siglo pasado construyeron una nueva casa grande; está aún más derruída que la casa primitiva de los jesuitas.

Todo lo que queda de este importante casco es la iglesia en proceso de ruina y las famosas trojes, atestiguando la gran producción que tuvo en otros tiempos la renombrada hacienda de "San Francisco Javier de la Parada".



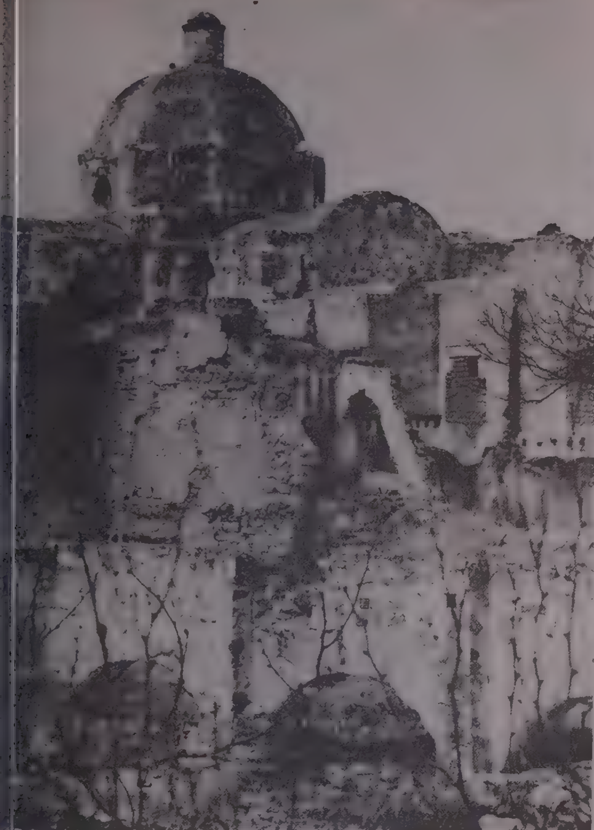
Vista de la iglesia.



Las trojes.

Vista del casco.







Panorámica. Al fondo la cúpula de la iglesia.

Acceso al establo.



Puerta característica del conjunto.

La era. Al fondo bóvedas de cañón de las trojes.

La iglesia.





VALLUMBROSO

A un recodo del río de Ahualulco, se acoge el casco de la Hacienda de Vallumbroso, antigua estancia o rancho de Bocas, perteneciente en otro tiempo a la obra pía fundada por el Dr. Torres y Vergara. El casco de la estancia es más antiguo que el de Bocas.

La casa principal es neoclásica, de un piso, con un cuerpo central de doble altura, en donde hay un reloj en la parte superior. No obstante haber sido remodelada a fines del siglo XIX —como pasó con tantas fincas—, conserva en su interior los corredores coloniales similares a los de Peñasco, en su amplitud y en las ménsulas que soportan a los arcos y hasta en los anagramas inscritos al frente de las claves.

Junto a la casa, un pequeño atrio conduce a la iglesia; una vez traspuesto el sotocoro, aparece a la vista la espléndida techumbre de viguería del siglo XVIII. Grandes vigas de sabino muy peraltadas y gruesas se apoyan en zapatas con moldura curvilínea, por las que suben ondulando en sus curvas listones azules y encarnados, para correr a lo largo de las vigas, enriqueciéndolas con su colorido. Quedan en la actualidad pocos techos como éste, siendo digno de recordar el de la Iglesia de la congregación de la Divina Pastora.



La casa grande y la capilla.

Tanto la casa como la iglesia están ubicadas en el lienzo oriente de la plaza, en el lado opuesto corre un pretil de piedra con un poyo adosado, sitio ideal para contemplar el río de Ahualulco a cuyas orillas quedan algunos álamos y sauces centenarios. Cierra la plaza por su lado norte la fábrica de vino mezcal, razón de haber llamado a la estancia, Rancho de Bocas, pues era costumbre designar a las fábricas de vino, como "Rancho de Vino".

No se puede dejar Vallumbroso, sin visitar una de las trojes, la mayor de todas; una construcción de planta basilical, con tres naves paralelas, separadas a lo largo por arcos apoyados en pilares de piedra y techada con viguería. Junto a esta gran troje, unos pilares con resabio medieval enmarcan la puerta de acceso al casco.

Cuando la estancia fue segregada de la Hacienda de Bocas, la adquirió don José Encarnación Ipiña quien la bautizó con el bucólico nombre de Vallumbroso. Posteriormente, esta hacienda pasó a don Teodomiro Garfias y a un Sr. Domínguez, muy rico, a quien apodaban "El Burro de Oro"; de este señor existen muchas anécdotas; entre otras se cuenta que una vez decidió fabricar en su hacienda queso de puerco, dando órdenes a su administrador de comprar una piara de puercas para con su ordeña fabricar el queso.

Torreones en la puerta principal.



Balconería de la fachada. Detalle.



Troje de planta basilical. Interior.

VALLUMBROSO



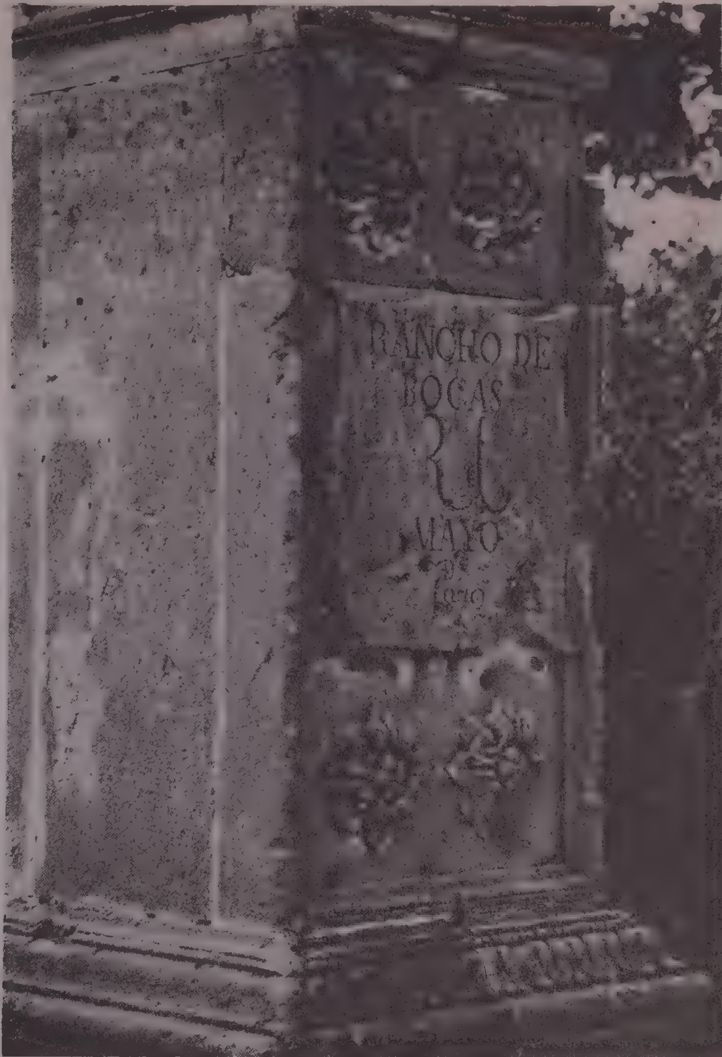
Viguería labrada. Capilla.



Pequeño atrio de la capilla.

Construcción antigua. Detalle.





Gárgolas de las trojes.

BOCAS

Esta hacienda tan rica en historia, tomó su nombre del lugar en donde fue fundada, Bocas de Maticoya, sitio estratégico en el que termina hacia el oriente "El Gran Tunal", guarida a mediados del siglo XVI de la parcialidad guachichil de salteadores encabezados por el legendario indio chichimeca Martinillo.

Propiedad en un principio del capitán Gabriel Ortíz de Fuenmayor, perteneció por el siglo XVIII, junto con la hacienda de Cruces a la obra pía fundada por el Dr. José de Torres y Vergara, obra cuya finalidad era distribuir los productos de las fincas de su propiedad en la siguiente forma: un tercio de los productos se destinaría a limosnas y dotes de "religiosas detenidas" en los conventos de la Ciudad de México, otro tercio para los parientes del fundador, hasta el cuarto grado, y el restante, para los patrones o administradores de la obra.

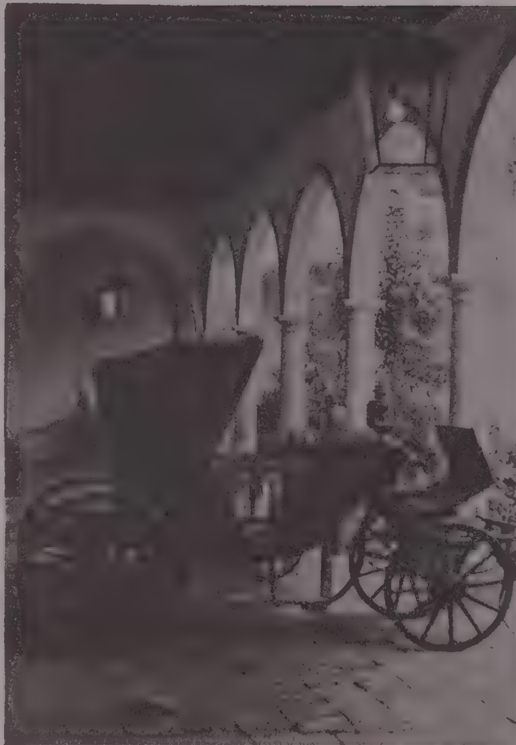
Heredera de los bienes del Dr. Torres y Vergara, fue su hermana doña Bernarda, tercera abuela por linea materno-materna-paterna de don José Mariano Sánchez Espinosa y Mora, segundo conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, en quien recayó la herencia del Patronato de Bocas y Cruces. Don José Mariano, era a la vez propietario de la hacienda de Peñasco, siendo por lo tanto dueño de tres muy importantes fincas.

Durante su gestión al frente de la obra pía, estalló la guerra de independencia, en la cual participó la hacienda de Bocas; su administrador, Juan Nepomuceno Oviedo, conocido como "El Amo" acudió presuroso a la formación del ejército de Calleja, con ciento ochenta criados de la hacienda, los que por sus chaquetas de gamuza fueron apodados "Los Tamarindos", quienes por cierto, merecieron elogios de Calleja al tomar parte en la reconquista de Guanajuato, en Puente de Calderón, en Zitácuaro y finalmente en el sitio de Cuautla, donde cayó muerto el "Amo" Oviedo.

Medio siglo después tuvo lugar en los terrenos de Bocas, la batalla en que Márquez, Mejía y Miramón, derrotaron a Santiago Vidaurri, la batalla de Ahualulco.

Por ese tiempo, Bocas y Cruces, habían dejado de ser propiedad de los condes de Peñasco, quienes las vendieron a don Juan de Dios Pérez Gálvez, segundo conde de Pérez Galvez, dueño también de Guanamé.

De las estancias que tenía Bocas, se segregó una de ellas, la conocida como Rancho de Bocas, convirtiéndose en la hacienda de Vallumbroso, mientras que otra, cercana a Moctezuma, se denominó hacienda de San Antonio de Rul.



Patio principal.



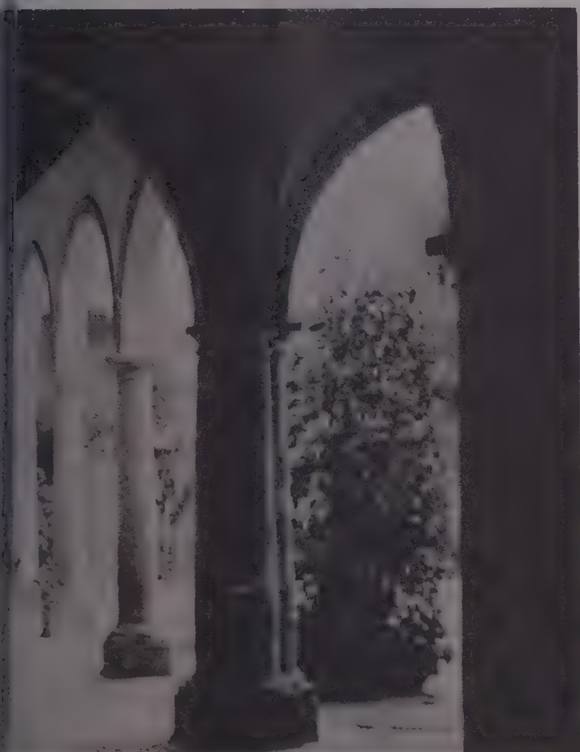
Corredor interior.



Fachada.



Plano de la Hacienda.



Iglesia. Portada.



BOCAS

El casco de Bocas, situado en la parte alta de una loma, comprende entre sus fincas la iglesia, varias trojes, la fábrica de vino, algunas dependencias, la casa grande, con dos patios rodeados de corredores, tan clásicos de las casas de hacienda, pero con la característica especial de que en la parte posterior de la finca se construyó un pabellón, de arquitectura completamente distinta al resto, con una gran terraza para ver "pasar el tren" cuando en 1888, la vía México-Laredo, cruzó por los terrenos de Bocas, propiedad entonces de la familia saltillense de los Farías. No obstante el contraste que ofrecen las construcciones de dos diferentes épocas, el conjunto nos recuerda los palacetes almenados que por entonces se construyeron en las haciendas hidalguenses.

Una grata escena familiar en la terraza posterior de tan hermosa casa, ha sido escogida para ilustrar la portada de este número.





La capilla.

Vista de las trojes.





Silo cónico.

Las trojes. Fachada.



Patio interior.

SAN ANTONIO DE RUL

El camino de San Luis al pueblo de Venado y al Real de Charcas pasa de largo, sin llegar siquiera al casco, casi olvidado, de San Antonio de Rul.

Una amplia avenida con baldosas de guijarro azuloso, desemboca frente al portón de la casa señorial. El viajero contempla admirado cada una de las vetustas canteras que matiza la pátina y forman la fachada neoclásica de la gran casa, erguida con orgullo enmedio de un campo desolado.

¿Será esta mansión de un piso, réplica campirana del palacio construido para los Rul en su natal Guanajuato? .

Al abrirse poco a poco las puertas de madera de mezquite, se vuelve a contemplar un pasado pleno de señorío, que hizo posible la construcción del patio, con sus arcadas de esbeltas columnas rematadas por capiteles donde cuelgan guirnaldas tan prodigiosamente labradas, que tienen la textura del follaje modelado en ellas.

La solemnidad del patio envuelve al visitante, quien no puede dejar de contemplar los arcos, las volutas de los capiteles, los remates góticos de las puertas; no se acaba de admirar tanta sensibilidad de los canteros, escultores de este patio.

Pero al bajar la vista, el espectáculo es lacerante. Los ignorantes que allí viven, acumulan todas las cosas que para su misérrima vida necesitan, tanques de gasolina, camiones, llantas viejas, gallinas, envases de aguas gaseosas; entre columna y columna cuelgan tendederos y han llenado de hollín las paredes.

El patio de esta hacienda es un símbolo; pese a la barbarie que le rodea, su señorío sigue intacto.

Ha habido quienes en su asombro, consideran estar en el patio de un castillo español, se impone interrumpir su fantasía y recordarles que están nada menos que en el patio de una hacienda potosina.



Patio principal. Ménsula.

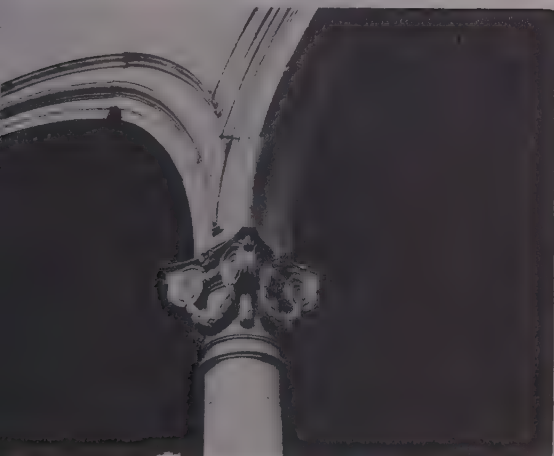


Fachada neoclásica.



Columnas del patio principal.
Detalle.

Vistas de las trojes.







Fachada. Portón principal.

Arquería del patio.



GUANAME

"En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad".

Alfonso Reyes, Visión de Anáhuac.

Lejano y solitario, en pleno altiplano, vecino a la frontera de San Sebastián del Ojo de Agua del Venado (hoy Venado), se encuentra San Juan de Zapihuanamé, nombre guachichil con que se denominó a la más tarde famosa hacienda de Guanamé.

Fue tan rica su producción ganadera, que a fines del siglo XIX existía en San Luis, un rastro abastecido exclusivamente con el ganado ovino, caprino y vacuno de esa hacienda, rastro conocido entre el pópulo del viejo San Luis, como "La Matanza de Don Matías" por ser propiedad del acaudalado hombre de negocios potosino, don Matías Hernández Soberón.

La caballada de sus potreros alcanzó renombre en todo México, don Manuel Payno, en el capítulo titulado "La Feria de San Juan de los Lagos", de su novela "Los bandidos de Río Frío", dice lo siguiente: "Lo que era muy mentado y buscado en la feria, eran los caballos de Guanamé y del Sauz, Don Remigio nunca dejaba de mandar de mil a mil quinientos, escogidos, se vendían desde cuarenta a cien y doscientos pesos. . ." Cabe hacer notar la producción caballar de la hacienda, cuando solamente para una feria se podía enviar esa cantidad de ejemplares; por otra parte, en ese tiempo o sea a mediados del siglo XIX, el caballo que alcanzaba esos precios era indudablemente de buena condición y de magnífica calidad.

Lo que dio más popularidad a la hacienda, fue su ganado de lidia, ganadería de origen un tanto casual.

Platicaba don Felipe Valle Espinosa, Q.E.P.D., que unos sementales procedentes de la vacada española de "Vistahermosa" eran trasladados por tierra, del puerto de Veracruz a la hacienda de Atenco, (la primer ganadería brava que se formó en México), y al pasar los toros por la hacienda de los Morales, aledaña de la ciudad de México, uno de ellos se "cortó" de la manada, embistiendo a una pareja de indios, cornándolos hasta dejarlos muertos, por lo cual y para evitarse dificultades, el dueño de Atenco, prefirió enviar los sementales a Guanamé, hacienda con que tenía nexos, dando así, muy buen principio a esta ganadería. Sus toros fueron bravos y corpulentos y por lo mismo, el terror de los espadas de la época



Paisaje en el río.

Patio principal.





La Casa señorial.

entre los que causaron algunas bajas. Los aficionados al arte de Cúchares no tenían reparo en llamarles los Miuras mexicanos. En los carteles de mucho postín, figuraba el nombre de la ganadería junto a los nombre de los "monstruos" del momento, como Montes, Fuentes, Machaquito, etc.

En la primera década de este siglo, el entonces propietario de Guanamé, intentó cruzar su vacada con sementales de Atenco, para restarles corpulencia, pero los resultados de la cruza no llegaron a verse, pues la revolución arrasó la ganadería.

El casco de Guanamé, comprendido dentro de la Ruta de la Independencia, acusa el sello austero de la arquitectura característica en los cascos del altiplano. La fachada de la casa grande, está casi exenta de adornos, esa sobriedad es rota con señorío por la puerta principal, enmarcada en cantera, teniendo a sus lados unas rendijas que atraviesan el muro para permitir el paso de recados sin tener que abrir las hojas de la puerta. Remata este conjunto, el más hermoso escudo nobiliario que se halla labrado en la heráldica potosina, prodigio del arte de la cantería. El campo del escudo es jaquelado, timbrado por una corona que de tan estilizada no se sabe sí es de conde o de marqués. Inútil ha sido la búsqueda del blasón en los tratados de heráldica mexicana para localizar el nombre del señor que lo mandó esculpir, pero por la época es de creerse que pertenezca al conde de Pérez Gálvez, uno de los dueños que tuvo la hacienda.

El fundador de Guanamé fue Juan de la Hija, por el año de 1611, habiéndole sucedido en la posesión del inmueble muchos propietarios, entre ellos la familia potosina hoy extinguida de los Maldonado Zapata y los García de Rojas, del Real de Pinos: también fué del Marqués de Rivas Cacho, el cual agobiado por los enormes réditos que de obras pías pesaban sobre la hacienda, hubo de venderla a Pérez Gálvez, y los deudos de éste al español don Joaquín Hernández Soto, potosino de corazón, tal vez el propietario que más haciendas adquirió en San Luis, pues fueron muchas las que heredó a sus descendientes.

La casa señorial de Guanamé con su tradicional patio de corredores, guarda en uno de sus pasillos otra obra de arte: las puertas de la despensa. Hechas en madera de mezquite tienen en cada uno de sus tableros, talladas sin duda por mano indígena, figuras alusivas a la caza y a la gastronomía, como liebres, venados, etc., a los que rodean guirnaldas de hojas de vid.



Portón blasonado.



Escudo de armas.



Puerta de la despensa. Detalle.



Vista de las trojes.

Integran el casco, una pequeña iglesia antigua y la monumental construcción inconclusa de lo que iba a ser una iglesia de orden neoclásico, ruina que se antoja increíble entre el paisaje desolado que ahora le rodea. A un lado del casco queda una huerta de simétrico trazo, con viejos nogales regados por un pintoresco riachuelo en el que aún corren verdosas aguas.

Muchos potreros hoy desiertos y estériles se atraviesan al abandonar el desolado casco de Guanamé; parece de leyenda que en otros tiempos se agrupara en ellos la caballada y la mulada nada menos que por colores.

GUANAME



Iglesia inconclusa. Estilo neoclásico.



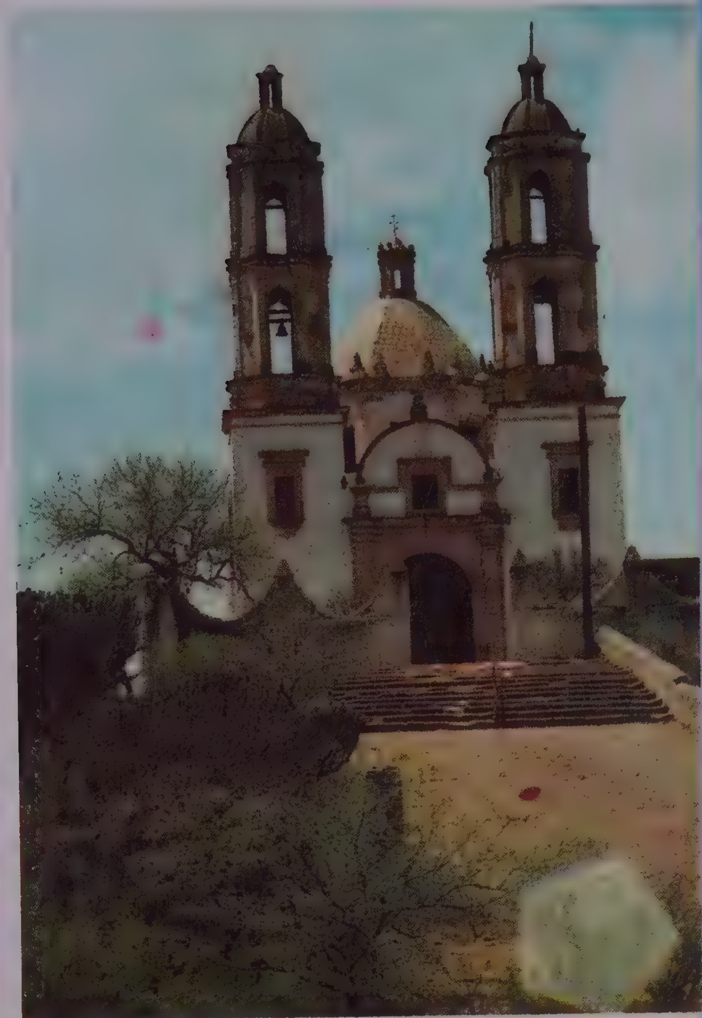
Iglesia primitiva.



El segundo patio. Al fondo el tambor de la cúpula inconclusa.

El río.







Terraza posterior.

Santuario.



Trojes.



Vista del casco.





Arquería.

Patio principal.

Casa grande.



Peotillos. Noria.



Peotillos. Ruinas del establo.



Corcovada. Lo que fue un gran patio.



Peotillos. Barco de cera escamada.



Casa grande.

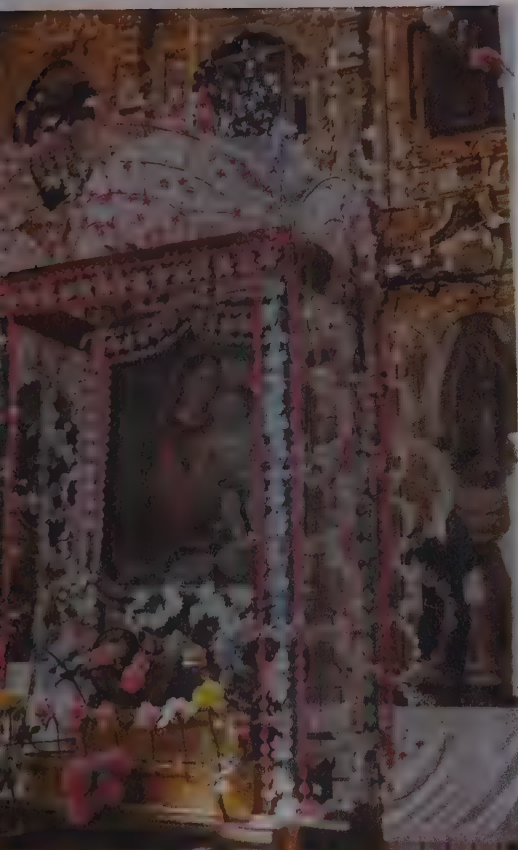
POZO DEL CARMEN



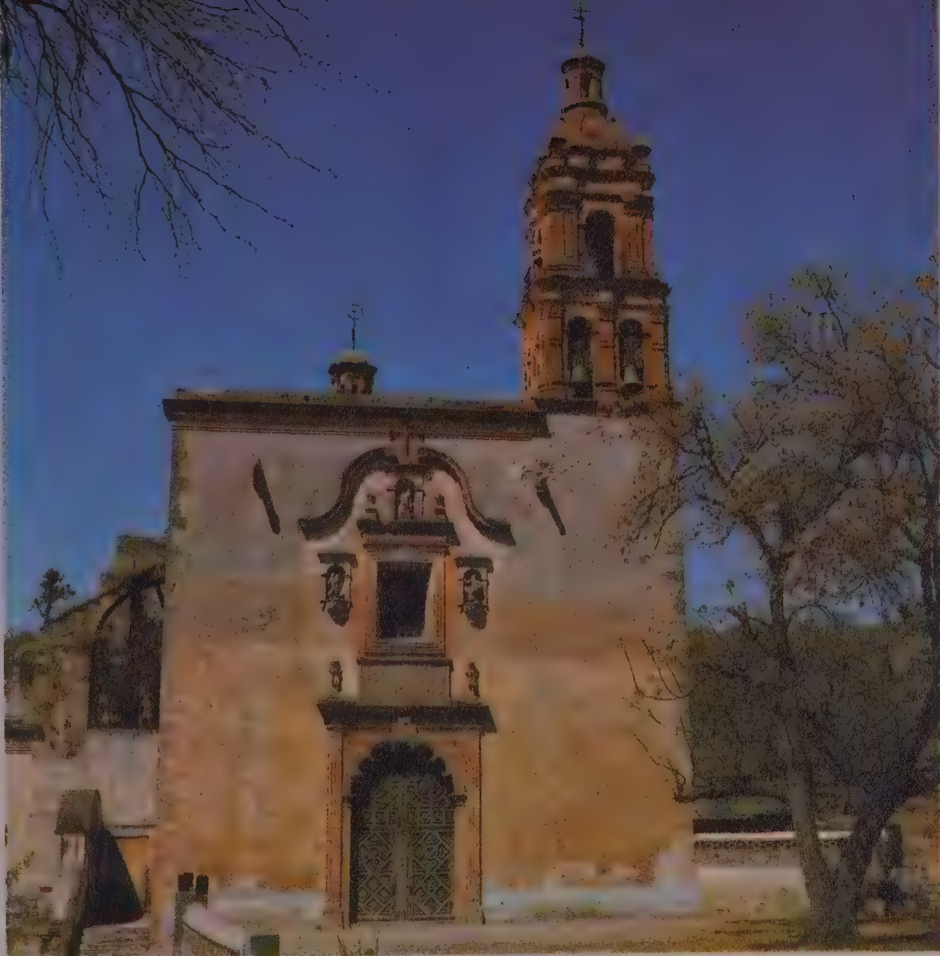
Establo.



Iglesia de los carmelitas.



Nicho de cera escamada.



Iglesia. Fachada.



Retablo barroco.

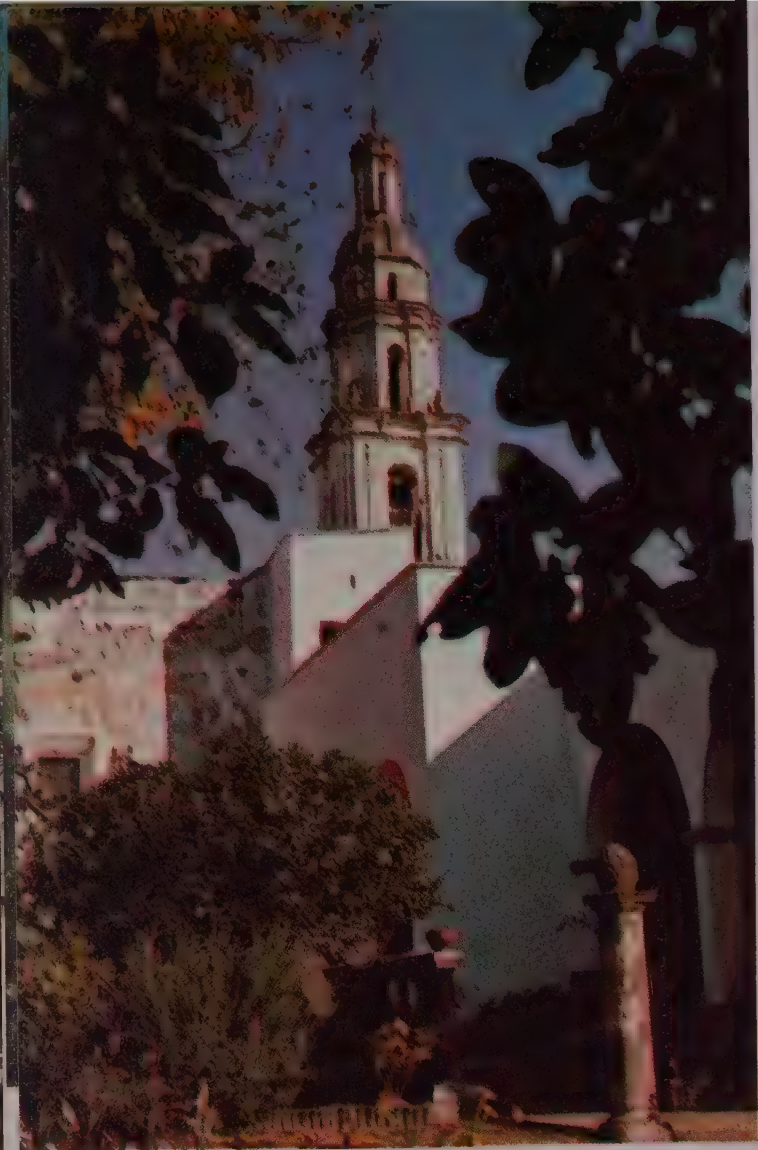
Panorámica de la Hacienda. Oleo sobre tela. Bertling. 1852.

Vista de la casa grande. Oleo sobre tela. Bertling. 1852.

La Iglesia desde la casa principal. Oleo de Enrique Benítez.



Patio visto desde el ingenio. Foto: Ernesto Cabrera y Manuel Rivero Soberón.



Jardín de la casa. Foto: Manuel Rivero Soberón.



Vista desde la torre. Foto Rodrigo Amerlinck.



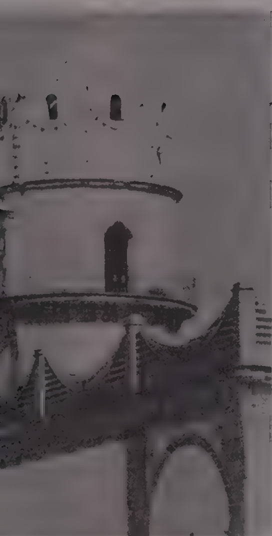
Iglesia. Retablo neoclásico a San Diego de Alcalá.



Terraza de la casa de los carmelitas.



Bóvedas.



mirador. Fachada princi- l.

PEOTILLOS

Lugar conocido en la antigüedad como Peyotillos, debido a la abundancia que hay en sus montes de la cactácea llamada peyote, de donde se deriva el nombre actual de la finca.

La Hacienda de Peotillos, tuvo una superficie de 193.000 Hs., habiendo sido una de las más extensas de San Luis Potosí.

En el siglo XVII perteneció a los Maldonado Zapata, antigua familia potosina, descendiente en línea recta de Alonso Maldonado, oidor de la segunda audiencia, que gobernó a la Nueva España, antes de llegar el primer virrey.

Peotillos y otros bienes formaron el legado con que doña Gertrudis Maldonado Zapata y su esposo don Nicolás Fernando de Torres, heredaron a los padres carmelitas, quienes con diligencia se dieron a la tarea de planear y cultivar una enorme huerta junto al casco de la hacienda, en donde fincaron su casa habitación, y para almacenar las cosechas, grandes trojes en dos pisos de techumbre abovedada y pretiles rematados con arcos invertidos tan propios de las construcciones coloniales.

La casa de los carmelitas, de muros de piedra de gran espesor, y sin mayores alardes arquitectónicas, no pasó de ser una simple casa de campo.

La Santa Provincia de San Alberto del Carmen, vendió Peotillos junto con otras de sus propiedades en 1837, cuando ya se avisoraba la nacionalización de los bienes eclesiásticos, a la Sra. doña Isabel Goríbar, quien más tarde casó con el administrador de sus fincas, el español Pablo Ibarra. Dado la muy alta posición social de la Sra. Goríbar, el matrimonio entabló amistad con S.S.M.M. los emperadores Maximiliano y Carlota a quienes convidaron a pasar unos días de recreo en Peotillos, invitación que los soberanos aceptaron complacientes. Grandes preparativos se hicieron en la hacienda para la visita regia; la palaciega casa recientemente edificada (1863), alojaría en sus salones a una brillante minoría de la corte de Chapultepec, compuesta de algunos ministros, el gran chambelán de la emperatriz y las damas de honor; en la cena de gala, ellos ostentarían el collar del Aguila Mexicana y las damas lucirían la Gran Cruz de la Orden de San Carlos. Se escenificaría un cuento de hadas en medio de la hiriente aridéz del altiplano potosino. Para perpetuar tan fausto acontecimiento se colocó sobre la puerta principal una placa de mármol en la que se inscribiría tan esperada fecha, pero esta nunca llegó. Causas fortuitas propias de la guerra, hicieron al Mariscal Bazaine, establecer allí su cuartel, desde donde envió a Maximiliano, los días 10 y 12 de agosto de 1866, las cartas más duras entre toda la correspondencia que ellos cruzaron.

A la caída del Imperio, los dueños de Peotillos, se vieron forzados a pagar muy altos impuestos, represalia que les obligó a hipotecar la hacienda a doña Manuela Soberón y Sagredo, quien al fin se quedó con ella, y como la señora se casó dos veces heredó la hacienda a sus hijos de apellidos Hernández Soberón y Muriel Soberón, cuyos descendientes la conservan.

Años atrás, cuando la guerra de Independencia, un hecho histórico de importancia tuvo lugar en Peotillos, el 15 de junio de 1817, cuando don Francisco Xavier Mina, entabló una batalla contra las fuerzas realistas encabezadas por el general Armiñán a las que derrotó, en forma estrepitosa.

En el casco de Peotillos se conserva la casa de los carmelitas y las trojes por ellos edificadas, construcciones coloniales que contrastan con la casa grande, de clásicas proporciones, embellecida por un jardín al frente, en donde hubo esculturas de mármol, destrozadas a balazos un día por las huestes de Alberto Carrera Torres.

El patio principal de la mansión es solo comparable en su elegancia al de San Antonio de Rul, tal vez más bello pero más pequeño.

Los muros de los corredores del patio, fueron pintados hace casi cien años, con una pintura a la cal, preparada en leche de cabra, dándole tal adherencia, que parece acabada de aplicar. Complementa al casco de Peotillos, la fábrica de vino mezcal, a un lado de la extensa huerta; todavía se alzan seculares sabinos, olmos, nogales y moras, destacando sus frondas entre el paisaje hoy árido y terroso del contorno, para señalar con orgullo el lugar donde se asienta el casco de Peotillos, una de las más ricas haciendas del solar potosino.

A medida que amanecía nos encontramos frente a la hacienda de Peotillos, perteneciente a los Carmelitas; el lugar donde acampara Mina en la noche anterior a la batalla más brillante de toda la campaña.

28 de Noviembre.
J. R. Poinsett, Notas sobre México. 1822.

CORCOVADA

Fue Corcovada, una de esas haciendas con vida un tanto discreta. Su agricultura y su ganadería eran proporcionadas a la mediana superdice de la finca. No tuvo grandes hechos históricos, ya de guerra o de cualquier otro significado, pero su casco en ruinas posee como todos los demás cascos, la fascinación de los tiempos idos.

Hacia el último tercio del siglo XIX, perteneció a la familia Staínes que construyó la casa grande, despojada hoy de sus rejas y del reloj de sol del patio, todavía alza los arcos de sus corredores y los muros de la fachada, rotos por los vanos de sus ventanas con marcos de un neoclásico tardio. Frente a la casa abandonada, una era y las trojes, son todo lo que queda de admirarse en este recatado casco.

Ventana neoclásica.



Las trojes.



Muros de la derruida casa grande.



Patio de la casa. Detalle.

POZO DEL CARMEN

Movido por su devoción a la Virgen del Carmen, el matrimonio del comerciante sevillano don Nicolás Fernando de Torres y doña Gertrudis Teresa Maldonado Zapata, acordó legar parte de sus bienes para la fundación de un convento de carmelitas descalzos en la ciudad de San Luis Potosí; donaron sus haciendas de Peotillos y El Pozo, más tarde Pozo del Carmen, a la Santa Provincia de San Alberto del Carmen.



Escudo de los carmelitas.

Parece ser que a don Nicolás Fernando no lo movió tanto la devoción, si no el arrepentimiento de haber acrecentado su fortuna a base de artimañas y usura, al grado de considerarla él mismo como mal habida.

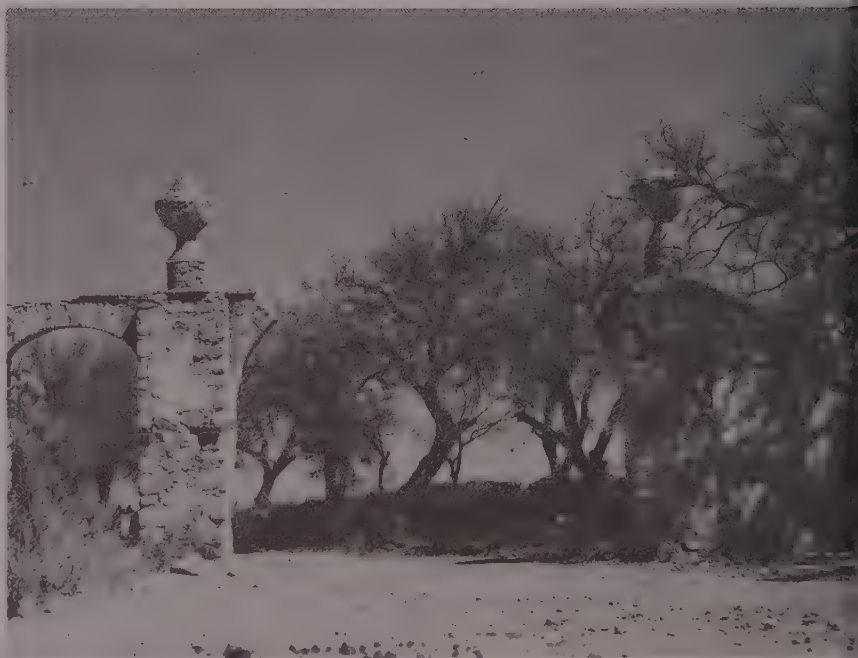
De cualquier manera, devoción o arrepentimiento, fué posible levantar con el producto de las citadas haciendas el templo del Carmen, cuya portada del Sagrario es "La más rica y fastuosa de América", según el sabio juicio del Dr. don Francisco de la Maza.

Entre Peotillos y El Pozo, los padres carmelitas no dudaron ni un minuto en escoger esta última para fincar su casa principal.

Aunque Peotillos era tan extensa, que ni sus dueños sabían la superficie, no tenía la abundancia de agua con que contaba El Pozo; éste era un vergel: un río caudaloso corría a la orilla del casco, asentado en una fértil cañada junto al manatial que dio origen al nombre de la hacienda.

Como a los carmelitas siempre les gustó la buena vida, plantaron de inmediato la gran huerta, más para recreo que para negocio, como lo fueron sus huertas en Villa de San Angel y en San Luis Potosí, hoy convertida en alameda pública. Aquella huerta cultivada con tanto celo, es hoy una planicie de tierra empobrecida en donde apenas crecen anémicas plantas de maíz. Encauzaron también las aguas del manantial construyendo las galerías filtrantes sobre las cuales erigieron la iglesia que engalana desde una explanada a este singular casco. El templo aloja en su altar mayor un retablo dorado, de estilo barroco, uno de los dos retablos barrocos que sobreviven en templos de haciendas. Al cuerpo de la iglesia se adosa la sacristía y la casa cural, en un bello juego de volúmenes.

Acceso al casco.



Una enorme plaza se extiende entre la iglesia y lo que fue la primitiva casa de los carmelitas, hoy en ruinas. Hacia la orilla de la cañada, en la parte alta del casco, edificaron una casa para su residencia, en sustitución de la primera, sólo que esta última concebida con la elegancia propia de toda hacienda en auge. A la nueva finca no le faltaba nada, tenía porta-







Panorámica del casco.

Antigua casa de los carmelitas. Restos.

La casa grande.

les al frente, un patio con corredores, el comedor con techo de bóveda, por cierto es la única habitación que permanece techada, dos patios más, uno a cada lado del patio principal, en lo alto un mirador desde el que se domina todo el casco, y al fondo las caballerizas, hechas con magnificencia, para albergar no a cualquier jamelgo sino a los muy buenos caballos que deben haber tenido los reverendos. En una de las caballerizas aparece la fecha de 1817, año de su construcción, cuando la guerra de Independencia. Años más tarde, los carmelitas vendieron la hacienda junto con Peotillos y Solís a doña Isabel Goríbar, de cuyos herederos la adquirieron los Manrique de Lara.

Fué durante su periodo cuando se construyó el establo y las importantes obras para captación de agua, hoy casi inútiles; junto a ellas se levanta una pequeña construcción en estilo neoclásico, a la que se conoce por "el baño de los frailes", nombre erróneo, pues es de construcción muy posterior a la época de los padres.

Muchas leyendas se han forjado sobre el Pozo del Carmen, se habla de la existencia de un tunel que parte desde el casco hasta el convento de los carmelitas en la Ciudad de San Luis Potosí (50 Kms. aprox.), construído por ellos con dos diferentes fines; para protegerse de los asaltos cuando se trasladaban de un lugar a otro y, a la vez, guardarse de toda tentación que pudiera acecharles en el camino. Desde luego, el túnel debía ser lo suficientemente alto y ancho para permitir el paso de una cabalgadura. Está tan extendida esta creencia que hasta ha habido quien proponga sea localizado el túnel para utilizarlo con fines turísticos. Consejas nada más, de las muchas que atavían la historia de cada hacienda.

La magia de la leyenda se vuelve realidad cuando se admira su prodigioso casco.



La Iglesia.

POZO DEL CARMEN

Vista del templo.



Iglesia. Llamador del portón.



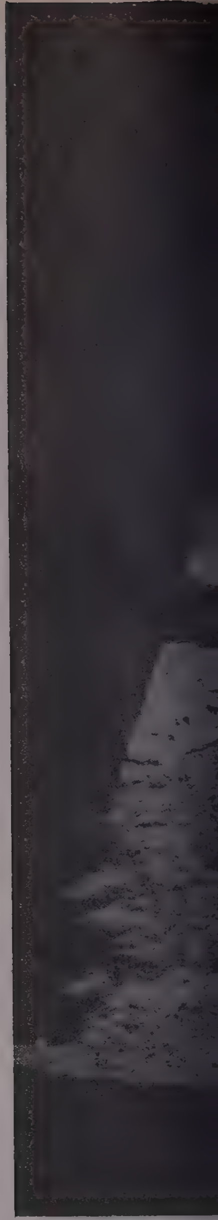
Templo. Cariátide del cancel.

Iglesia. Arco de la puerta.





Capilla anexa al templo. Pileta de agua bendita.



Ruinas del establo.



Baño de los frailes. Foto: Elisa Vargas Lugo.



Escalera al gavillero del establo.

OBRAS CONSULTADAS

IMPRESOS:

ATIENZA, JULIO DE:
1947 Títulos Nobiliarios Hispanoamericanos, M. Aguilar, Madrid.

BAZANT, JAN:
1975 Cinco haciendas mexicanas, Tres Siglos de vida rural en San Luis Potosí (1600-1910), El Colegio de México.

CORSI, MATILDE CABRERA YPIÑA DE:
1966 La familia Hernández Soto de San Luis Potosí, Ed. Universitaria Potosina.

CUELLAR, JOSE T. DE:
La Ilustración Potosina, (1869-1870).

CHEVALIER, FRANCOIS:
1952 La formation des grands domaines au Mexique. Terre et societé aux XVIe XVIIe siecles, París, Institut d'Ethnologie.

DE LA MAZA, DR. FRANCISCO:
1969 El arte colonial en San Luis Potosí, U.N.A.M., Instituto de Investigaciones Estéticas, México.

FERNANDEZ DE RECAS, GUILLERMO S.:
1965 Mayorazgos de la Nueva España, Biblioteca Nacional de México, Instituto Bibliográfico Mexicano, México.

KERATRY, CONDE E. DE:
1870 Elevación y Caída del Emperador Maximiliano, México.

MALO ZOZAYA, MIGUEL J.:
1962 La Casa y Mayorazgo de la Canal, Ed. Cultura, México.

NUÑEZ Y DOMINGUEZ, JOSE:
La Virreina Mexicana, U.N.A.M., México.

OROZCO Y BERRA, MANUEL:
1856 Diccionario de Historia y de Geografía, México.

ORTEGA Y PEREZ GALLARDO, RICARDO:
Historia Genealógica de las familias más antiguas de México, México, (1908-1910).

PAYNO, MANUEL:
Los bandidos de Río Frío, México.

POINSETT, JOEL ROBERT:
1950 Notas sobre México (1822), Ed. Jus, México.

ROMERO DE TERREROS, MANUEL:
1956 Antiguas Haciendas de México, Ed. Patria, México.

VELAZQUEZ, LIC. PRIMO FELICIANO:
1947 Historia de San Luis Potosí, México.

MANUSCRITOS:

Archivo del autor:
Títulos de propiedad de la Hacienda de la Pila.

Archivo de la Sra. Doña María Hernández de Labarthe.
Títulos de propiedad de la Hacienda de Guanamé.

Archivo del Sr. Don Alejandro Espinosa Pitman.
Avalúos de las Haciendas de Bocas, Cruces, Santa Ana, y Peñasco.



SAN DIEGO DEL RIOVERDE

Por Matilde Cabrera Ipiña de Corsi



Vistas del casco.

También San Diego, como Bledos, puso su granito de arena en la historia de la Patria.

Al respecto, publicó primeramente el periódico "El Garibaldi" en número de enero de 1862, en San Luis Potosí, y mucho más tarde, ya en pleno gobierno revolucionario, en México D. F., el diario "El Nacional Revolucionario", 1935, bajo la firma de M. Méndez Castro.

Transcribo sólo lo de este último por considerarlo de mayor importancia, ya que, en pleno agrarismo y en un periódico que no podría tildarse de reaccionario, se rinde homenaje a un hacendado. El artículo de referencia se titula precisamente "Un Hacendado Excepcional"; reza como sigue:

"Bien puede afirmarse que los terratenientes del país, en la dolorosa época de la invasión norteamericana en el siglo pasado, permanecieron sordos al clamor de angustia de la nación, negándose a contribuir siquiera con parte de sus caudales para los gastos de guerra. Entre ellos es justo hacer la excepción de pocos hacendados potosinos como los dueños de Bocas, el Peñasco y otras haciendas no lejanas de la ciudad de San Luis, quienes pusieron a disposición de Santa Anna algunas cantidades de granos para la alimentación del ejército que llevó a la batalla de La Angostura. Pero no sólo a donar granos, de sobra en sus trojes había de reducirse la conducta de los hacendados potosinos: Uno de ellos llegó a señalarse como verdaderamente escepcional por su conducta valiente y patriota.

"San Luis Potosí había conquistado el nombre de "San Luis de la Patria" como recompensa de honor por su conducta en aquellos aciagos tiempos; dinero y hombre para sostener la campaña, disputando el paso del enemigo en las inclementes tierras del norte de Coahuila y Tamaulipas, solo en San Luis se había conseguido en cantidad y número superiores a las aportaciones del resto del país, cuando aún los invasores no desembarcaban en Veracruz; entonces el peligro aparecía únicamente por el norte y San Luis debería ser la barrera inexpugnable para su paso hacia la capital de la república. La impericia de Santa Anna trocó en retirada lamentable lo que bien pudo ser la victoria de La Angostura; sin embargo de ese desastre el enemigo se replegó en Saltillo, en donde permaneció amenazante durante el resto de la campaña, que tuvo por teatro primero Veracruz, después Puebla y por último Chapultepec y Churubusco.

"La retirada de La Angostura llenó de tristeza al pueblo potosino; la ciudad de San Luis

se consideraba en inminente peligro de caer en poder de los invasores. Los vecinos deseaban defender sus hogares y continuamente hacían solicitudes al gobierno local para que los armase; el gobernador pretendió disponer de un depósito de armas, propiedad del gobierno general, para organizar milicias de defensa; pero el gobierno de México, temiendo que fueran usadas para rebelarse contra su poder, no sólo negó lo solicitado por el gobernador, sino que ordenó al Comandante de la plaza que las remitiera sin demora ni pretexto a la capital.

"Las noticias que llegaban en aquellos días eran desconsoladoras; el ejército no podía detener el avance del enemigo que había desembarcado en Veracruz y se dirigía a la ciudad de México y San Luis no contaba con medios para oponer resistencia al paso de las tropas de Taylor, posesionadas de Saltillo.

"En estos momentos de verdadera angustia, en los que continuados fracasos y desastres de nuestras tropas hacían acobardar hasta a los valientes, surgió un hacendado potosino renunciando a la vida muelle de la casona de la finca, situada fuera de la zona de peligro inmediato, para dar el ejemplo a los de su clase, tomando las armas contra los invasores y pagando los gastos de quienes lo siguieran.

"Este hacendado se llamó PAULO VERASTEGUI, vecino de Rioverde, miembro de antigua y numerosa familia potosina. La bella actitud del hacendado Verástegui queda bien probada con el siguiente documento:

INVITACION

El que suscribe, propietario de la hacienda de San Diego y otras fincas de campo en el distrito de Rioverde, para organizar una guerrilla contra el invasor, invita a los arrendatarios de ella, de Cieneguilla, Tecomates, Adjuntas, Gallinas, Chupadero y Tamasopo, a que concurran con él a formar una guerrilla de voluntarios que cuando llegue el caso hostilice y persiga al Ejército Norteamericano y le haga una guerra tenaz y continua en justa defensa de nuestros derechos y nuestro honor ultrajado. Al efecto manifiesta que: así como todos y cada uno de los mexicanos estamos obligados a defender nuestra nacionalidad tomando las armas personalmente, porque ha llegado el caso de que la nación toda se levanta a tomar venganza y reparación de los agravios que ha recibido, yo, que así lo haré también, quiero además emplear parte de los bienes que tengo en ayudar a mis compañeros de armas para que nunca y por ningún pretexto, las dejen de la mano ni se retiren del teatro de la guerra hasta morir gloriosamente o haber acabado con la infame horda de salvajes que ha soñado en la conquista de este hermoso país y de la esclavitud de nuestra raza.

Deseo por lo mismo crear otro estímulo y recompensar en cuanto me sea posible a los que conmigo quieran cumplir con tan sagrado deber, que la Patria hoy más



El Trapiche. Diversos aspectos.







Corredores.

Acueducto.



que nunca reclama de todos sus hijos. Propongo, pués, lo siguiente: Todo aquel de mis arrendatarios que voluntariamente quiera alistarse en mi guerrilla ofrezco perdonarle la renta de su casa y de sus animales, desde el tiempo que empiece a servir en ella y durante la guerra.

2o.- Además de ésto, a las familias de los que tomen las armas se les dará por mis encargados en cada rancho, dos almudes de maíz y un cuarterón de frijol, semanariamente para su menutención y ésto mientras lo haya en mis torjes y bodegas, por el tiempo que asistan a la campaña.

3o.- Al que pusiese su caballo, silla y armas, si alguna de estas cosas perdiere en el servicio nacional, será pagado su valor por mí a la conclusión de las hostilidades, previa la debida justificación.

4o.- En todas mis tierras de sembradura serán preferidos para obtenerlas los que se alisten en la guerrilla y no podrán considerarse con derecho a ellas los que permanecieren sordos y egoístas ante el clamor de la Patria.

5o.- A los que por desgracia quedaran inutilizados y a las familias de los que mueran en acción, le asignaré de mi propio peculio una pensión arreglada a las circunstancias.

6o.- A todo aquel de mis compañeros que se distinga por su valor y por su actividad en la guerra, en grado heroíco, concluida ésta le asignaré una recompensa vitalicia en la proporción debida, que consista en bueyes, tierra de sembradura, bestias que le proporcionen el descanso a que se haya hecho acreedor por su buen comportamiento.

7o.- Todo el botín que la guerrilla llegue a hacer al enemigo, será religiosamente repartido entre los individuos de ella, según previene el reglamento del Estado y la parte que a mí, como jefe, pudiera alguna vez tocarme, la cedo en favor de mis compañeros.

La guerrilla se pone bajo las protección de la memoria del benemérito General Hidalgo, padre de la Independencia Mexicana y toma su ilustre nombre, que llevará en un estandarte el siguiente lema: "O Mexicanos o Yankees en el Territorio Mexicano. Guerra entre ambas Razas hasta que una u otra acabe en este País".

Bajo estas bases INVITO al alistamiento voluntario, para el cual quedan abiertos registros en las casas de los encargados de los ranchos, a donde podrán ocurrir a alistarse los que gusten, expresando de qué manera, para las respectivas disposiciones. Por tanto excito al patriotismo de todos y, en virtud de él, espero que se haga por mis arrendatarios un esfuerzo digno que coopere a la salvación de nuestra independencia.

Hacienda de San diego, mayo de 1847.

Paulo Verástegui.

"Más de doscientos rancheros se alistaron en la guerrilla del hacendado Verástegui, no solo de sus fincas sinó también de otras de la región de San Ciro, dispuestos a hostilizar el avance de los invasores. Como la guerrilla aumentaba en número, el Señor Verástegui se dirigió al Gobernador de San Luis, Don Ramón Adame, para que informara al Gobierno Central su disposición de salir del territorio potosino, por la Sierra Gorda, para tomar parte en la defensa de la Ciudad de México y solicitara en su nombre la autorización correspondiente. Esta nueva solicitud también fue negada por el gobierno del centro, lo que produjo desaliento y desconsuelo al Sr. Verástegui pues tenía que contentarse con una actitud Expectante respecto de los movimientos del cuerpo de ejército del General Taylor, que continuaba en Saltillo.

"Cansado de esta actitud, resolvió moverse con su guerrilla desde Rioverde al norte, pensando establecerse en Cedral o en San Juan de Vanegas. En camino para estos lugares ocurrió la toma de la Ciudad de México, recibiendo, con la noticia, una nota del Gobernador Adame recomendándole regresara a Rioverde en espera del resultado de las negociaciones de paz que se celebraban en Guadalupe Hidalgo. (Hasta aquí lo tomado del artículo del "Nacional Revolucionario".)"

Don Paulo de Verástegui y de la Vara, bisabuelo de la que esto trascribe, tomó durante toda su vida una parte muy activa en la vida política de San Luis Potosí, dedicándose muy especialmente a la región de Rioverde, en torno a donde tenía todas sus haciendas.

San Diego fue siempre la preferida de toda la familia, pasándose allí seis meses del año y los otros seis en la Ciudad de San Luis.

Durante las hermosas temporadas transcurridas en esta bella hacienda, y gozando de la ventaja del clima templado de los meses de invierno, a más de la amable tersura que ofrece ese hermoso valle de la cuenca del Rioverde, se multiplicaban las visitas a las haciendas vecinas, El Jabalí, propiedad de don Franco Verástegui, La Boquilla, Tocomates, Ojo de Agua de Solana y otras que eran facilmente alcanzadas en los cómodos coches de mulas o simplemente en los pequeños sulkeys (solquis) de movimiento un tanto agitado y tirados por un solo caballito criollo de los de aquellas regiones. Este último medio de transporte ha sido conservado hasta nuestros días, ya que, mediando sólo once kilómetros entre San Diego y Rioverde, lo utilizan todos los habitantes del poblado para trasladarse a aquel lugar para su solaz y esparcimiento.

En esta parte occidental de la Cuenca del Rio Verde el paisaje es dulce y amable. Su belleza se cifra, aparte de la vegetación y de los innúmeros parches de distintas tonalidades del verde que ofrecen los diferentes sembradíos (caña de azucar, zacahuate, chile serrano, naranjos y limoneros,) en los alcores y colinas que en torrentes se derrumban, salpicados en parte por las blancas casas de los poblados que reposan en las últimas estribaciones de esa alta y agreste Sierra Gorda, la única sierra de coníferas del estado potosino y que una vez albergó a la numerosa gavilla de bandidos capitaneados por Eleuterio Quiróz, de triste memoria para todas las poblaciones, haciendas y ranchos vecinos, misma que se cebó en San Diego muy especialmente, saqueando e incendiando la casona que tuvo que ser reconstruída en 1857, fecha que subsiste en uno de los arcos frente al gran zaguán.



La iglesia.

THE HACIENDAS OF THE STATE OF SAN LUIS POTOSI

By Paulino del Pozo Rosillo.

The earliest of the great and prosperous haciendas of what would later become the state of San Luis Potosí were founded immediately following the pacification of the Chichimec frontier in the late sixteenth and early seventeenth centuries when the new settlers in the region were assigned and grands by the viceroys of New Spain to raise cattle, till the soil, and establish reduction plants to process the cres which were so abundant in the Cerro de San Pedro. The rich mines which produced them were the reason for the founding of the Most Noble and Loval City of San Luis Potosí.

During the next three centuries these new lands were developed into a flourishing agricultural and cattle raising region which was famous for its grand haciendas and celebrated not only for the wealth it produced but for the fabulous grandeur and opulence of the life style of the great landowners. The Jesuits and also the Carmelites (whose lands reached from the Zacatecas border to the west to the Gulf of Mexico on the east) possessed vast estates. The Hacienda de Peotillos, to name an example, consisted of 363,000 acres in the highlands and like so many other haciendas owned by the religious orders had been patiently assembled and put together by deathbed donations of troubled souls who in fear of hellfire were encouraged to depart from this world in the serene conviction that their generosity to the Church would serve to at least mitigate a stickly future.

Other great haciendas formed parts of "mayorazgos", or entailed estates, such as Guanamé, which once was a part of the Mayorazgo de Rivas Cacho; Peñasco y Amargura which were included in the Mayorazgo de Mora y Luna; and La Ventilla, which along with fifteen other haciendas was part of the substantial mayorazgo set up in the City of San Luis Potosí by Don Miguel Berrio y Saldivar, First Marquis of Jaral de Berrio.

The haciendas of San Luis Potosí have a rich lore of traditions and legends. Nor were they unaccustomed to the drums of war. Their fields and roads were trod by the troops of Don Francisco Xavier Mina, of Don Félix María Calleja y del Rey, of Don Miguel Miramón, of Achille Francois Bazaine, Marshall of France, and, in bitter retreat and stripped of his command after the defeat of Puente de Calderón, of Father Miguel Hidalgo. His successor, Don Ignacio Allende, leading his shattered forces northward to subsequent betrayal and capture at Norias de Baján, watered his horses and men at the haciendas of Las Cruces, Guanamé, Laguna Seca, Solís, and Represadero.

The names of the roll of these haciendas go back to widely different origins. Some, like Gogorrón, Zavala, Machado, and Pardo preserve the Spanish names of their sixteenth century founders. Other names are plainly of Guachichil Indian nature, such as Zapihuanamé (Guanamé) and Guaxcamá. It was also a favorite custom to join the name of the owner of the estate with the name of its patron saint, such as San Andrés de Vallejo, or San Antonio de Rul.

Like all Mexican haciendas, the ones in San Luis Potosí were not only working properties but were also centers for the spread of Spanish culture and Christianity. The buildings consisted of a complex of residences for such confiedential employees as the superintendent, the book keeper, the storekeeper, and the like. Nearby but separate was the owner's often palatial residence which was referred to by all the persons on the estate as "The Big House" The chapel always occupied a prominent site, generally adjoining the Big House, and handsome architectural effects were achieved in the appearance of the whole unit, which was always known as "el casco" (the helmet).

The humanitarian labor of the mistresses of the haciendas in caring for the health of the families on these remote estate deserves a special chapter of its own.

The carrying on of the daily activities of the hacienda required the construction of corrals, stables, dairies, threshing floors, granaries, and animal pens whose bulk, along with the tower of the chapel, proclaimed at a considerable distance the presence of a great hacienda.

Another feature of hacienda life was the presence of a "committee" of barking mongrel dogs to welcome and speed on guests. If the arrival or departure was by horseback there was always the pleasing possibility of a traveler being thrown by a spirited mount in the excitement.

It was always said that the importance of an hacienda could be judged by the size of its granaries. This is attested by the twelve great ones still standing like a medieval fortress at the ruined Hacienda de San Francisco Xavier de la Parada. There are four others which present a pleasing picture at the Hacienda de Bocas, each of them measuring 100 Spanish yards in length. More elegant but less solidly built are the granaries which the Carmelite monks built at Peotillos.

What the cane grinder was to the haciendas in Morelos and what the "tinacales", or ferminting tanks, were to the pulque haciendas in Hidalgo, the still for making mezcal was to most of the haciendas in Zacatecas and San Luis Potosí. Modern advertising campaigns have managed to give the general impression that mezcal is a sort of country cousin of tequila, but in those good old days "mezcal wine" well derved its solid reputation. The saying went, "Para todo mal, mezcal; y para todo bien, también". (Good for what ails you and also good if nothing ails you). The stout citizens took this bit of wisdom as gospel and mezcal was popular not only for drinking toasts but was also used for rubdowns and considered a sovereign remedy (taken both internally and externally) for colds and grippe. Somebody was always getting bruised on a big hacienda and an important item in the dispensary was a big jug of wild arnica flowers steeped in mezcal.

In fact some stouthearted "hacendados" used to use mezcal to measure distances and would boast, for example that San Luis Potosí was "one bottle of mezcal" distant from their home.

These distilleries also possessed their special architecture, with great vaulted halls for the fermentation tanks, stills, and sometimes even the grinding rolls as well as the ovens for roasting the maguey "hearts". These were cylindrical stone towers that harmonized with the outlines of the other buildings. The complex was crowned by a towering chimney of red brick and was usually placed at the far end of the yard where mules and oxen were unloaded and watered.

At one time there were forty-three distilleries producing "vino de mezcal" in the state of San Luis Potosí. But today only two remain, Laguna Seca and Jarillas.

In his book, "Mexico hacia el fin del Virreinato Español" (Mexico Around the Close of the Spanish Viceregal Period), Torres Quintero wrote: "It is not a question of men that call for lands but of lands that call for men". But this opinion could not be applied to the lands of San Luis Potosí. The men who worked the land there were tireless and tenacious and without their dogged spirit the agricultural and industrial riches that made the state famous could never have been produced.

Very few hacendados could be accused of being absentee landlords; most of them were country bred and expert horsemen, a skill they learned and kept up on their own lands. The hacendado was supposed to be almost as good as the best on the ranch. Today there are not many left who can recall the old time branding and shoeing festivals at a big hacienda which were attended by ranking employees and guests from nearby haciendas who came to congratulate the "patrón" on the quality of his stock and feast and toast him with a mezcal specially aged and reserved for such great occasions.

These scenes, which were immortalized by the painter of cowboy life, Don Ernesto de Icaza y Sanchez, were familiar ones on all the great cattle ranches of San Luis Potosí. In such affairs the owner usually took an active part and many are the tales that could be told of such doings.

On one occasion the owner of an hacienda in the highlands was riding over a rocky hillside studded with spiny lechugilla plants together with two friends when the party was charged by a savage, half-wild bull. The owner quickly dismounted and without time to shed his chaps and spurs proceed to "fight" the bull with his "zarape" until he managed to wear it down and tame it, to the relief of his companions whom he saved from a very serious predicament. (As told by the late Don Paulino. F. Rosillo, who was an eyewitness).

Mexico's liberty was threatened several times during the nineteenth century and on each occasion the hacendados of San Luis Potosí showed their patriotism by rushing forward to defend it. During the War for Independence the owners of the Bocas and Peñasco haciendas provided men and money to fight the Spaniards. And the owner of San Diego, the famous hacienda in the Rio Verde Valley did the same in the War of the North American Invasion in 1847.

Despite some exceptions in most cases the "patrones" were considerate of the people under them, even going so far as to build unneeded buildings during years of drought just to make work for their people.

No less praiseworthy were the wives of these owners, the "patronas", who were always concerned with the physical health of the people living on the hacienda. They practiced a discreet from of charity, acted as doctors wherever and whenever needed with the simple remedies that were available, and bound up ugly wounds which were the results of gorings or stabbings, the latter a common event on a big hacienda. Knife wounds were usually connected with a fiesta or a wedding feast or were a normal outcome of horse races or cockfights. But their duties did not stop there. They were expected to supervise the hacienda school, organize religious celebrations with the benevolent assistance of the chaplain, and persuade couples that were living together in informal bliss to get married. In this they anticipated by many years the collective marriages arranged by the authorities in our own day.

Grand house parties were often given with guests from as far away as Mexico City. At these the "patrona" would regale them with unusual and tasty dishes whose recipes were known only to her servants. In those days there were no cookbooks and each region had its own cuisine based on what was available in the area. Among outstanding dishes can be mentioned "Chillies Santiago", from the hacienda of that name, the "Beet Juice" made at San Diego, and the "Alfalfa Water" from the Hacienda de Bocas.

Relation between master and servant were both cordial and respectful in a paternalistic system where everyone on the estate from superintendent to the lowest shepherd knew that "The Big House" was always prepared to help him with his problems.

WHAT THE HACIENDAS WERE LIKE

The surrounding countryside with its mountains and exotic vegetation provided a dramatic setting for the Potosinian haciendas, whose architecture harmonized with the landscape. Location had much to do with the way they were built; the ones lying in the sparsely populated lands to the north and subject to Indian raids were surrounded with protective walls and watchtowers. Inside the casco the thick stone walls of the buildings protected the dwellers from the desert heat of the highlands and offered cool corridors which were almost monastic in the austerity of their furnishings.

Another factor that influenced the nature of the buildings was the kinds of building materials available. In the north the soft limestone was not suitable for carving and both churches and palaces were decorated with moldings and pilasters of mortar. This naturally imposed a style characterized by severity and restraint which fitted in well with the harsh natural surroundings.

But in the southwest and south, where there was fine quarry stone, facades were carved with all the skill of native craftsmen who vied in exhibiting their artistic talent in working fountains, balustrades, columns, balconies and a wealth of ornamental details which have enriched Potosí architecture and produced true architectural monuments.

It was in the south that the first haciendas were established and where there is more variety in the layout of their buildings. There are still examples of primitive sixteenth century constructions, of wild baroque fantasies, of neoclassical palaces, and even of the late nineteenth century French style which was so admired during the days of the Porfirio Diaz dictatorship. To five a single example, the neoclassical portal over the main gateway of the Hacienda de la Ventilla is a masterpiece in carved stone.

Starting at the old Jalisco Gate in the City of San Luis Potosí the ancient King's Highway runs south west to climb over the bare crests of the Sierra de Escalerillas with its wooded canyons and grassy foothills. The prevailing colors are the brown and rose hues of the native stone which turn to gold and violet at sunset. The spectacle puts one in a suitable mood to visit many of the old haciendas which are still the pride of the region. Once the mountain is left behind the traveler finds himself crossing a broad plain known as the Plan de Arriaga on which lie several haciendas, including the ruins of the Hacienda del Tepetate, half hidden among clumps of organ cactus and prickly pears. Against one of its now shattered walls General Joaquín Miramón, brother of the more famous Miguel, was stood to face a Mexican firing squad in the old days of Maximilian and the French Intervention. It is told that Joaquín, wounded and closely pursued, was retreating from Zacatecas with a substantial booty which he managed to hide at some secret place on El Tepetate. His heart is buried in the hacienda chapel.

In those days El Tepetate belonged to Don Antonio de la Gándara y Gordoa who lived the good life in Paris and who at that time of trail not only for haciendas but in fact all Mexico declared that he would rather own an attic in Paris than an hacienda in Mexico. Fortunately for Mexico not all Mexicans shared his prudent philosophy.

SANTIAGO

Not too far from El Tepetate lies Santiago, a cattle raising and farming hacienda which was acquired around the middle of the nineteenth century by Don Blas Pereda, who finished the building of the casco in 1864 as is attested by an oval stone medallion set in the wall above the main entrance gate. Passing under the archway one reaches a stone-paved patio with a garden at the rear flanked on two sides by handsome colonnaded corridors with columns of cut stone. One of these is decorated with posters of past bullfights which were supplied with fighting bulls from the hacienda herd. This corridor is even earlier than the Big House.

The house itself has a patio with a well-kept garden surrounded by spacious corridors and is among the best preserved of the old hacienda great houses.

An interesting feature of the hacienda outbuildings is the shearing hall. Sr. Pereda did much to promote sheep raising in the district and his own operations were so important that during the shearing season he was obliged to issue metal tokens to eke out the insuffìcent supply of coinage available. His son, Don Manuel, was not fortunate in his business ventures and the hacienda was put up for sale and acquired by Don Francisco de P. Martínez in 1888. But business conditions were poor and after a drought of thirteen consecutive years his widow sold the hacienda in 1901 to Don Teodomiro Garfias who brought it back as a profitable enterprise. His descendents still own the property.

Not far from the casco are the ruins of what was once the mezcal distillery of which barely the ovens for roasting the maguey hearts remain. They are built of stone and covered over by small vaults, some round and the others octagonal. Even in their ruined state they are pleasing to the eye.

Young maguey plants were brought from the celebrated Plains of Apan and planted out in broad acres at Santiago. These fields produced considerable quantities of that "much slandered and little understood product of the maguey plant" as the writer of local customs, Don Leovigildo Islas Escárcega observed, but, slandered or not, it received the praise of all who came to celebrate the festival of St. James the Apostle (Santiago), the patron saint of the hacienda.

BLEDOS

Bledos is reached by a road which crosses a well watered region of small stone bridges, irrigation ditches, and streams bordered with weeping willows.

As we look up at the facade of the ancient Big House and try to recall some of the hacienda's venerable history the first thing that comes to mind is that 18th of September 1810 when an exhausted courier from San Luis Potosí hammered on the great door. The news he brought for Don Felix María Calleja y del Rey, commander in chief of the King's troops in New Spain, was most grave. Father Miguel Hidalgo had raised the banner of revolt at Dolores and put himself at the head of an armed mob. This event abruptly and forever put an end to Calleja's enjoyment of relaxation at the hacienda, which in those days belonged to the Gándara-Sierra family with which he was related by marriage. Reluctantly he left Bledos post haste for San Luis Potosí to take the field with his troops.

His campaign against Hidalgo won for Calleja that Spanish title that he had always coveted which was his reward for his victory at Puente de Calderón. Some years later, when he was Viceroy of New Spain, King Ferdinand VII granted him the title of Conde de Calderón. Calleja's hasty departure from Bledos had been worth while.

The patio of the Big House is surrounded by four

spacious corridors and has a stone fountain in its center. The atmosphere of colonial days is preserved in the mesquite wood doors and their wrought iron fittings. It seems that one can still smell the freshly prepared afternoon chocolate and cinnamon cookies served by bustling servants in the daily ceremony presided over by Sra. Doña Francisca de la Gándar y Calleja who in time would be the vicereine of New Spain.

In the chapel at Bledos there still exists, in almost perfect condition, one of the only two baroque retables in hacienda chapels which have survived down to our day. The retable is dominated by a figure of St. Joseph, the patron saint of the hacienda, a marvelously carved wooden statue of the eighteenth century. Red and blue flowers richly decorate the gold background of his flowing gilded tunic with the brilliancy of heraldic symbols. His head is crowned with a hammered silver crown which is held in place by (no less) a chin strap! In the floor of the transept are the graves of two former owners of the hacienda, Colonel Mariano Martínez and his wife, Doña Gertrudis Aranda de Martínez. They bought the hacienda in 1837 and in 1883 Doña Gertrudis, then a widow, sold it to an hacendado from San Luis Potosí, Don José Encarnación Ipiña, whose descendents still own the property. On a wall of one of the corridors of the Big House there is a drawing of what might be called the "family tree" of the hacienda, recording the various owners and the parcels of land which were combined to make up what was the "Hacienda de Baúl de Todos Santos del Señor San José de los Bledos".

CARRANCO

Less than a Spanish league from Bledos along the road to Valle de San Francisco and beside the Bledos River lies Carranco which is as ancient as the oldest. It used to be called "Bledos Bajos" because it was once one of the properties of Francisco Cárdenas in the Bledos Valley. This same Cárdenas installed a grinding mill to process ores from the Sierra de Pinos. This was the beginning of the Hacienda de Bledos Bajos in the early seventeenth century.

Although Carranco does not boast of colorful legends and anecdotes like its neighboring haciendas it is their equal in the surrounding scenery and in the pleasing lines of its picturesque casco.

An old stone bridge crosses over the river bordered with weeping willows to lead one to the casco of Carranco, which is built around a small plaza with a garden in the center. At the east side of this plaza stands the Big House, a one story rambling building without any great pretensions as architecture but still a good example of hacienda buildings of its day. It has a large main gateway with a double cornice, and French windows with iron grilles down to the floor. The doors of the hacienda store are framed in plain stone, like the windows, all of which contrast effectively with the plastered and whitewashed facade. A stone bench is built out from the wall where people wishing to see the "patrón" or standing by for orders could wait. At the south end of the facade where it makes a right angle with some storehouses the house has been given a second floor with a long balcony supported by stone brackets. The outside of the building is pleasing, as is the inside with a patio garden surrounded on two sides by brick paved corridors and stone columns supporting arches whose inner faces are painted with Indian Red, a popular Mexican device to contrast with the flat whitewashed walls. At one side of the building there is another arched corridor which leads to a large orchard and vegetable garder.

The chapel stands in a corner of the plaza, its small atrium enclosed by a stone wall. Like the Big House, the style of the chapel is rustic but with its white walls relieved by a vaguely neoclassical doorway. Carranco is a very typical Mexican hacienda building complex which at every step reveals signs of the hands of native artisans executing in their own unique style the instructions handed down by the "patrones".

LA VENTILLA

No one should travel the Valle de Santiago road without visting the Hacienda de la Ventilla, which dates from the sixteenth century and was one of the first Crown land grants to the pioneer colonists of the region. Martín Ruiz de Zavala was its first owner, as is attested by a statement which Pedro Diez del Campo made of his properties in 1645: "First a 'sitio de ganado mayor' (a land unit of several thousand acres) with two 'caballerías de tierra' (169 acres) lying along the river which flows into the Valle de Santiago which is called Río de los Bledos which borders on a tract which is called La Ventilla and belongs to the heirs of Martín Ruiz de Zavala".

This feudal building, the work of and admirable man, is enough to fill the passerby with delight.

The Big House and the adjacent chapel make an impressive combination since they are located at the highest point of the casco which in turn rises from the foothills of the Sierra de Jaral. The site was no doubt chosen for strategic reasons, since it dominates not only the rest of the casco but also serves as a watchtower for the entire Valle de San Francisco which it has guarded for better then two centuries. The view from the upper balconies of the Big House is one of the finest in the entire state. To the north the famous peak of Bernalejo crowns the Sierra de San Miguelito; rising out of the wooded slopes of the mountain are the walls of the picturesque Hacienda de Calderón; and down in the valley are the geometrically laid out fields and green groves which surround the casco of the Hacienda de Gogorrón

and the town of Villa de Reyes. To the south, across the Guanajuato border are visible in the harsh landscape the towers of the Hacienda de Jaral, seat of the Marquisate and Mayorazgo de Jaral to which the Hacienda de la Ventilla once belonged.

The Big House is two stories high with a watchtower as was common in this type of homes. If faces on a small plaza around which stand the houses assigned to the principal employees and the gate to the stables and the smithy on whose doors the old blacksmith Dolores Esquivel used to try out the branding irons of his making.

This Big House at La Ventilla is severe and restrained for the fashions of the eighteenth century in which it was built but quite in keeping with the austere taste of rural colonial society. Its main gate, framed in a stone Moorish arch opens onto a passageway with a wrought iron grille that seals off the main patio, simple and severe and surrounded by four broad corridors on both floors. Seven semicircular arches supported on stone Tuscan columns are at the sides of each corridor. The second story ones are protected by stone balustrades with footings and a handrail.

On the lower floor rooms lead off from the corridors which were used for offices while the upper story was reserved for the living quarters of the "patrones".

An odd feature of this building is that instead of a stairway to the upper floor access is provided by a stone -paved ramp which according to legend was designed to permit access by the mules laden with the gold accumulated by his Excellency the Marqués de Jaral de Berrio.

The chapel has a central nave in the neoclassical style and two belltowers crown the facade in which the frontispiece of pink quarry stone contrasts with the whitewashed walls of the rest of the building. The chapel also has its legend. The exact details are missing but, whatever happened, this much is certain: the chapel of La Ventilla was looted during an uprising and shortly afterwards the wife of the "cacique" (local political boss), of Villa de Reyes attended a picnic at a spot near the Hacienda de Gogorrón displaying on her fair bosom the handsome pearl necklace of the Virgin of Dolores in the chapel at La Ventilla.

At the lower part of the site of the casco was established the Molino (mill) del Sr. San Miguel, a stout two story building whose stone walls are braced by stone-crowned buttresses. Almost in the center of the other hacienda buildings such as granaries, workers' homes, and corrals rises the great vaulted building which covered the threshing floors. Also still standing is the elegant gateway which gives access to the orchard and vegetable garden.

All the buildings on this hacienda are both so functional and pleasing to the eye that the overall result is one of the most, if not the most, handsome cascos of the many that are the pride of our San Luis Potosí countryside. Fortunately its present owners have taken great care to keep it up.

CALDERON

The name of this estate was chosen by the Gándara family, who were in-laws of Calleja, to commemorate his shattering victory over Hidalgo and the Insurgents at the Battle of Puente de Calderón. At the time this property formed part of their Hacienda de Bledos.

The casco is located in a fertile canyon, which accounts for its former name of San Gerónimo de la Cañada.

It has been claimed that it was there and not at Bledos that Calleja received news of the insurrection. According to the tale he was relaxing in the summer house in the orchard over a glass of locally made apple cider when he was rudely called back to politics by the disagreeable tidings. However, this seems to be a version concocted by the local inhabitants to outdo the people at Bledos, since the historians all agree that the incident happened at Bledos, despite the claims of Calderón.

The next owner of Calderón after the Gándaras was Don Ramón Duque, a merchant and miner living in Valle de San Francisco, and after him the Guzmán family which sold it to Don Felipe Muriedas who annexed it to his Hacienda de Gogorrón.

Few haciendas can provide the attractions which make Calderón one of the most picturesque ones in the state. The scenery is breathtaking, set against the backdrop of the Sierra de Merlín which provides the runoff of rainfall to fill the dam which Sr. Muriedas built to irrigate his orchards of fine fruit trees. The place was famous for juicy yellow cooking apples, mandarin oranges, table apples, quinces, and green and red grapes for the winery located in the center of the main orchard across the way from the casco and landscaped with spreading cypresses and exotic flowers.

The hacienda was built amid this riot of vegetation. It is different from most, with no big plaza but rather a broad cobbled patio with a central fountain in which the water spouts from a stone obelisk. This patio is older than the arched colonades which constitute the facade of the Big House. Above the central arch a sundial is set in the wall and has told time for the two hundred years that have elapsed since the building was first built. Opposite the Big House is the storehouse with stone-tipped buttresses supporting its stout walls like the Molino del Sr. San Miguel at the Hacienda de Ventilla mentioned above. Probably both are the work of the same master mason.

Calderón is so far off the beaten path that one leaves it sadly, knowing that probably one will never return.

SAN PEDRO DE GOGORRON

This hacienda preserves for posterity the name of its founder, a Basque miner Pedro de Arizmendi Gogorrón. He came from Zacatecas, lured by stories of the rich mines of Cerro de San Pedro and was one of the first settlers of the town of San Luis Minas de Potosí where he promptly acquired a fortune and established an ore processing plant which was considered in its day to be one of the most efficient in all New Spain.

He established a second such plant in Valle de San Francisco around the close of the sixteenth century to

process silver ore but with the passage of the years the property developed into the famous farming and cattle hacienda of San Pedro de Gogorrón which was acknowledged to be the richest in the entire state.

During centuries life at the hacienda was much like that on other neighboring haciendas in the Valle de San Francisco. Most of the land was cropped only during the rainy season although there were some irrigated tracts. Cattle, sheep, and goats were run on natural pastures. Over the years there were many changes of ownership, the Pérez de Bocanegra, grandsons of the founder; Jacinto García de Rojas; the Fernández de Jáuregui and the Samaniego del Castillo of Querétaro. The latter bequeathed it to Don Ramón María Loreto de la Canal y Jáuregui of the House and Mayorazgo de la Canal in San Miguel el Grande (today San Miguel Allende) and well into the nineteenth century it was acquired by Don Felipe Muriedas, a Spaniard who with hard work and the courage to speculate amassed a considerable fortune in the city of San Luis Potosí. In adition to his philanthropical works Sr. Muriedas was a man of great vision and he turned Gogorrón into one of the most flourishing haciendas in Mexico during the Porfirio Díaz dictatorship. He built a hydroelectric plant to power a textile factory called San Felipe which eventually was shifted to San Luis Potosí where it is still in operation though under a different name.

The area of the hacienda lands was increased and finally reached 86,000 acres with the annexation of Zavala, the old Ruiz de Zavala hacienda, and beautiful Calderón.

The dairy stable at Gogorrón was a model of its kind in all Mexico for its modern equipment and the purebred registry of its herd.

Sr. Muriedas's crowning achievement was the drilling of seventeen artesian wells from which gushed water at high pressure from outlets forty centimeters in diameter. The temperature of these waters was 40° C and they soon became world famous for their medicinal properties.

There is a legend that Sr. Muriedas once consulted a doctor in Vienna who advised him to go to a place called Gogorrón in Mexico and take the waters, the same waters that flowed from the wells that Muriedas had drilled!

But Muriedas could also be wrong. In his enthusiasm to renovate the Big House, which is still standing, he transformed a fine colonial home into a nondescript and ostentatious palace quite out of place in the Potosí landscape. But perhaps eventually this type of reconstruction will eventually fit into the scene and come to be accepted as genuinely "Mexican".

Don Felipe's heiress, his daughter Doña Manuelita Muriedas de Zavala, embarked on a giddy social whirl in all the big capitals of Europe and left the management of the hacienda in the hands of irresponsible Spanish managers who were overbearing with the workers, drunken and extravagant and who managed to destroy even the fabulous prosperity of the House of Muriedas by provoking so much ill-feeling among employees and peons that everything went to ruin. So great was the blind folly of one of these managers, one Zavala who was a brother-in-law of Doña Manuela, that once when there were rumors that the government was going to expropriate hacienda lands for a land distribution program, in his unreasoning hatred of the peons he blew up and permanently destroyed sixteen of the famous seventeen wells, an act no words can describe.

This hatred which had to be endured for so many years inspired a political leader in the nearby village of Villa de Reyes to say that the day would come when not one single stone of Gogorrón would be left standing. And the prophecy was fulfilled soon enough.

This dramatic incident is the lone exception which stains the history of the great haciendas of San Luis Potosí.

LA PILA

In a title to a land grant which the viceroy the Marqués de Guadalcazar issued to Martín Ruiz de Zavala in 1616 there is a reference to "another tract which the said Martín Ruiz de Zavala has colonized with its buildings, corral and huts and a large watering trough three or four leagues from the town (now city) of San Luis." This large watering trough ("pila") inspired the name of "La Pila". The property was later increased by the addition of an adjacent tract known as "Pedro Bravo".

Teniente de Alguacil Mayor (asort of deputy to the high sheriff) Pedro Bravo was the "founder" of cattle rustling in the Potosí area as is recorded in hearings held in 1605 before Captain Juan Domínguez who had paid a surprise visit to Bravo's ranch and finding that he was engaged in illegal slaughtering operations had "confiscated several freshly skinned hides including one which was marked with a strange brand".

But despite occasional mishaps like the one above Pedro Bravo seems to have been successful in his rustling operations, an institution which to tell the truth has persisted with great financial rewards down to our own day.

Another prominent owner of La Pila was Don Miguel de Mier y Caso who died "of a sickness of the mind" on February 8, 1777 leaving many creditors, including Father Antonio Campos y Aldrete, Prior of the Convent of San Agustín, who sued for a deposit (loan) of 4,000 pesos owed to the convent and Father and Friar Joaquin Perdomo y Zapata, Prosecuting Attorney of the Convent of San Francisco, who sued for 5,200 pesos of another deposit. In addition Doña Rosa Martínez Bravo, the widow of Captain Don José de Erreparaz, a trustee of the Convent of San Francisco, entered a claim for 558 pesos for interest due on account of a chaplainey which this lady had established with Sr. Mier y Caso and which had been duly acknowledged by him as a liability against his estate. These interest charges were intended to be used to pay the expenses of the celebration in honor of the Sacred Heart of Jesus which is held each year in the school supported by the Jesuits, and for the celebration of the Novena of Our lady of Sorrows.

Since the above mentioned devotional acts were intended to save the soul of Don Miguel, on his death it was necessary to put up the Hacienda de la Pila at public auction in order to ensure the achievement of this worthy objective. The property was thus acquired by Don Juan de Gorriño.

There are other stories about the Hacienda de la Pila. Calleja used its broad fields to toughen up his troops and refit for a whole month before marching out against

Hidalgo's Insurgent army on October 24, 1810.

While engaged in this training program he issued a proclamation which was publicly read out by some Carmelite friars who held up crucifixes while demanding that the assembled troops renew their pledge of loyalty to the king. The ceremony has been recorded by Don Manuel Muro: "He (Calleja) had a sort of an altar raised in the patio of the hacienda and arranged for two Carmelite friars to come out from San Luis Potosí and seated himself between them and they read out and expounded to the soldiers the meaning of the thoughts of the proclamation. And they concluded with an exhortation to the troops urging them to remember their duty to fight for their religion and for their king".

The casco of this hacienda consists of an ancient chapel consecrated to the Most Pure and Holy Virgin of La Pila, now used as a storehouse, the mezcal distillery, the granary, corrals, and other buildings, together with the Big House, which in spite of so many harrowing times, has never been abandoned by its successive owners.

LA SAUCEDA

This hacienda, whose name means "The Willows" was founded toward the close of the sixteenth century by Gabriel Ortiz de Fuenmayor who also was owner of La Parada, Bocas, and Agua del Espiritu Santo not far from the Sierra de Pinos. In the beginning La Sauceda was an ore reduction plant as were all the other haciendas in the Valle de San Francisco area.

Ortiz de Fuenmayor died without issue and his widow, Doña Isabel Pérez, who declared herself to be "a miner at the mines of Sierra de Pinos" decided to sell her late husband's ranches. A procession of owners followed, for there was a brisk business in buying and selling such properties unless they were entailed in an estate (mayorazgo).

The Big House at La Sauceda, although much neglected, is still in fair shape. Its arched facade is crowned in the center with a domed watchtower as at Peotillos.

The finest building at La Sauceda is unquestionably the "mezcal wine" distillery with its great vaulted naves laid out in a "T" arrangement. It is the largest distillery in the state.

PEÑASCO

Among the early deeds to this hacienda there is a record of a sale in 1696 by Doña Isabel Maldonado Zapata and her son Don Antonio Salas Zapata "by royal sale for now and forever more" in favor of the regidor Don Francisco de Uresti Bustamante of the Hacienda de Peñasco "together with its buildings, corrals, peons' huts, a well, and a chapel with a bell" for the sum of "one thousand two hundred and fifty pesos in gold coins".

Following several subsequent sales Peñasco became the property in 1753 of the "Capitán de Caballos Corazas del Seno de Mexico", one Don Francisco de Mora y Luna, First Count of Santa María de Guadalupe whose descendents managed to hold on to the property for nearly two hundred years.

In the inventory of this later sale it appears that the chapel had been considerably improved for there is mention of "three bells and fifteen large and small oil paintings on different religious advocations".

The first count built the Big House as well as the chapel where there was a gilded retable with baroque "stypites" (a characteristic Mexican baroque decorative element). This retable was unfortunately scrapped in 1903 and replaced with a horrible one in a supposedly "neoclassical" style.

The exterior of the Big House at Peñasco is restrained and in good taste. It is a one story affair and the facade is more than one hundred Spanish yards wide. The windows are symmetrically spaced on either side of the main entrance and are supported by brackets with moldings of mortar. The window apertures have false lintels that are simple moldings which do not project too far and the grilles are of plain wrought iron. In contrast with the simplicity of the windows the main doorway is framed by stone pilasters with vertical moldings which widen and come together above to form a heavy projecting cornice. The lintel is straight and the keystone is incised with the monogram of the Virgin Mary. Over the conrice there is a stone base which once supported the coat of arms of the Counts of Peñasco. The device was removed by one of the owners during one of the past periods of political upheaval (probably because possession of a blazon was then hardly a passport to popularity). Higher up on the wall is an inscription framed in a molding:

Se A
cabo e
sta Obra
Año de 17
56

Which is to say that the building was finished in 1756.

The zaguán, or entrance corridor, is quite long because the house consists of a double row of rooms. A remarkable feature is the stone pavement of this zaguán and the corridors. It is not cobbled in the usual style with round river stones but with big stones, boulders, in fact, which were chosen with one more or less flat face and which are embedded half a meter or so in the floor with the flat side uppermost. Thus the pavement does honor to the name of the hacienda ("peñasco" means a craig or big rock) and gives the house a personality all its own.

The patio is very large and surrounded by corridors each with five big arches supported on thick and clumsy looking stone columns. Typical eighteenth century moldings are used to decorate the keystones of each of the central arches.

A passageway leads to a second patio with a cistern in the center to capture the runoff from the rooftops. This patio in turn leads to what was once the orchard and vegetable garden. At the close of the nineteenth century this garden was lovingly tended by a gardener brought all the way from France. Today not a trace of his work remains.

One of the owners of the property, Doña María Loreto Espinosa y Cervantes, was married to an eminent Mexico City doctor, Captain Don Aniceto Ortega. The couple were fond of spending their vacations on the hacienda where they were once visited by Don José T. de Cuellar, who wrote under the pen name of "Facundo". De Cuellar was enchanted and later contributed an article extolling the beauties of Peñasco to "La Ilustración Potosina" in which among other things he said:

"One of the places that has most impressed us and which we strongly recall at this moment when we are leaving the district, is the Hacienda de Peñasco. . . The Big House is one of those stout and handsome castles which the Spaniards built at the beginning of the seventeenth century. Its thick walls give it the sombre aspect of a feudal castle. There is an air of nobility about the place, even in the design of its doors, in the great oil painting which shows the noble ancestors of the owners kneeling at the feet of their patron saint, in the shape of the chairs, in the canopies over the beds, and in a severity of style which is neither ostentatious nor elegant but merely rich and tranquil. Every detail brings to mind fantasies of a distant time now gone forever of which this hacienda is like a page torn from an ancient book that has been lost".

Cuellar failed to mention and pay tribute to the fabled pulque produced at Peñasco, but it is a certainty that he must have sampled it generously. Perhaps, though he did not say so, this pulque was what he missed the most about the hacienda after his departure.

EL CORTE

A road lined with cottonwoods leads to the Hacienda del Corte. The old colonial casco is surrounded by a wall with a large heavy gate. In contrast with other haciendas, El Corte does not have a chapel that is open to one and all. Instead there is a sort of private oratorio leading off from one of the corridors of the Big House which is similar in design, though far less elegant, to the chapel in the well known Hacienda de los Morales in Mexico City.

This little chapel is crowned with a belfry which adds a romantic touch to the patio. Its presence suggests that the chapel was not as private as might appear and that the pealing of its bells and the wide open doors of the big house were an invitation to the devout to come and attend mass.

The Big House at El Corte is a colonial mansion with a central patio surrounded by corridors. But even so it did not escape the effects of an urge for luxury on the part of its owners during some now forgotton era of prosperity. The rear facade, which faces on the vegetable garden and orchard, was converted into a very small exotic and "cursi" (corny) version of the neoclassical Palacio de Minería in Mexico City. No doubt it was the product of a self-proclaimed architect, a sort of rural Tolsá, from the nearby village of Ahualulco.

The great plaza of the casco is its finest feature, and is very pleasing to the eye with a threshing floor in the center and the granaries in the background. The doors of these granaries have very fine wrought iron fittings.

A few ragged cottonwoods along the edge of the road are all that remains of the orchard that lay just behind the casco.

LA PARADA

With the establishement of traffic between the recently founded town of San Luis Minas del Potosí (the original name of San Luis Potosí) and the Real (mining camp) de Zacatecas in the last decade of the sixteenth century, horsemen and mule drivers with packtrains found it convenient to camp for the night beside a running stream where they could water their animals. One particular spot which was seven and a half Spanish leagues from San Luis Potosí was especially favored and soon became widely known as "La Parada" (the stopping place).

And it was here that Gabriel Ortiz de Fuenmayor obtained a royal grant of land to run cattle. This was the origin of the Hacienda de la Parada.

The Jesuits purchased the property in 1623 for $ 15,000 ("in gold coins of eight reals to the peso"). The Jesuits renamed the place "San Francisco Xavier de la Parada" and built a house to live in which formed part of the casco and whose ruins can still be seen.

Shortly after the confiscation of the properties of the Jesuits and their expulsion from all Spanish territories in 1767, the hacienda was bought by a Spaniard, Don Angel Prieto de la Maza who, having no children, bequeathed it to his nephews Don Vicente and Don Juan Manuel Prieto Quintanilla. Juan Manuel eventually became sole owner of the hacienda. His widow married a Basque, Don Pantaleon Ipiña, whose descendents held the property for a great many years.

During the nineteenth century great improvements were made at La Parada, such as the Santa Genoveva Dam with a storage capacity of ten million cubic meters of water. The twelve huge granaries were also built although La Parada was more of a cattle canch than a farming operation, as is attested by the inventories published by Sr. Jan Bazant in his book, "Cinco haciendas mexicnas", An inventory taken in 1843 reported the following tally:

1,055 horses; 292 mules; 68 draft mules, 165 burros, including the unbroken herd; 1,648 cows, 22,895 sheep, 42,426 goats.

This is a very large number for an hacienda of 81,600 acres.

At the close of the past century a new Big House was built but this is now in even greater ruin than the original house the Jesuits built 350 years ago.

In fact all that really remains of this important casco is the half-ruined chapel and the famous twelve granaries to bear witness to the productiveness of the famous Hacienda de San Francisco Xavier de la Parada in bygone days.

VALLUMBROSO

The casco of the Hacienda de Vallumbroso lies in a bend of the Ahualulco River. This was once the hacienda and ranch of Bocas which was owned by the pious and charitable Dr. Torres y Vergara. The casco of the hacienda is older than the one at the ranch.

The Big House is in the neoclassical style, one storied with a two story section in the center with a clock at the very top. Although like so many other haciendas it was remodeled at the close of the nineteenth century, it still retains features similar to those of Peñasco, with its flagstone pavements of the corridors, its brackets to support the arches and even its monograms inscribed on the faces of the keystones.

At one side of the house a small atrium provides access to the chapel. One enters and passes beneath the choir loft and then the ceiling with its eighteenth century beams meets the eye. These thick beams are laid with very little rise and rest on curved socles decorated with painted blue and red stripes which run up over the bottoms of the beams and along their lower faces in a riot of color. There are not many baroque ceilings of this type left although there is a very fine one in the Church of La Congregación de la Divina Pastora.

Both the house and the chapel are located on the east side of the plaza. On the west side there is a stone wall with an attached masonry seat which is an ideal spot to look out over the Ahualulco River and the hundred year old cottonwoods and weeping willows on its banks. The plaza is bounded at the north by the mezcal factory which gave the hacienda its name of "Rancho" de Bocas", since in the old days it was the custom to give the name "rancho" to mezcal distilleries, which were known as "ranchos de vino".

One should not go away from Vallumbroso without visiting the largest of all its granaries which is built like a basilica with three parallel naves separated by rows of arches resting on stone columns and has a beamed ceiling. Beside this huge granary stand some pillars with a strong medieval flavor that frame the entrance gate into the casco.

When the "ranch" was split off from the Hacienda de Bocas it was bought by Don José Encarnación Ipiña who gave it the bucolic name of Vallumbroso. Subsequently the hacienda was acquired by Don Teodomiro Garfias and then by a Sr. Dominguez, a very rich man who was known far and wide as "The Golden Ass". Many hilarious stories have been told (and made up) of the thickheadedness of this sterling citizen, among others that he once decided there was money to be made in head cheese (called "hog cheese" in Spanish and instructed his superintendent to buy up a herd of sows to provide the milk to make the "cheese".

BOCAS

This hacienda with its rich history received its name from its strategic location at Bocas de Maticoya at the eastern edge of the Great Cactus Patch, which was once a favorite hideout for a band of Guachichil Indian bandits led by the legendary Chichimec chief Martinillo.

In the beginning it belonged to Captain Gabriel Ortiz de Fuenmayor and in the eighteenth century, together with the Hacienda de Cruces, was tied up in a charitable trust established by Don José de Torres y Vergara, whose objectives were to distribute the income from these properties in the following manner: one third was for religious donations and "dowries" for novice nuns in convents in Mexico City who were unable to take their final vows because they were unable to provide the cash "dowry" which the occasion demanded. Such novice nuns were said to be "detained" and did the hard work around the convent. A second third was to be shared by relatives of the grantor to the fourth degree. And the final third was to pay administrative salaries.

Dr. Torres y Vergara left his wealth to his sister, Doña Bernarda, the great-great-grandmother by the maternal-maternal-paternal line of Don José Mariano Sánchez Espinosa y Mora, Second Count of Santa María de Guadalupe del Peñasco, who received through her the rights to the family's share of the trust in the haciendas of Bocas and Cruces. Since he was already owner of the Hacienda de Peñasco he thus became the master of three very important landholdings.

During his tenure as manager of the trust the War for Independence broke out and the Hacienda de Bocas soon became involved on the side of the Spanish Crown. The hacienda superintendent, Juan Nepomuceno Oviedo, popularly known as "El Amo" (the Boss), promptly reported for duty to Calleja at the head one hundred and eighty ablebodied men from the hacienda who, on account of their yellow brown buckskin uniforms were promptly nicknamed "Los Tamarindos" (a brown-colored fruit). This more or less volunteer force was commended by Calleja for its performances at the recapture of Guanajuato, at the Battle of Puente de Calderón, at Zitácuaro, and finally at the Siege of Cuautla where El Amo was killed.

Fifty years later the Battle of Ahualulco, where the Imperialist generals Márquez, Mejía, and Miramón defeated Republican General Santiago Vidaurrí, was fought on lands of the Hacienda de Bocas.

By that time both Bocas and Las Cruces were no longer owned by the Counts of Peñasco, who had sold them to Don Juan de Diós Pérez Gálvez, the Second Count of Pérez Gálvez, who was the owner of the Hacienda de Guanamé.

One of the properties included in Bocas, the "Rancho" de Bocas with its distillery, was split off from the hacienda and became the Hacienda de Vallumbroso. Another, near Moctezuma, was given the name of Hacienda de San Antonio de Rul.

The casco at Bocas stands on a low hillside and consists of a chapel, several granaries, the "mezcal wine"

distillery, offices, and the Big House, with its two patios surrounded by cool corridors in the classic style of hacienda architecture. One unique feature was a pavillion behind the house built in a completely different style together with its terrace "to watch the train go by" after the track of the Mexico City-Laredo railroad was laid across the fields of the hacienda. At that time Bocas was owned by the well known Farías family of Saltillo. Although these buildings of widely separated times have little in common with each other the complex as a whole is reminiscent of the battlemented palaces which were at that same time being built on the great pulque haciendas of the state of Hidalgo.

A very charming family group posed on the back terrace of this beautiful house has been chosen for the cover illustration of this issue of "Artes de México".

SAN ANTONIO DE RUL

The road from San Luis Potosí to the town of Venado and Real (mining center) de Charcas passes off to one side of the now almost forgotten Hacienda de San Antonio de Rul.

A broad avenue paved with bluish flagstones runs straight up to the main entrance of the Big House. The traveler cannot help but admire the smooth walls of cut stone in the neoclassical style that make up the facade of the building which rises so proudly out of bare fields.

Is it possible that this one story home is a rustic copy of the lordly palace built by the Rul family in their native Guanajuato?

As the heavy mesquite wood doors creak open the visitor has his first hint of a stately past which made it possible to design and build such a patio with its arcades of slender columns crowned by capitals draped with stone floral wreaths so intricately carved that they seem almost to reproduce the textures of leaves and petals.

The patio is so delightful and impressive that it is hard for one to tear his eyes away from so many exquisite details, such as the volutes of the capitals and the Gothic arches over the doorways. One can not but admire the artistic skill and talent of the stonecutters who produced this charming patio.

But when one looks downward and about one the spectacle is depressing. The uncultured present residents of the premises have made a shambles of the place which they use to store all the debris of items necessary to their precarious life style —rusty gasoline drums, beatup trucks, wornout tires, chickens, pop bottles, and clotheslines strung between those graceful columns while the walls are blackened and stained with smoke from cooking fires.

The patio of this hacienda has something symbolic about it, evoking the stately beauty of the past out of a barbaric and uncaring present.

There have been visitors who had exclaimed in delight that this patio is worthy of a castle in Spain and have to be reminded that it is only part of a remote working hacienda in the state of San Luis Potosí.

GUANAME

"In that scene, not lacking in a certain aristocratic sterility. . ."
"Visión de Anáhuac", by Alfonso Reyes.

Distant and solitary on the high plain and close to the borders of San Sebastián del Ojo de Agua del Venado (today Venado) stands San Juan de Zapihuanamé, the Guachichil name which was given to what in time would become the famous Hacienda de Guanamé.

This holding was so rich in cattle that at the close of the nineteenth century there was a slaughterhouse in San Luis Potosí which was entirely supplied with cattle, sheep, and goats by this hacienda. The slaughterhouse was popularly known as "La Matanza de Don Matías" after its owner, a prominent local businessman named Matías Hernández Soberón.

The pastures of Guanamé were celebrated all over Mexico for the fine horses they produced. Manuel Payno in his famous novel "Los bandidos de Río Frio" gave a description of the fair at San Juan de los Lagos in which he said: "What were much discussed and sought for at the fair were the horses from Guanamé and Del Sauz. Don Remigio never failed to send a thousand to fifteen hundred choice mounts which were sold at prices ranging from forty to a hundred and even two hundred pesos. . ." This gives an idea of the size of the hacienda herd if it was possible to send such yearly shipments to just one fair. And for those prices charged the buyers had every right to demand fine and healthy animals for their money.

But the pride of the hacienda and source of its greatest fame was its herd of famous fighting bulls which had been established almost more by chance than by intention.

The late Don Felipe Valle Espinosa used to tell how some stud bulls from the celebrated Spanish "Vistahermosa" herd had been imported and were being driven overland from the port of Veracruz to the Hacienda de Atenco (which boasted the first herd of fighting bulls developed in Mexico). While these bulls were crossing the Hacienda de los Morales, at that time on the outskirts of Mexico City, one of them broke loose and charged a passing Indian couple and killed them both. The uproar was naturally tremendous and the owner of Atenco decided to get rid of such dangerous animals and sold them to the Hacienda de Guanamé with which he had business connections. These animals provided the start of the herd which would become famous in Mexican bullfighting history. The bulls were big and savage and were the terror of the bullfighters of the day, many of whom they gored and killed. "Fanáticos" hailed them as the Mexican rivals of the famous Miura breed in Spain. Bullfight posters of those days always divided star billing between the hacienda furnishing the bulls

and such "monsters" (superstars) as had contracted to perform against them.

In the early years of the present century the then owner of Guanamé brought in fresh blood from the Atenco strain in order to try to build back the original size and strength of his own animals. But his project failed with the coming of the Social Revolution of 1910 which practically wiped out the cattle business.

The casco of Guanamé lies along the memorial highway named "The Route of Independence" and in its style follows the generally austere lines of all the haciendas on the high plain. The facade of the Big House is plain and unadorned although this sobriety is relieved by a main entrance framed in stone with slots at either side through which messages and small packages could be passed inside without having to swing open the heavy gates. Above the doorway is the most handsome coat of arms to be seen in all the state, a real masterpiece of the stone carver's art. The field of the device is checkered and surmounted by a crown so conventionalized that it is impossible to say whether it is of a count or a marquis Efforts to identify this blazon in Mexican heraldric records to learn the name of the bearer who ordered it made have been fruitless. But because of its probable date of origin it can be assumed that it belongs to the Count of Pérez Gálvez, who was one of the owners of the property.

Guanamé was founded by Juan de la Hija in 1611. A long list of owners follows including the today extinguished prominent Potosí family of Maldonado Zapata. There were also García de Rojas from Real de Pinos and the Marquis of Rivas Cacho who, unable to endure the burden of heavy payments on account of charitable trusts to which the hacienda revenues had been pledged, sold it to Pérez Gálvez, whose heirs, in turn, sold it to a Spaniard Don Joaquín Hernández Soto, a devoted adopted son of San Luis Potosí, who bought up more haciendas in the state then any other in history. These properties eventually passed on to his heirs.

The Big House at Guanamé with its traditional patio and surrounding corridors possesses in its hallway another artistic masterpiece, the doors to the pantry. They are made of tough mesquite wood and are carved, no doubt by some Indian craftsman, with figures of animals connected with the table such as hares, deer, and the like which are displayed framed in wreaths of vine leaves.

Also forming part of the casco are a small and quite ancient church and a monumental but unfinished construction intended to be a large neoclassical church which is hard to believe standing as it does among so much desolation. At one side of the casco is a well laid out orchard with hoary walnut trees watered by a sparkling brook.

The abandoned casco of Guayamé is today surrounded by deserted and overgown fields that once were well kept pastures. It seems like an old wives' tale that in its days of glory the mules and horses were put out to graze in herds according to colors!

PEOTILLOS

The ancient name tor this property is "Peyotillos" on occount of the abundance on its rocky hills of the hallucinogenic peyote cactus of fame and legend.

In its heydey the hacienda covered 420,000 acres and was one of the largest in the whole state.

In the seventeenth century it was the property of the Maldonado Zapata family, an old Potosí family claiming direct descent from Alonso Maldonado, an "oidor" of the Second Audiencia which governed New Spain until the arrival of the first viceroy.

Peotillos and other porperties were bequeathed by Doña Gertrudis Maldonado Zapata and her husband Don Nicolás Fernando de Torres to the Carmelite friars who worked diligently to till keep up the enormous orchard of the hacienda. They established their living quarters inside the casco and built large two story granaries with vaulted roofs and those battlements like a series of inverted arches which were so popular with colonial builders.

The residence built by the Carmelites was a thickwalled building without any architectural pretensions to be anything else but a solid country home.

The Santa Provincia de San Alberto del Carmen (the Carmelites) sold Peotillos along with several other properties in 1837 when it became apparent that the properties of the church would eventually be nationalized. The purchaser was Sra. Doña Isabel Goríbar who subsequently married her superintendent, a Spaniard named Pablo Ibarra. Due to Sra. Goríbar's lofty social position she and her husband became friendly with Their Imperial Majesties Maximilian and Carlota who graciously accepted their invitation to spend a few days relaxing at Peotillos. Great preparations were made to receive the royal visit; the sparkling new Big House (1863) saw its halls graced by a brilliant selection from the court at Chapultepec including several imperial ministers, the empress's grand chamberlain, and her ladies-in-waiting. The men wore the Order of the Aztec Eagle, and the women the Grand Cross of the Order of San Carlos. It was like staging a fairy pageant on the sun-baked high plains of San Luis Potosí. It was planned to unveil a marble plaque inscribed with the date over the main entrance to commemorate that honored occasion but the plaque was never delivered. The fortunes of war later decreed that Marshall Bazaine, the leader of the Franch army of occupation, would establish his headquarters at Peotillos and from there write to Maximilian (August 10 and 12, 1866) the bluntest letters of all that were ever exchanged between them.

On the collapse of the Empire the owners of Peotillos were obliged to pay very high taxes in reprisal for having supported the loser. This forced them to mortgaga the property of Doña Manuela Soberón y Sagredo who thus eventually acquired it by foreclosure. This lady had been twice married, so her children named either Hernández Soberón or Muriel Soberón inherited the property and the family still owns it.

Back in the days of the War for Indpendence an important battle was fought at Peotillos in which the dashing Insurgent general Don Francisco Xavier Mina routed the royalist forces under General Armiñan.

The old home of the Carmelites and the granaries they built still stand in the casco at Peotillos, in sharp contrast with the classic lines of the modern Big House.

This house faces on a garden which was once graced with marble statues. These statues were used for target practice by the soldiery of Alberto Carrera Torres, who happened to be passing that way, and shot to pieces.

The main patio of the Big House has no rival in elegance except the one at San Antonio de Rul which is perhaps more beautiful but smaller.

The walls of the corridors around the patio were painted more then a hundred years ago with a white-wash to which goats' mild was added and has the appearance of having been freshly applied yesterday. And the list of buildings at Peotillo is rounded out with the mezcal distillery at one side of a large orchard where age-old Mexican cypresses, Mexican elms, walnuts, and red mulberries still stand and thrust their leafy branches up to the sky as though calling attention to the green oasis of Peotillos, one of the wealthiest of the Potosí haciendas.

CORCOVADA

Corcovada ("The Hump-backed One") was an hacienda of which it can be said that it minded its own business. Its farming and stock raising activities were always carried on without overstraining its facilities and it has no memories of stirring events to boast of but its ruined casco, like all others, evokes nostalgia for by-gone days.

Until late in the nineteenth century it belonged to the Staínes family which built the Big House which has since been robbed of its iron grilles and the sun dial in the patio. It still retains the arches of its corridors and the facade with its late neoclassical windows. In front of the ruined house is a threshing floor and some granaries and these are all that remain of this once hard-working estate.

POZO DEL CARMEN

A merchant from Seville, Don Nicolás Fernando de Torres, and his wife Doña Gertrudis Teresa Maldonado Zapata were inspired by their devotion to the Virgin of El Carmen to bequeath a part of their wealth to found a convent of Barefoot Carmelites in the City of San Luis Potosí and made a donation of their haciendas of Peotillos and El Pozo (later known as El Pozo del Carmen) to the local province of the Carmelite Order.

It seems that Don Nicolás was not so much moved by devotion as by repentance for having taken so many short cuts, including usury, in amassing his substantial fortune, which he himself admitted was ill-gotton.

In any case, whether devotion or repentance was the driving force his generosity provided the funds to build the Church of El Carmen in San Luis Potosí of which the main doorway of its sagrarium "is the richest and most ostentious one in America" in the opinion of no less an authority than Dr. Don Francisco de la Maza.

Faced with a choice between Peotillos and El Pozo the good Carmelite friars did not hesitate a moment to choose El Pozo as the site of their new home.

Although Peotillos was so vast that not even its owners knew how large it was, it did not have the abundant water supply available at El Pozo, which was a garden spot with the casco set in the bottom of a fertile canyon on the banks of a clear-flowing river and next to the flowing spring which gave the hacienda its name.

Since the Carmelites had always enjoyed living in comfort they at once laid out a large orchard, more for their own table than for profit, as had been the idea behind their orchards in Villa de San Angel (D.F.) and the one in San Luis Potosí which is now a public park. Today that orchard which was so zealously cultivated is a flat expanse of parched land which occasionally produces a few spindly corn plants. They dug irrigation ditches over which they built their chapel, which with its terrace is a worthy addition to this remarkable casco. The chapel has a gilded baroque retable behind its main altar. Only two such hacienda chapel retables have survived to our day. The sacristy and the house of the resident priest adjoin the chapel in a pleasing arrangement of volumes.

An enormous plaza extends between the chapel and what is left of the original home of the Carmelites. Against the canyon wall and at a high point in the casco they built a new residence to replace the old one. This new construction was designed to possess an elegance appropriate to a flourishing hacienda. Nothing was omitted; an arched colonnade ran along the front of the building, the refectory had a vaulted roof, the only roof still existing in the casco; and there was a patio with its four corridors around it. Two more patios lay on either side of the main one with a watchtower on the roof which looks out on the whole casco, and at the back were well built and appointed stables to care not for skinny mules but for the excellent horses which the friars no doubt liked to ride. On the wall of one of the stables is the date 1817, the year it was built, a year in which the War for Independence had neither yet been won nor lost. Some years later the Carmelites sold this hacienda and Peotillos also to Doña Isabel Goríbar and her heirs in turn sold it to the Manrique de Lara family.

It was during this period when the stables and the water conduits (which are now practically useless) were being built that a small neoclassic building was raised beside them which is known as "the friars' bathhouse". But this is a mistake because it was built long after the friars had departed.

Many legends are told about the Hacienda of El Pozo del Carmen, even including a perennial tale of a tunnel running from the casco to their convent in San Luis Potosí (50 kilometers distant) and supposedly dug for two reasons, to protect themselves from bandits in traveling back and forth, or to avoid from exposure to dangerous

temptations they might encounter on the road! Such a tunnel would of course have to be wide enough and high enough to accommodate a mounted rider. This legend is so deeply rooted that proposals nave been made to locate it and exploit it as a tourist attraction! Of such fragile material are woven many of the legends about each hacienda.

But the magic of legend becomes reality when one stands in admiration before this hacienda's prodigious casco.

SAN DIEGO DE RIOVERDE

By Matilde Cabrera Ipiña de Corsi.

Like the Hacienda de Bledos, the Hacienda de San Diego de Rioverde also contributed its mustard seed to Mexican history.

This affair was first mentioned in print in the January 1862 number of the magazine "El Garibaldi" published in San Luis Potosí. Mention was again made two generations later in 1935 with the publication of an article by M. Méndez Castro in the Mexico City daily newspaper "El Nacional Revolucionario".

I transcribe only the second of these articles on account of its greater importance. Appearing at a time when the revolutionary spirit filled the air, a time of agrarian reform and one which no one would dare to call reactionary, the article extols the deeds of one of the currently unpopular class of hacienda owners. The article is titled "A Most Exceptional Hacienda Owner" and reads:

It can truthfully be said that the great Mexican landowners at the time of the North American invasion turned deaf ears to the anguished appeals of the fatherland and refused to contribute even a small portion of their wealth to finance the war effort. But justice requires that exceptions be pointed out as in the case of the "hacendados" of San Luis Potosí such as the owners of Bledos, El Peñasco, and others near the city of San Luis who provided President Santa Anna with provisions for the army which he led northward to fight the Battle of La Angostura (Buena Vista). But the sharing of the contents of their bulging granaries was not the full extent of their war effort. One of these hacendados in particular gave an exceptional example of courage and patriotism.

San Luis Potosí had been hailed as "San Luis of the Fatherland" as a reward for its patriotism during those bitter times. It had generously provided men and money for the campaign in the north to seal off the invaders in the deserts of Tamaulipas and Coahuila. In fact during these northern operations and before the invaders had landed a second army at Veracruz, San Luis Potosí alone subscribed more than all the rest of the country put together. At that time the menace was in the north and San Luis was intended to hold the line to block the invaders' advance on Mexico City. Santa Anna bungled what should have been a great victory at La Angostura, although the result of the action was that the enemy fell back on Saltillo where his army sat out the rest of the war, inactive but menacing, while another army fought at Veracruz, Puebla, Chapultepec and Churubusco.

The retreat from La Angostura filled the people of San Luis Potosí with dismay and it was for a time thought that the city might fall. The local citizens were anxious to defend their homes and continually begged the state government to issue them arms. The governor proposed to open the federal arsenal but the government at Mexico City, fearing that the guns might be used to spark a rebellion against it, not only refused permission but ordered the local army commander to ship the entire stock to Mexico City immediately "without pretext of excuse".

The news in those days was always discouraging. The army had been unable to halt the enemy who had landed at Veracruz and was advancing on Mexico City. And San Luis no longer had the weapons to resist Zachary Taylor if he should decide to sweep down from Saltillo with his army.

In these desperate days in which an unbroken string of military failures and disasters had caused even the stoutest hearts to quail, suddenly there appeared an hacendado of San Luis Potosí who, renouncing a life of ease on his hacienda, which was not in any immediate danger, gave an example to others of his class by taking up arms and offering to pay the expenses of any who would follow him.

This hacendado was PAULO VERASTEGUI of Rioverde and a member of an old and numerous family scattered throughout the state. His patriotic enthusiasm is fully attested by the following manifesto:

AN INVITATION

The undersigned, owner of the Hacienda de San Diego and other farms in the Rioverde district, (proposes) to organize a guerrilla band against the invaders and invites the tenants of it (San Diego) and La Cieneguilla, Tecomates, Adjuntas, Gallinas, Chupadero, and Tamasopo to join him in forming a volunteer guerrilla force which at the proper time will harrass and pursue the North American army and wage tenacious and unremitting warfare against it in just defense of our rights and our outraged honor. To this end he states that: just as each and every Mexican is duty bound to defend our nationhood by personally taking up arms, because the time has come when the whole country is rising up to take vengeance and collect damages for the offenses it has endured, I, who also take up arms, likewise wish to use part of the goods I possess to help my companions in arms so that never, for any reason whatsoever, shall they ever feel unsupported or (obliged) to withdraw from the battle areas until they have either died gloriously or exterminated the infamous horde of savages who dream of the conquest of this fair land and the slavery of our people.

For this reason, (I wish) to create another encouragement and reward as best I can those who join me to comply with such a sacred duty and one which the Fatherland today, as never before, demands of its sons. I propose, therefore, the fol-

lowing: To every one of my tenants who volunteers in my guerrilla band I offer to remit the rentals of his home and animals from the time he enlists throughout the war.

2nd. In additon to this, the families of those who take up arms will be given by my overseers on each ranch two "almuds" (quarts) of corn and one "cuarterón" (quarter of a pound) of beans weekly for their support for as long as my granaries are supplied and for as long as they take part in the campaign.

3rd. Whoever shall have contributed a horse, a saddle, or weapons and lost any of them in the nation's service will be paid their value by me at the conclusion of hostilities, on show of proper proof.

4th. On all my farmlands preference for renting them will be given to those enlisting in the band and those who remain deaf and indifferent to the appeals of the Fatherland cannot consider they have any rights over them.

5th. To those who have the misfortune to become crippled and to the families of those who die in battle I will assign from my own purse a pension suitable to the circumstances.

6th. To each of my companions who distinguishes himself for his courage and heroic efforts in the war, on its conclusion I will assign a lifetime reward proportionate to his performance consisting in oxen, croplands, and animals to provide the rest which he has earned by his heroic example.

7th. All the booty which the band succeeds in wresting from the enemy will be scrupulously divided among those who took it, according to the state law, and the share which I might receive as leader I renounce in favor of my companions.

8th. The guerrilla force places itself under the protection of the memory of the worthy General Hidalgo, the father of Mexican independence, whose name it will take and it will fight under a banner with the following legend: "Either Mexicans or Yankees in Mexican Territory. War between both until one or the other is finished in the land."

9th. Under these conditions I INVITE (all) to voluntary enlistment for which purpose registers will be established in the houses of the overseers of (my) ranches where all who wish to enlist may repair, expressing their preference for assignment to duty. Therefore I appeal to the patriotism of all and on its account I hope that my tenants will make a worthy effort to cooperate in saving our independence.

Hacienda de San Diego, May 1847. Paulo Verástegui.

More than two hundred recruits enlisted in the guerrilla band of Sr. Verástegui, not only from his own properties but also from others from the San Ciro district, all prepared to harrass the invaders in their advance. As the ranks of the band swelled Verástegui requested Don Ramón Adame, the governor of the state, to inform the federal government of his intention to leave the state by way of the Sierra Gorda to take part in the defense of Mexico City, for which he requested him to obtain the necessary orders. This second request was also refused by the federal government and was a great discouragement to Sr. Verástegui who had to restrict himself to watching the movements of the army under General Taylor based at Saltillo.

Tiring of this role, he decided to move his band northward from Rioverde with the idea of establishing himself at either El Cedral or San Juan de Vanegas. But while he was en route Mexico City fell and the news arrived together with a message from Governor Adame ordering him to return to Rioverde and await the results of the peace negotiations which were being held at Guadalupe Hidalgo. (Here ends the transcription of the article in "El Nacional Revolucionario".)

Don Paulo de Verástegui y de la Vara, the great-grandfather of the writer, took an active part in politics in San Luis Potosí throughout his lifetime, particularly in the Rioverde region where his haciendas were located.

San Diego was always the family's favorite, and they used to spend six months there and the other six in the city of San Luis Potosí.

During those pleasant stays at that beautiful hacienda where one could enjoy the mild winters and the splendid vistas of the green fields and mountains and prosperous neighboring haciendas such as El Jabalí, the property of Don Franco Verástegui, La Boquilla, Tecomates, Ojo de Agua de Solana, and others which could be comfortably visited mule drawn carriages or even by bouncy little sulkeys drawn by an undersized horse from the local herds. This last named means of transport is still favored today by the people of San Diego to travel the eleven kilometers to Rioverde on holidays.

In this western part of the Rioverde Valley the scenery is pleasing and inviting. Its beauty is enhanced by the different shades of green of the various crops cultivated there, such as sugar cane, peanuts, chilli peppers, oranges, and limes, Green slopes and hills are dotted with the whitewashed huts that cover the foothills of the high and forbidding Sierra Gorda, the only pine-clad range in the state of San Luis Potosí. It was formerly the hideout of a big bandit gang led by Eleuterio Quiroz, who left a trail of bitter memories behind him in all the towns, haciendas and ranches of the region. He seemed to have a special spite for San Diego and sacked and burned the Big House which had to be rebuilt in 1857, a date inscribed on one of the arches of the entrance corridor.



and such "monsters" (superstars) as had contracted to perform against them.

In the early years of the present century the then owner of Guanamé brought in fresh blood from the Atenco strain in order to try to build back the original size and strength of his own animals. But his project failed with the coming of the Social Revolution of 1910 which practically wiped out the cattle business.

The casco of Guanamé lies along the memorial highway named "The Route of Independence" and in its style follows the generally austere lines of all the haciendas on the high plain. The facade of the Big House is plain and unadorned although this sobriety is relieved by a main entrance framed in stone with slots at either side through which messages and small packages could be passed inside without having to swing open the heavy gates. Above the doorway is the most handsome coat of arms to be seen in all the state, a real masterpiece of the stone carver's art. The field of the device is checkered and surmounted by a crown so conventionalized that it is impossible to say whether it is of a count or a marquis Efforts to identify this blazon in Mexican heraldric records to learn the name of the bearer who ordered it made have been fruitless. But because of its probable date of origin it can be assumed that it belongs to the Count of Pérez Gálvez, who was one of the owners of the property.

Guanamé was founded by Juan de la Hija in 1611. A long list of owners follows including the today extinguished prominent Potosí family of Maldonado Zapata. There were also García de Rojas from Real de Pinos and the Marquis of Rivas Cacho who, unable to endure the burden of heavy payments on account of charitable trusts to which the hacienda revenues had been pledged, sold it to Pérez Gálvez, whose heirs, in turn, sold it to a Spaniard Don Joaquín Hernández Soto, a devoted adopted son of San Luis Potosí, who bought up more haciendas in the state then any other in history. These properties eventually passed on to his heirs.

The Big House at Guanamé with its traditional patio and surrounding corridors possesses in its hallway another artistic masterpiece, the doors to the pantry. They are made of tough mesquite wood and are carved, no doubt by some Indian craftsman, with figures of animals connected with the table such as hares, deer, and the like which are displayed framed in wreaths of vine leaves.

Also forming part of the casco are a small and quite ancient church and a monumental but unfinished construction intended to be a large neoclassical church which is hard to believe standing as it does among so much desolation. At one side of the casco is a well laid out orchard with hoary walnut trees watered by a sparkling brook.

The abandoned casco of Guayamé is today surrounded by deserted and overgown fields that once were well kept pastures. It seems like an old wives' tale that in its days of glory the mules and horses were put out to graze in herds according to colors!

PEOTILLOS

The ancient name for this property is "Peyotillos" on occount of the abundance on its rocky hills of the hallucinogenic peyote cactus of fame and legend.

In its heydey the hacienda covered 420,000 acres and was one of the largest in the whole state.

In the seventeenth century it was the property of the Maldonado Zapata family, an old Potosí family claiming direct descent from Alonso Maldonado, an "oidor" of the Second Audiencia which governed New Spain until the arrival of the first viceroy.

Peotillos and other porperties were bequeathed by Doña Gertrudis Maldonado Zapata and her husband Don Nicolás Fernando de Torres to the Carmelite friars who worked diligently to till keep up the enormous orchard of the hacienda. They established their living quarters inside the casco and built large two story granaries with vaulted roofs and those battlements like a series of inverted arches which were so popular with colonial builders.

The residence built by the Carmelites was a thick-walled building without any architectural pretensions to be anything else but a solid country home.

The Santa Provincia de San Alberto del Carmen (the Carmelites) sold Peotillos along with several other properties in 1837 when it became apparent that the properties of the church would eventually be nationalized. The purchaser was Sra. Doña Isabel Goríbar who subsequently married her superintendent, a Spaniard named Pablo Ibarra. Due to Sra. Goríbar's lofty social position she and her husband became friendly with Their Imperial Majesties Maximilian and Carlota who graciously accepted their invitation to spend a few days relaxing at Peotillos. Great preparations were made to receive the royal visit; the sparkling new Big House (1863) saw its halls graced by a brilliant selection from the court at Chapultepec including several imperial ministers, the empress's grand chamberlain, and her ladies-in-waiting. The men wore the Order of the Aztec Eagle, and the women the Grand Cross of the Order of San Carlos. It was like staging a fairy pageant on the sun-baked high plains of San Luis Potosí. It was planned to unveil a marble plaque inscribed with the date over the main entrance to commemorate that honored occasion but the plaque was never delivered. The fortunes of war later decreed that Marshall Bazaine, the leader of the Franch army of occupation, would establish his headquarters at Peotillos and from there write to Maximilian (August 10 and 12, 1866) the bluntest letters of all that were ever exchanged between them.

On the collapse of the Empire the owners of Peotillos were obliged to pay very high taxes in reprisal for having supported the loser. This forced them to mortgaga the property of Doña Manuela Soberón y Sagredo who thus eventually acquired it by foreclosure. This lady had been twice married, so her children named either Hernández Soberón or Muriel Soberón inherited the property and the family still owns it.

Back in the days of the War for Indpendence an important battle was fought at Peotillos in which the dashing Insurgent general Don Francisco Xavier Mina routed the royalist forces under General Armiñan.

The old home of the Carmelites and the granaries they built still stand in the casco at Peotillos, in sharp contrast with the classic lines of the modern Big House.

This house faces on a garden which was once graced with marble statues. These statues were used for target practice by the soldiery of Alberto Carrera Torres, who happened to be passing that way, and shot to pieces.

The main patio of the Big House has no rival in elegance except the one at San Antonio de Rul which is perhaps more beautiful but smaller.

The walls of the corridors around the patio were painted more then a hundred years ago with a white-wash to which goats' mild was added and has the appearance of having been freshly applied yesterday. And the list of buildings at Peotillo is rounded out with the mezcal distillery at one side of a large orchard where age-old Mexican cypresses, Mexican elms, walnuts, and red mulberries still stand and thrust their leafy branches up to the sky as though calling attention to the green oasis of Peotillos, one of the wealthiest of the Potosí haciendas.

CORCOVADA

Corcovada ("The Hump-backed One") was an hacienda of which it can be said that it minded its own business. Its farming and stock raising activities were always carried on without overstraining its facilities and it has no memories of stirring events to boast of but its ruined casco, like all others, evokes nostalgia for by-gone days.

Until late in the nineteenth century it belonged to the Staínes family which built the Big House which has since been robbed of its iron grilles and the sun dial in the patio. It still retains the arches of its corridors and the facade with its late neoclassical windows. In front of the ruined house is a threshing floor and some granaries and these are all that remain of this once hard-working estate.

POZO DEL CARMEN

A merchant from Seville, Don Nicolás Fernando de Torres, and his wife Doña Gertrudis Teresa Maldonado Zapata were inspired by their devotion to the Virgin of El Carmen to bequeath a part of their wealth to found a convent of Barefoot Carmelites in the City of San Luis Potosí and made a donation of their haciendas of Peotillos and El Pozo (later known as El Pozo del Carmen) to the local province of the Carmelite Order.

It seems that Don Nicolás was not so much moved by devotion as by repentance for having taken so many short cuts, including usury, in amassing his substantial fortune, which he himself admitted was ill-gotton.

In any case, whether devotion or repentance was the driving force his generosity provided the funds to build the Church of El Carmen in San Luis Potosí of which the main doorway of its sagrarium "is the richest and most ostentious one in America" in the opinion of no less an authority than Dr. Don Francisco de la Maza.

Faced with a choice between Peotillos and El Pozo the good Carmelite friars did not hesitate a moment to choose El Pozo as the site of their new home.

Although Peotillos was so vast that not even its owners knew how large it was, it did not have the abundant water supply available at El Pozo, which was a garden spot with the casco set in the bottom of a fertile canyon on the banks of a clear-flowing river and next to the flowing spring which gave the hacienda its name.

Since the Carmelites had always enjoyed living in comfort they at once laid out a large orchard, more for their own table than for profit, as had been the idea behind their orchards in Villa de San Angel (D.F.) and the one in San Luis Potosí which is now a public park. Today that orchard which was so zealously cultivated is a flat expanse of parched land which occasionally produces a few spindly corn plants. They dug irrigation ditches over which they built their chapel, which with its terrace is a worthy addition to this remarkable casco. The chapel has a gilded baroque retable behind its main altar. Only two such hacienda chapel retables have survived to our day. The sacristy and the house of the resident priest adjoin the chapel in a pleasing arrangement of volumes.

An enormous plaza extends between the chapel and what is left of the original home of the Carmelites. Against the canyon wall and at a high point in the casco they built a new residence to replace the old one. This new construction was designed to possess an elegance appropriate to a flourishing hacienda. Nothing was omitted; an arched colonnade ran along the front of the building, the refectory had a vaulted roof, the only roof still existing in the casco; and there was a patio with its four corridors around it. Two more patios lay on either side of the main one with a watchtower on the roof which looks out on the whole casco, and at the back were well built and appointed stables to care not for skinny mules but for the excellent horses which the friars no doubt liked to ride. On the wall of one of the stables is the date 1817, the year it was built, a year in which the War for Independence had neither yet been won nor lost. Some years later the Carmelites sold this hacienda and Peotillos also to Doña Isabel Gorîbar and her heirs in turn sold it to the Manrique de Lara family.

It was during this period when the stables and the water conduits (which are now practically useless) were being built that a small neoclassic building was raised beside them which is known as "the friars' bathhouse". But this is a mistake because it was built long after the friars had departed.

Many legends are told about the Hacienda of El Pozo del Carmen, even including a perennial tale of a tunnel running from the casco to their convent in San Luis Potosí (50 kilometers distant) and supposedly dug for two reasons, to protect themselves from bandits in traveling back and forth, or to avoid from exposure to dangerous

temptations they might encounter on the road! Such a tunnel would of course have to be wide enough and high enough to accommodate a mounted rider. This legend is so deeply rooted that proposals nave been made to locate it and exploit it as a tourist attraction! Of such fragile material are woven many of the legends about each hacienda.

But the magic of legend becomes reality when one stands in admiration before this hacienda's prodigious casco.

SAN DIEGO DE RIOVERDE

By Matilde Cabrera Ipiña de Corsi.

Like the Hacienda de Bledos, the Hacienda de San Diego de Rioverde also contributed its mustard seed to Mexican history.

This affair was first mentioned in print in the January 1862 number of the magazine "El Garibaldi" published in San Luis Potosí. Mention was again made two generations later in 1935 with the publication of an article by M. Méndez Castro in the Mexico City daily newspaper "El Nacional Revolucionario".

I transcribe only the second of these articles on account of its greater importance. Appearing at a time when the revolutionary spirit filled the air, a time of agrarian reform and one which no one would dare to call reactionary, the article extols the deeds of one of the currently unpopular class of hacienda owners. The article is titled "A Most Exceptional Hacienda Owner" and reads:

It can truthfully be said that the great Mexican landowners at the time of the North American invasion turned deaf ears to the anguished appeals of the fatherland and refused to contribute even a small portion of their wealth to finance the war effort. But justice requires that exceptions be pointed out as in the case of the "hacendados" of San Luis Potosí such as the owners of Bledos, El Peñasco, and others near the city of San Luis who provided President Santa Anna with provisions for the army which he led northward to fight the Battle of La Angostura (Buena Vista). But the sharing of the contents of their bulging granaries was not the full extent of their war effort. One of these hacendados in particular gave an exceptional example of courage and patriotism.

San Luis Potosí had been hailed as "San Luis of the Fatherland" as a reward for its patriotism during those bitter times. It had generously provided men and money for the campaign in the north to seal off the invaders in the deserts of Tamaulipas and Coahuila. In fact during these northern operations and before the invaders had landed a second army at Veracruz, San Luis Potosí alone subscribed more than all the rest of the country put together. At that time the menace was in the north and San Luis was intended to hold the line to block the invaders' advance on Mexico City. Santa Anna bungled what should have been a great victory at La Angostura, although the result of the action was that the enemy fell back on Saltillo where his army sat out the rest of the war, inactive but menacing, while another army fought at Veracruz, Puebla, Chapultepec and Churubusco.

The retreat from La Angostura filled the people of San Luis Potosí with dismay and it was for a time thought that the city might fall. The local citizens were anxious to defend their homes and continually begged the state government to issue them arms. The governor proposed to open the federal arsenal but the government at Mexico City, fearing that the guns might be used to spark a rebellion against it, not only refused permission but ordered the local army commander to ship the entire stock to Mexico City immediately "without pretext of excuse".

The news in those days was always discouraging. The army had been unable to halt the enemy who had landed at Veracruz and was advancing on Mexico City. And San Luis no longer had the weapons to resist Zachary Taylor if he should decide to sweep down from Saltillo with his army.

In these desperate days in which an unbroken string of military failures and disasters had caused even the stoutest hearts to quail, suddenly there appeared an hacendado of San Luis Potosí who, renouncing a life of ease on his hacienda, which was not in any immediate danger, gave an example to others of his class by taking up arms and offering to pay the expenses of any who would follow him.

This hacendado was PAULO VERASTEGUI of Rioverde and a member of an old and numerous family scattered throughout the state. His patriotic enthusiasm is fully attested by the following manifesto:

AN INVITATION

The undersigned, owner of the Hacienda de San Diego and other farms in the Rioverde district, (proposes) to organize a guerrilla band against the invaders and invites the tenants of it (San Diego) and La Cieneguilla, Tecomates, Adjuntas, Gallinas, Chupadero, and Tamasopo to join him in forming a volunteer guerrilla force which at the proper time will harrass and pursue the North American army and wage tenacious and unremitting warfare against it in just defense of our rights and our outraged honor. To this end he states that: just as each and every Mexican is duty bound to defend our nationhood by personally taking up arms, because the time has come when the whole country is rising up to take vengeance and collect damages for the offenses it has endured, I, who also take up arms, likewise wish to use part of the goods I possess to help my companions in arms so that never, for any reason whatsoever, shall they ever feel unsupported or (obliged) to withdraw from the battle areas until they have either died gloriously or exterminated the infamous horde of savages who dream of the conquest of this fair land and the slavery of our people.

For this reason, (I wish) to create another encouragement and reward as best I can those who join me to comply with such a sacred duty and one which the Fatherland today, as never before, demands of its sons. I propose, therefore, the fol-

lowing: To every one of my tenants who volunteers in my guerrilla band I offer to remit the rentals of his home and animals from the time he enlists throughout the war.

2nd. In additon to this, the families of those who take up arms will be given by my overseers on each ranch two "almuds" (quarts) of corn and one "cuarterón" (quarter of a pound) of beans weekly for their support for as long as my granaries are supplied and for as long as they take part in the campaign.

3rd. Whoever shall have contributed a horse, a saddle, or weapons and lost any of them in the nation's service will be paid their value by me at the conclusion of hostilities, on show of proper proof.

4th. On all my farmlands preference for renting them will be given to those enlisting in the band and those who remain deaf and indifferent to the appeals of the Fatherland cannot consider they have any rights over them.

5th. To those who have the misfortune to become crippled and to the families of those who die in battle I will assign from my own purse a pension suitable to the circumstances.

6th. To each of my companions who distinguishes himself for his courage and heroic efforts in the war, on its conclusion I will assign a lifetime reward proportionate to his performance consisting in oxen, croplands, and animals to provide the rest which he has earned by his heroic example.

7th. All the booty which the band succeeds in wresting from the enemy will be scrupulously divided among those who took it, according to the state law, and the share which I might receive as leader I renounce in favor of my companions.

8th. The guerrilla force places itself under the protection of the memory of the worthy General Hidalgo, the father of Mexican independence, whose name it will take and it will fight under a banner with the following legend: "Either Mexicans or Yankees in Mexican Territory. War between both until one or the other is finished in the land."

9th. Under these conditions I INVITE (all) to voluntary enlistment for which purpose registers will be established in the houses of the overseers of (my) ranches where all who wish to enlist may repair, expressing their preference for assignment to duty. Therefore I appeal to the patriotism of all and on its account I hope that my tenants will make a worthy effort to cooperate in saving our independence.

Hacienda de San Diego, May 1847. Paulo Verástegui.

More than two hundred recruits enlisted in the guerrilla band of Sr. Verástegui, not only from his own properties but also from others from the San Ciro district, all prepared to harrass the invaders in their advance. As the ranks of the band swelled Verástegui requested Don Ramón Adame, the governor of the state, to inform the federal government of his intention to leave the state by way of the Sierra Gorda to take part in the defense of Mexico City, for which he requested him to obtain the necessary orders. This second request was also refused by the federal government and was a great discouragement to Sr. Verástegui who had to restrict himself to watching the movements of the army under General Taylor based at Saltillo.

Tiring of this role, he decided to move his band northward from Rioverde with the idea of establishing himself at either El Cedral or San Juan de Vanegas. But while he was en route Mexico City fell and the news arrived together with a message from Governor Adame ordering him to return to Rioverde and await the results of the peace negotiations which were being held at Guadalupe Hidalgo. (Here ends the transcription of the article in "El Nacional Revolucionario".)

Don Paulo de Verástegui y de la Vara, the great-grandfather of the writer, took an active part in politics in San Luis Potosí throughout his lifetime, particularly in the Rioverde region where his haciendas were located.

San Diego was always the family's favorite, and they used to spend six months there and the other six in the city of San Luis Potosí.

During those pleasant stays at that beautiful hacienda where one could enjoy the mild winters and the splendid vistas of the green fields and mountains and prosperous neighboring haciendas such as El Jabalí, the property of Don Franco Verástegui, La Boquilla, Tecomates, Ojo de Agua de Solana, and others which could be comfortably visited mule drawn carriages or even by bouncy little sulkeys drawn by an undersized horse from the local herds. This last named means of transport is still favored today by the people of San Diego to travel the eleven kilometers to Rioverde on holidays.

In this western part of the Rioverde Valley the scenery is pleasing and inviting. Its beauty is enhanced by the different shades of green of the various crops cultivated there, such as sugar cane, peanuts, chilli peppers, oranges, and limes, Green slopes and hills are dotted with the whitewashed huts that cover the foothills of the high and forbidding Sierra Gorda, the only pine-clad range in the state of San Luis Potosí. It was formerly the hideout of a big bandit gang led by Eleuterio Quiroz, who left a trail of bitter memories behind him in all the towns, haciendas and ranches of the region. He seemed to have a special spite for San Diego and sacked and burned the Big House which had to be rebuilt in 1857, a date inscribed on one of the arches of the entrance corridor.

